

GARCÍA LORCA

JOSE LUIS CANO



BIBLIOTECA SALVA DE
GRANDES BIOGRAFIAS



GARCIA LORCA

**BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS**



<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

GARCIA LORCA

JOSE LUIS CANO

SALVAT

Índice

| | <u>Página</u> |
|---|---------------|
| 1. El paraíso de la infancia | 9 |
| 2. El embrujo de Granada | 24 |
| 3. En la Residencia de Estudiantes | 38 |
| 4. Dos caminos paralelos: el teatro y la poesía | 49 |
| 5. El poeta frente al «hombre de provecho» | 63 |
| 6. Sevilla, el éxito y la crisis sentimental | 85 |
| 7. Primer viaje a América | 93 |
| 8. Regreso a España | 104 |
| 9. La Barraca y otras experiencias | 113 |
| 10. Viaje a Argentina y últimas obras | 135 |
| 11. 1936: la tragedia | 155 |
| Cronología | 173 |
| Testimonios | 179 |
| Bibliografía | 181 |

© Salvat Editores, S.A., Barcelona, 1985

© Ediciones Destino, Barcelona.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa)

ISBN: 84-345-8170-1

Depósito legal: NA-5-1985

Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca, 41-49 - Barcelona.

Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1985.

Printed in Spain



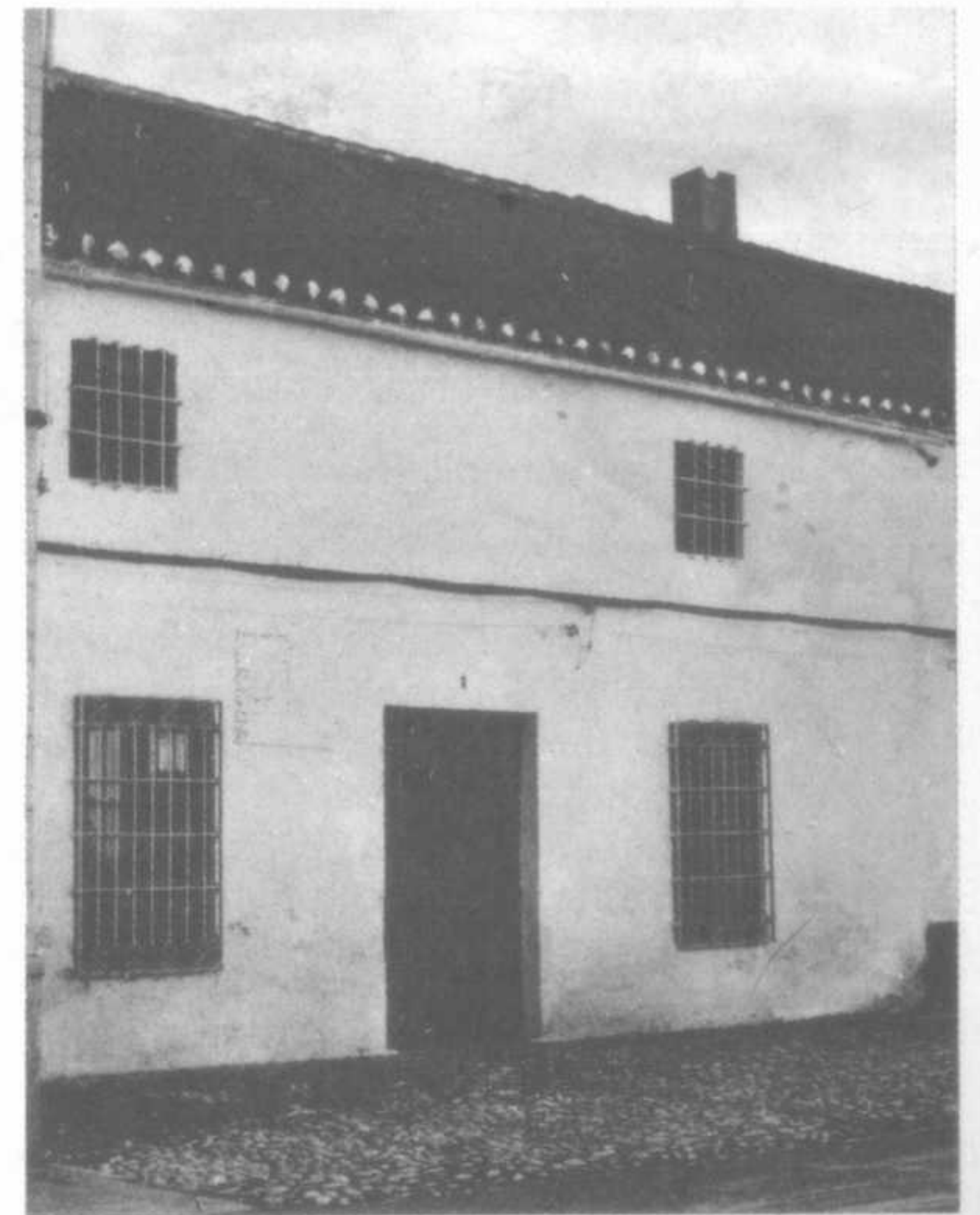
Federico García Lorca (1898-1936)

El poeta y dramaturgo Federico García Lorca, uno de los miembros más destacados de la generación del 27 y tal vez el escritor español contemporáneo con mayor resonancia internacional, nació en la localidad granadina de Fuente Vaqueros en 1898. Aunque cursó estudios universitarios y llegó a licenciarse en Derecho, toda su vida fue una continua búsqueda de la expresión artística en diferentes campos: la poesía, el teatro, la música e incluso la pintura fueron actividades a las que desde muy joven se dedicó intensamente. En 1919, al trasladarse a Madrid, se instaló en la Residencia de Estudiantes y allí entró en contacto con numerosos artistas y escritores, todos los cuales han dejado testimonios elocuentes de su fascinante personalidad. García Lorca obtuvo un gran éxito popular con los poemas sensuales y repletos de imágenes simbólicas de su *Romancero gitano*, publicado en 1928, y al año siguiente emprendió un viaje a Estados Unidos, experiencia que recogería con gran brillantez en *Poeta en Nueva York*, libro de poemas próximo a la estética surrealista. Tras regresar a España, desarrolló una importante campaña de difusión del teatro clásico español al frente de la compañía universitaria La Barraca y continuó su labor creadora, que se fue plasmando en obras poéticas como *Poema del cante jondo* o *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, y en diferentes piezas dramáticas, entre las cuales *Yerma*, *Bodas de sangre* y *La casa de Bernarda Alba* componen una trilogía de tragedias rurales que demuestra claramente su perfeccionamiento como autor teatral. El amor, la sensualidad y la muerte, expresados mediante una escritura que armoniza lo popular y lo culto, son los temas centrales de toda la creación lorquiana, brutalmente interrumpida, en 1936, por la muerte del poeta a manos de las fuerzas sublevadas contra la República.

1. El paraíso de la infancia

Federico García Lorca nació en el pueblo de Fuente Vaqueros, provincia de Granada, el día 5 de junio de 1898, y fue bautizado el 11 del mismo mes, en la parroquia de Nuestra Señora de la Anunciación. Su padre, don Federico García Rodríguez, era un labrador bien acomodado, dueño de tierras y cortijos. Viudo de su primera mujer, y sin tener de ella descendencia, casó en segundas nupcias, en agosto de 1897, con una joven maestra de Fuente Vaqueros, Vicenta Lorca Romero, a la que había conocido en Gra-

*Casa natal
de Federico García
Lorca en Fuente
Vaqueros. Acerca de
ella, Federico
escribió: «Es grande,
pesada, majestuosa
en su vejez... Tiene
unas rejas que
suenan a campanas.
Cuando niños, mis
amiguitos y yo
tocábamos en ellas
con una barra de
hierro y su sonar
nos volvía locos
de alegría...»*





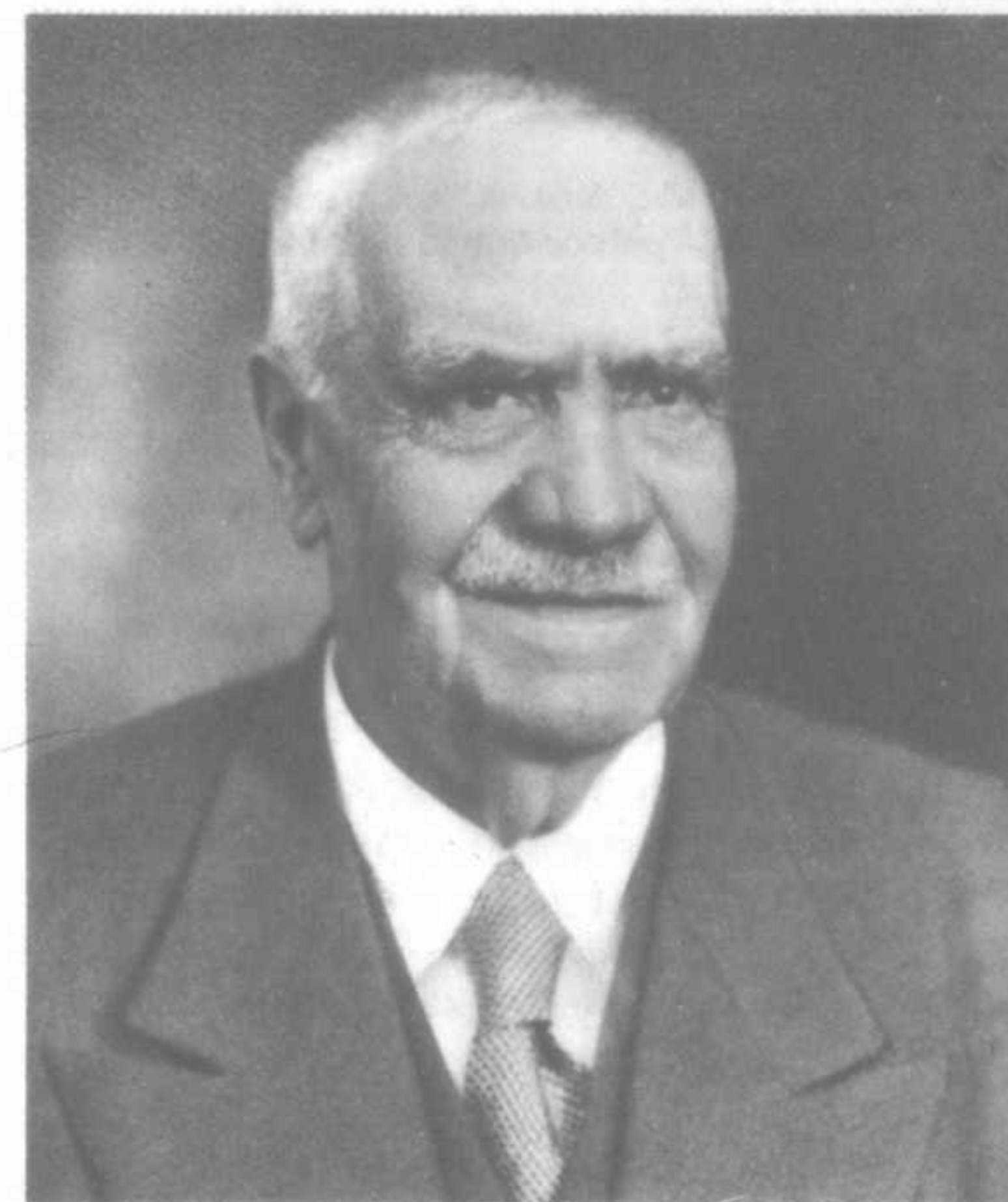
nada, donde ella se hallaba estudiando la carrera y de donde era originaria su familia. Los abuelos paternos del poeta, Isabel Rodríguez Mazuecos y Enrique García Rodríguez, eran naturales de Ventas de Huelma, en la provincia de Granada, y la abuela materna, Concepción Romero Lucena, de Santafé. Su sangre era, pues, andaluza, granadina, por los cuatro costados. Pero oigamos al mismo Federico hablar de sus padres. En una entrevista que le hizo E. Giménez Caballero, y que fue publicada en *La Gaceta Literaria*, el 15 de diciembre de 1928, decía: «Mi padre, agricultor, hombre rico, emprendedor, buen caballista... Mi madre, de fina familia... Mi padre se casó viudo con mi madre. Mi infancia es la obsesión de unos cubiertos de plata y de unos retratos de aquella otra que pudo

◀ *Patio de la casa natal de Federico, donde transcurrieron los primeros años de su «infancia apasionada».*

Vicenta Lorca Romero, madre de Federico. «Mi madre, de fina familia...: mi infancia es aprender letras y música con mi madre...», escribió el poeta.



Federico García Rodríguez, padre del poeta, «agricultor, hombre rico, emprendedor, buen caballista...», tal como lo recordaba Federico. Era el mayor de una extensa familia de nueve hermanos, sobre los que siempre ejerció gran influencia, debido a la autoridad moral que todos le reconocían.





Iglesia de Fuente Vaqueros. «Cuando suenan las campanas —escribió Lorca refiriéndose a ella— parece que lo hacen desde el corazón de la tierra.»

ser mi madre. Matilde de Palacios...» Y aún añade que de su padre heredó la pasión y de su madre la inteligencia. Quizá debió añadir la sensibilidad. Fue Vicenta Lorca quien le enseñó las primeras letras, y quien —como ha escrito Angel del Río— «fue cultivando en él, desde niño, con penetrante intuición, su sensibilidad artística y humana». Esto explica que fuera la madre, de salud delicada además, la favorita de Federico. De mi primer encuentro con el poeta recuerdo muy bien la ternura emocionada con que me habló de su madre, a la que, como era tan menuda —me decía—, solía coger en volandas y mecerla como a una niña chica. Y Federico entonces se levantaba y accionaba como si tuviera a su madre en los brazos, y hasta imitaba los gritos de susto que ella daba: «¡Federico, por Dios, que me matas!»

El padre, don Federico García Rodríguez, poseía tierras y cortijos en el llamado Soto de Roma, el vasto latifundio, cruzado por las



Calle de la Iglesia en Fuente Vaqueros. Federico vivió en la primera casa, situada en frente de la iglesia. En la puerta se ve al padre del poeta, de espaldas.

aguas del Genil, que España regaló al duque de Wellington en agradecimiento a su contribución militar durante la guerra de la Independencia. En uno de los pueblos del Soto, Fuente Vaqueros, alegre y claro como todos los pueblos andaluces, había nacido don Federico, quien poseía en él dos casas frescas y holgadas. En una de ellas, en la calle Trinidad, nació Federico García Lorca, y en ella dio sus primeros pasos y aprendió sus primeras palabras. Un pequeño pueblo, con su iglesia, sus casitas de colores claros y geranios en las ventanas; y en el centro de su plaza, una fuente, la fuente que le da nombre.

A unos pocos kilómetros de Fuente Vaqueros se halla otro pueblo del Soto de Roma: Valderrubio —en otro tiempo, Asquerosa—, donde don Federico poseía también algunas tierras que había comprado a los descendientes del general Narváez. Tendría Federico unos cinco o seis años cuando su familia se trasladó a Valderru-

bio, un pueblo junto al río Cubillas, con pocas calles y abundante arbolado. Claro y alegre, como su vecino Fuente Vaqueros, en él pasó nuestro poeta algunos de sus años infantiles, quizá los más felices de su vida. Pero ¿cómo fue esa infancia de Federico? Oigámosle a él mismo evocarla: «Mi infancia es aprender letras y música con mi madre, ser un niño rico en el pueblo, un mandón... Toda mi infancia es pueblo. Pastores, campos, cielo, soledad...» Es decir, una infancia sana y alegre, de juegos y canciones y correrías por la vega con los demás niños del pueblo. Una infancia algo pagana, si tomamos al pie de la letra la dedicatoria que escribió para su *Libro de poemas*: «...Tendrá este libro la virtud de recordarme en todo instante una infancia apasionada correteando desnuda por las praderas de una vega sobre un fondo de serranía.» Que era un niño alegre y gozador de los juegos infantiles lo sabemos por él mismo: «He tenido –nos dirá más tarde– una infancia muy larga, y de esa infancia tan prolongada me ha quedado esta alegría, mi optimismo inagotable.» Y todavía un año antes de morir, al hablar de su risa a un periodista que le pregunta sobre ella, declara: «Esta risa de hoy es mi risa de ayer, mi risa de siempre, hasta que me muera.» Risa inolvidable la de Federico, risa sana y caliente, que comunicaba alegría y bondad, y que siempre me recordaba aquellos versos de Machado al Guadalquivir:

*Un borbollón de agua clara,
debajo de un pino verde,
eras tú: ¡qué bien sonabas!*

Desde muy niño fue Federico generoso de corazón y sintió amor por los humildes y los desamparados. Tendría sólo cuatro o cinco años cuando solían acudir a su casa a pedir limosna dos gitanillos del pueblo. Federico, cuando los veía venir, se iba a la cocina y cogía sin que le viesen el pan más grande que encontraba, para dárselo a los gitanillos. Cuando alguien le descubría, y le preguntaba dónde iba con ese pan tan grande, decía siempre: «Es que esos niños tienen hambre», y corría con el pan hacia la puerta.

Una hermana de don Federico, la tía Isabel, vivía con ellos y enseñó al niño Federico a tocar la guitarra. Se había encariñado con él, y le enseñaba también a cantar coplas. Cuando Federico, en 1918, publicó *Impresiones y paisajes*, dedicó a su tía Isabel un ejemplar con estas palabras: «A mi queridísima tita Isabel, que me enseñó a cantar, siendo ella una maestra artística de mi niñez, con todo mi corazón.»



Federico García Lorca, el día de su primer cumpleaños, en Fuente Vaqueros (1899). Curiosamente, como ha relatado su hermano, el poeta sentiría posteriormente un miedo incontrolable a montar en caballo.



Los escolares de Fuente Vaqueros con su maestro, Antonio Rodríguez Espinosa, fotografiados a la puerta de la escuela. El pequeño Federico está sentado en el centro de la primera fila, con sombrero. Más tarde escribiría: «El corazón / que tenía en la escuela / donde estuvo pintada / la cartilla primera / ¿estás en ti / noche negra?» («Balada Interior»).

Una noche toda la familia busca a Federico niño en el pueblo. Por fin, le encuentran dormido en el suelo, junto a la esquina de una calle. Le habían dado una peseta para ir al cine y se la había gastado entera en regaliz —o palo dulce, como lo llaman en Andalucía—, saboreándolo lentamente hasta el fin. Y allí estaba, borracho de palo dulce, sumido y olvidado en su pequeño paraíso artificial. En otra ocasión, mientras jugaba delante de su casa, Federico se peleó con un niño de su calle, y para insultarle buscó su inspiración en lo que le rodeaba en ese momento (la misma técnica que a veces empleaba para sus poemas, nos dice Gabriel Pradal, que recogió estas anécdotas de un abuelo suyo, maestro que fue de Federico). Así pues, como en la plazuela desierta una madre peinaba a su hijo delante de su casa, y un carro cruzaba lentamente la plaza, con el rótulo *Cosario del Alquián*, el futuro poeta halló en seguida el insulto oportuno, y gritó a su enemigo: «¡Anda, que eres hijo de una peinadora y del Cosario del Alquián!»

Otra vez —pero esta anécdota hay que situarla algo más tarde, en Almería—, su maestro le dio dinero para ir al cine, a una localidad del «gallinero», que era la más barata. Federico, al principio, se negó terminantemente a ir al «gallinero». El maestro pensó que se negaba porque ir a una localidad tan mala hería su dignidad; pero acabó convenciéndole para que fuese. Cuando el niño regresó del cine, le dijo ingenuamente a la mujer de su maestro: «Pues no parecía aquello un gallinero, doña Mercedes; estaba muy limpio y no había una sola gallina.»

Desde muy pronto fue Federico un niño contemplativo y observador. Cuando no jugaba con los demás niños solía contemplar horas y horas a los pequeños animalillos, a los que hablaba como si fueran sus amigos, y a las plantas y árboles de su pueblo. El mundo de la naturaleza, con su variedad y misterio, era para él un mundo sorprendente, una especie de extraño paraíso, que reclamaba su atención constante. Pasaba muchas horas contemplando el ir y venir de las hormigas, y con frecuencia le sorprendían hablándoles familiarmente. Otras veces preparaba con todo cuidado el entierro de un grillo muerto o charlaba con los pajarillos de la calle. «Siendo niño —confesará a un periodista argentino— viví en pleno ambiente de naturaleza. Como todos los niños, adjudicaba a cada cosa, mueble, objeto, árbol, piedra, su personalidad. Conversaba con ellos y los amaba. En el patio de mi casa había unos chopos. Una tarde se me ocurrió que los chopos cantaban. El viento, al pasar por entre sus ramas, producía un ruido variado en tonos, que a mí se me antojó musical. Y solía pasarme las horas acompañando con mi voz la canción de los chopos... Otro día me

detuve asombrado. Alguien pronunciaba mi nombre separando las sílabas como si delettrara: "Fe... de... ri... co...". Miré a todos lados y no vi a nadie. Sin embargo, en mis oídos seguía chicharreando mi nombre. Después de escuchar largo rato, encontré la razón. Eran las ramas de un chopo viejo, que al rozarse entre ellas producían un ruido monótono, quejumbroso, que a mí me pareció mi nombre.»

Siempre conservaría Federico los recuerdos de su infancia en el campo cálidamente vivos en su corazón y en su obra. Desde niño amó a la tierra y se sintió ligado a ella en todas sus emociones. «Mis más lejanos recuerdos de niño —dirá en otra ocasión— tienen sabor a tierra.» Tendría Federico ocho o nueve años cuando ese amor a la tierra motivó su primer encuentro con una manifestación artística. Contemplaba un día cómo, por primera vez en el campo de su padre, unos arados mecánicos, de marca *Bravant* —que habían sido premiados en la Exposición de París de 1900—, araban vigorosamente la tierra. De pronto, el arado se detuvo. Había tropezado con algo consistente. Y un segundo más tarde el niño, que seguía con curiosidad la maniobra del arado, podía ver cómo la hoja brillante de acero sacaba de la tierra un mosaico romano con una inscripción desconocida.

Juegos infantiles, correrías por la vega, soledades de niño sensible que sueña con la felicidad...; pero también algo para lo que Federico mostró desde muy pronto un gusto y una sensibilidad especiales: la *representación*. El mismo nos dice que le gustaba jugar de chico «a decir misas, hacer altares, construir teatrillos...». Y su primer juguete serio parece que fue un pequeño teatro que su padre le compró en una tienda de Granada, *La Estrella del Norte*. También le encantaba escuchar historias de bandidos andaluces a sus tíos Enrique y Francisco, hermanos de su padre, que las contaban al atardecer en las reuniones familiares. O historias de apariciones y de santos, a Mariquita la *Recovera* y a las criadas de su casa. El mundo de las criadas es un mundo importante en la infancia de Federico, quien reconoció más de una vez, en plena madurez de su vida y de su arte, la deuda que tenía contraída con las criadas de su niñez, como Dolores la *Colorina* y Anilla la *Juanera*, que le enseñaron romances y canciones, versos dramáticos o alegres, que despertaron su alma de poeta. «A Irene, criada», está dedicada una de sus *Canciones*. Y en el banquete de homenaje que le dieron en Barcelona con motivo del estreno de *Doña Rosita la soltera*, el 23 de diciembre de 1935, declaró: «¿Qué sería de los niños ricos si no fuera por las sirvientas, que les ponen en contacto con la verdad y la emoción del pueblo?» El elogio de esas admirables criadas andaluzas lo había hecho antes Federico en su conferencia sobre

las *nanas* infantiles, donde nos habla de la importantísima labor que realizan «al llevar el romance, la canción y el cuento a las casas de los aristócratas y de los burgueses». Los niños ricos saben de Geri-neldo, de don Bernaldo, de Tamar, de los amantes de Teruel, gracias a estas admirables criadas y nodrizas que bajan de los montes o vienen a lo largo de nuestros ríos para darnos la primera lección de historia de España y poner en nuestra carne el sello áspero de la divisa ibérica: «Solo estás y solo vivirás.»

Para sus «representaciones» infantiles Federico encontró pronto un auditorio fiel y unos colaboradores entusiastas. Eran sus hermanos —Concha, Isabel y Paquito—, sus primos y primas, las criadas, una niña amiga de la casa, Carmen Ramos, y su madre. Ante ellos Federico representaba muy seriamente funciones religiosas, como las que había presenciado en la iglesia del pueblo, y les dirigía, con ademán solemne, los más apasionados sermones, que hacían llorar a su auditorio, requisito exigido previamente por el pequeño oficiante. Mas un día —tendría Federico siete u ocho años— llegó al pueblo una pequeña *troupe* de gitanos que hizo representar durante unos días su modesto teatrillo de marionetas, con las aventuras de Cachiporra y otros populares personajes. Aunque ya puede suponerse lo rudimentario de aquel teatrillo errante, el espectáculo de las marionetas entusiasmó al niño Federico, que no se perdió una sola función. Al día siguiente de marchar los gitanos, la habitual representación religiosa era sustituida por el primer teatro de marionetas creado por el futuro autor de *Bodas de sangre*. El auditorio seguía siendo el mismo, pero ahora la madre de Carmen Ramos colaboraba haciendo con cartón y paja los muñecos de la farsa.

Aquellos incipientes juegos teatrales solían completarse, actuando vivamente sobre la sensibilidad del niño, con frecuentes veladas musicales, que se organizaban al atardecer en la casa familiar. Ya terminadas las tareas y los trabajos del campo, se reunía la familia con la servidumbre, y a veces con algunos parientes y amigos, para escuchar la guitarra y el cante. Don Federico, el dueño de la casa, era muy aficionado a ambas cosas, y esa pasión había de heredarla Federico. Así, desde muy niño, pudo éste, sin salir de su casa, escuchar todos los cantos del folclore andaluz: peteneras, soleares, granadinas, seguidillas. Y algunos de esos cantos que escuchó de niño, como *Los cuatro muleros* o *El Café de Chinitas*, fueron más tarde armonizados por él para que los cantara la *Argentinita*. Y él mismo los cantó miles de veces para sus amigos, acompañándose al piano.

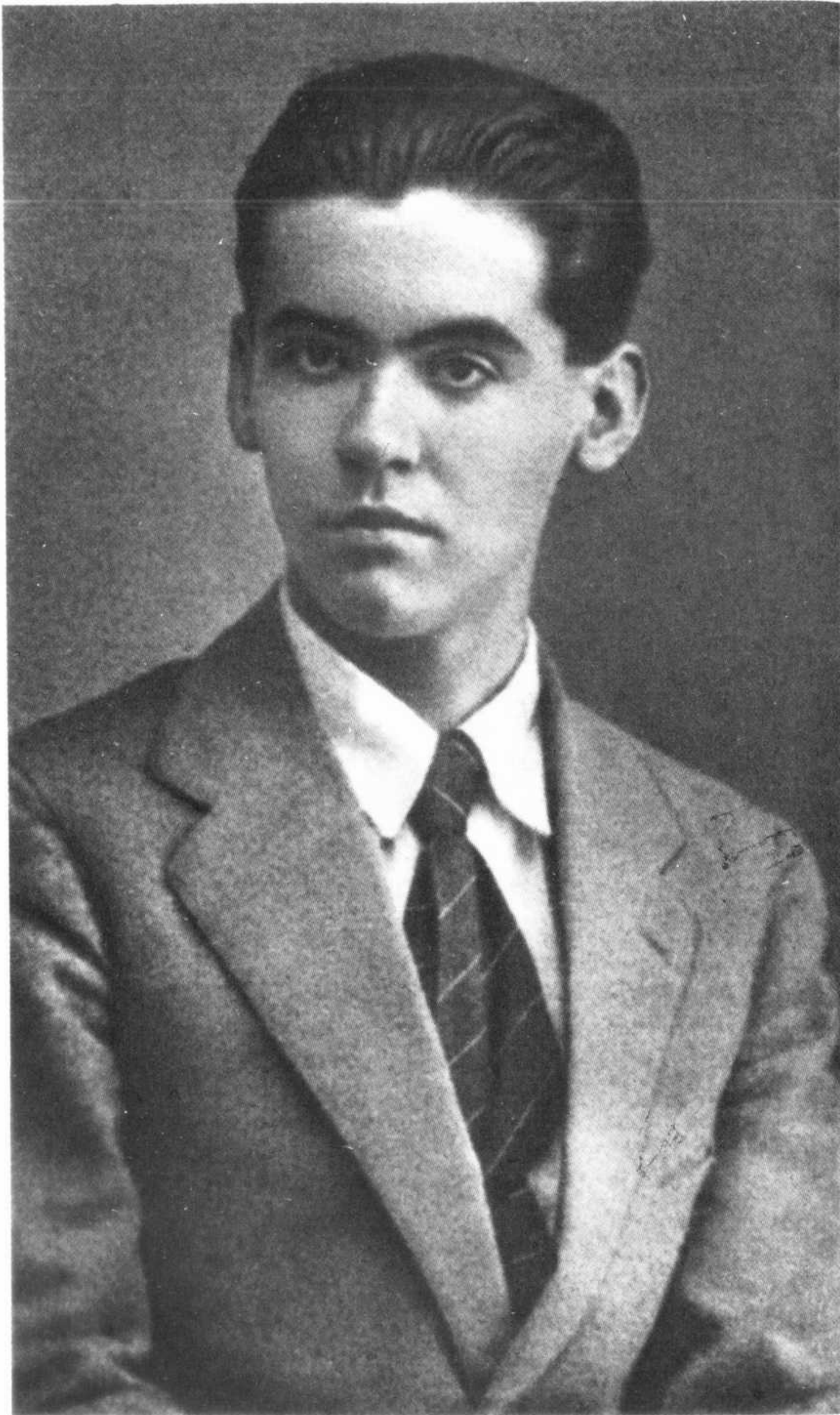
Para un niño sensible e imaginativo como era Federico, aque-

llas veladas musicales, por muy modestas que fuesen, debieron de ser una fiesta grande que embriagaba sus sentidos, y sobre todo el sentido del oído, tan vivo en él desde la infancia. En aquellas veladas familiares, en que se tocaban y se cantaban aires populares, y en su pasión precoz por el teatro, hay que buscar la raíz de su arte de poeta y de dramaturgo, de maravilloso juglar moderno. Federico fue un niño predestinado, por su infancia rica y jugosa, a ser un artista y un gozador: la poesía, el arte, la vida, todo era sensualmente vivido y gozado por él, primero con la inconsciencia pura de la niñez, más tarde con la avidez consciente de quien se siente destinado a sorber de un trago, lento o salvaje, toda la hermosura y el misterio de la existencia.

¿Cómo extrañarnos de que aquel niño, que tan precozmente había aprendido el goce de una canción, del rasgueo de la guitarra o de sentir en su piel el aire fresco y perfumado del campo, tuviese poca afición a los estudios? No fue, sin embargo, rebelde a ellos. Desde los cuatro años acudió a la pequeña escuela del pueblo, regida por un bondadoso maestro, don Antonio Rodríguez Espinosa, buen amigo de la familia. Hombre bueno y liberal, de ideas republicanas —hacía que los niños cantaran *La Marsellesa* al salir de la clase— y con afición a las cosas de arte, especialmente a la música, pronto se dio cuenta de las especiales dotes que tenía su nuevo pupilo, y procuró completar aquellos conocimientos rudimentarios que doña Vicenta le había enseñado. El buen maestro tomó cariño en seguida a aquel niño despierto y sensible, quien, por su parte, adoraba a don Antonio y pasaba con él largas horas fuera de la clase, haciéndole esas preguntas lógicas y al mismo tiempo extrañas que los niños, y sobre todo los niños inteligentes, hacen a los mayores. No es de extrañar, pues, que cuando, en 1908, don Antonio se trasladó a Almería para dirigir una escuela, la familia de Federico decidiera enviarle con él, en calidad de pupilo, viviendo en la misma casa del maestro, que tenía a su cargo también a dos primos hermanos de Federico, Enrique García Palacios y Salvador García Picozzi. Pero la estancia en Almería duró poco tiempo. Un terrible flemón, sin duda producido por alguna muela cariada, asustó a los padres, que le llevaron de nuevo al pueblo. En la *Nota autobiográfica* que redactó, estando en la Universidad Columbia, para un compañero, Francis C. Hayes, recordó el percance, quizá exagerando, con estas palabras: «Fue allí —en Almería— donde comencé el estudio de la música. Allí hice el examen de

Retrato de Federico, a los seis años. Fotografía de Victoriano Lucas.





ingreso y allí tuve una enfermedad en la boca y en la garganta que me impedía hablar y me puso en las puertas de la muerte. Sin embargo, pedí un espejo y me vi el rostro hinchado, y como no podía hablar, escribí mi primer poema humorístico, en el cual me comparaba con el gordo sultán de Marruecos Muley Hafid.»

También por entonces Federico debió de aficionarse a la lectura. Lee el *Quijote*, al que su padre era muy aficionado, y varios tomos de Victor Hugo, tan lamentablemente traducidos, que ya habían inspirado un soneto burlesco a su abuelo paterno, don Enrique García, hombre algo leído y admirador de Hugo. Recuerda la tía Isabel que cada vez que se asomaba al despacho del abuelo sorprendía al niño leyendo incansablemente algún libro del gran poeta francés. Pero más que de la poesía escrita, el espíritu del pequeño se empapaba entonces de la poesía oral, de los romances y cantares populares que escuchaba en el campo o en las veladas familiares y a las criadas de la casa. A los diez años, Federico era ya un niño de rica imaginación, alimentada por las historias de aquellos romances y cantares y de los cuentos que escuchaba a las viejas criadas. En sus ojos oscuros, de expresión melancólica a veces, brillaba ya el gusto y la pasión por la vida y la naturaleza.

◀ Retrato del poeta cuando contaba doce años de edad.

2. El embrujo de Granada

En septiembre de 1909, y ante la perspectiva del bachillerato, la familia de Federico decidió trasladarse a la capital, a Granada, donde tomaron un piso en una casa de la Acera del Darro, en el número 65. Granada era en aquella época una ciudad triste y mortecina, con poca gente por las calles, y que parecía haber olvidado lo que es y será siempre uno de sus mayores hechizos: la maravilla de la Alhambra, del Generalife, de sus jardines únicos, de aquello que supo expresar insuperablemente Manuel Machado en un solo verso: *agua oculta que llora*. El choque entre la libertad y la luz alegre de la Vega y las calles tristes de la ciudad debió de ser doloroso para el niño, que recordaría siempre con nostalgia su infancia campesina:

*Niños buenos del prado,
cómo recuerda dulce el corazón
los días ya lejanos...
¿Quién será la que corta los claveles
y las rosas de mayo?
(«Balada triste»)*

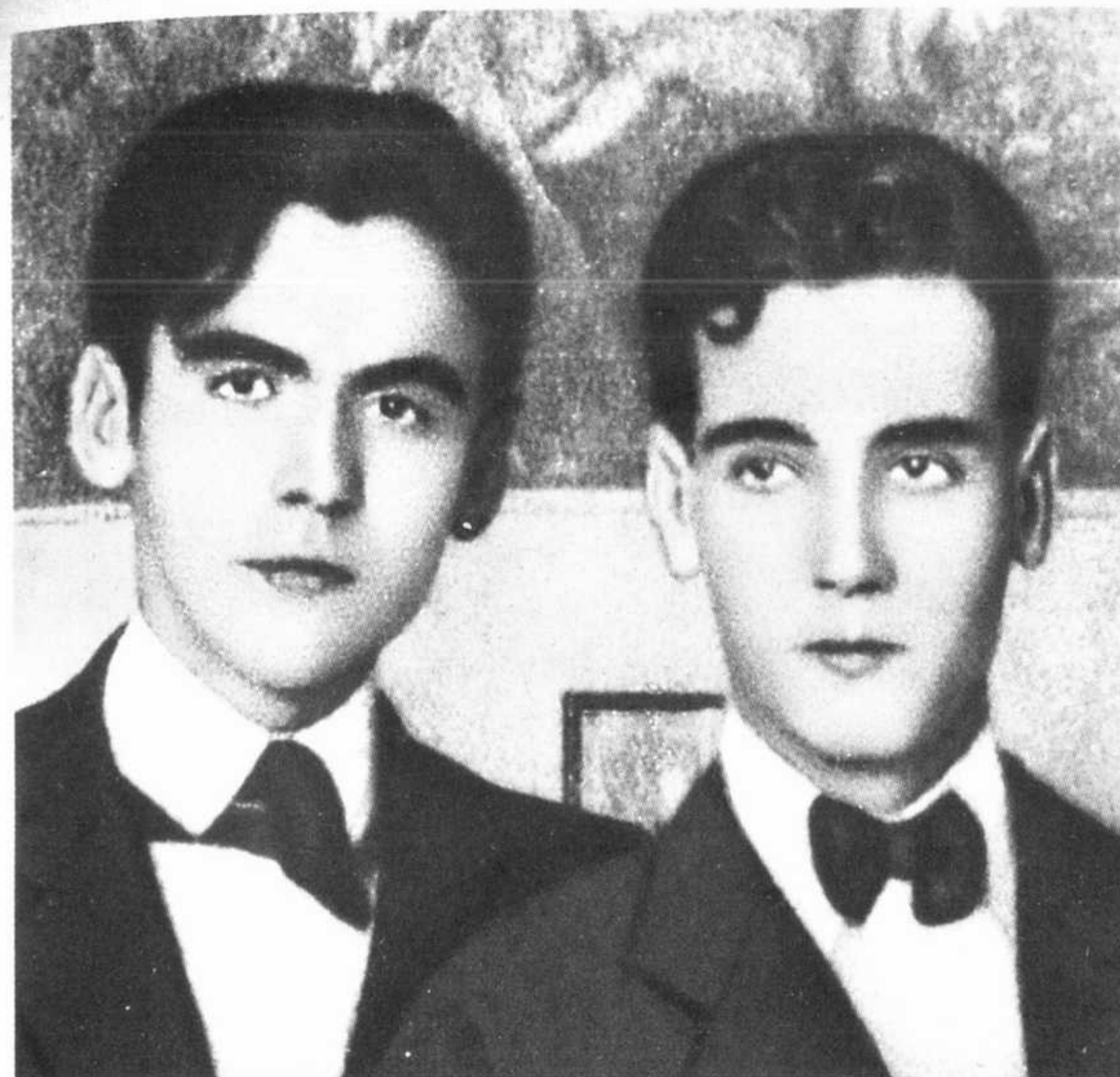
Pero más duro todavía debió de ser el encierro durante varias horas del día entre los muros del colegio del Sagrado Corazón, situado en la calle de San Jerónimo, donde sus padres le habían matriculado, prefiriéndolo a otros porque su director, don Joaquín Alemán, era primo hermano de doña Vicenta Lorca, madre de Federico. A pesar del nombre, el colegio del Sagrado Corazón no era un colegio religioso, aunque, claro es, la enseñanza que en él se daba estaba sujeta a la ortodoxia católica más rigurosa. En su in-



Federico con su madre y sus tres hermanos –Francisco, Concha e Isabel–, en su casa de Granada, ciudad a la que la familia se había trasladado en septiembre de 1909.

terezante libro sobre Federico, el periodista granadino José Mora Guarnido, condiscípulo suyo entonces, ha evocado, en unas páginas casi galdosianas, a algunos de los maestros que hubo de sufrir el futuro poeta en las aulas de aquel modesto colegio. Así, el profesor de geografía, don Francisco, «sordo como una tapia, beato intransigente y que padecía unos dolores de muelas feroces»; o el de literatura, don Miguel, que acabó loco, y «leía sus versos eróticos como ejemplos de composición poética». Este don Miguel es el mismo que recordará más tarde Federico en su conferencia sobre Góngora, «recitando a Zorrilla y dando vueltas por la clase, para terminar con la lengua fuera, entre la hilaridad de los chicos». Y muy probablemente es también el personaje don Martín que aparece en el tercer acto de *Doña Rosita la soltera*, al que Federico retrata no sin cierta ternura («tipo noble, de gran dignidad, con un aire de tristeza definitiva»), y al que hace decir: «Vengo de explicar mi clase de preceptiva. Un verdadero infierno. Era una lección preciosa, “Concepto y definición de la armonía”, pero a los niños no les interesa nada. ¡Y qué niños! A mí, como me ven inútil, me respetan un poquito; alguna vez un alfiler que otro en el asiento, o un muñequito en la espalda; pero a mis compañeros les hacen cosas horribles. Son los niños de los ricos, y como pagan, no se les puede castigar. Así nos dice siempre el director... Todos los días entro temblando en el colegio, esperando lo que van a hacerme...» Aquel ambiente no era el más adecuado para despertar el amor al estudio, y la verdad es que Federico estudiaba poco y sin ganas las asignaturas del bachillerato. Una mediocre *Colección de poesías selectas castellanas*, de don José Aguilera, que debía leer en la clase de literatura, fue pronto sustituida por libros de Salvador Rueda, de Rubén Darío, de Juan Ramón Jiménez.

En octubre de 1914, ya cumplidos los dieciséis años, sufrió su primer examen serio en el Instituto General y Técnico de Granada, con el resultado adverso que podía esperarse de su escasa afición a los estudios. El mismo Federico lo recordará más tarde en la entrevista que le hizo Giménez Caballero en 1928: «Yo sabía mucho, mucho, pero en el Instituto me dieron cates colosales.» No parece que fueran tantos, aunque es verdad que en caligrafía le suspendieron cinco veces. Por fin, en mayo de 1915, y con las recomendaciones de rigor, logró aprobar el examen final de bachillerato, exigido para el ingreso en la universidad, aunque ya desde el año anterior se había matriculado en el curso preparatorio de la carrera de Derecho, que incluía las asignaturas de lengua y literatura, historia de España y lógica fundamental, esta última, no hay que decirlo, la menos grata de todas para el futuro poeta.



Federico y su hermano Francisco, cuatro años menor que el poeta. Siempre estuvieron unidos por una estrecha relación, no sólo familiar sino también literaria.

Al año siguiente, ya con el título de bachiller en el bolsillo, comenzó a cursar a un tiempo las carreras de Derecho y Filosofía y Letras, y si no llovieron los suspensos, fue gracias a que algunos de los catedráticos —especialmente don Fernando de los Ríos, don Guillermo García Valdecasas, don Agustín Viñuales, don Pablo de Azcárate y don Manuel Segura— se mostraron benévolos con el indolente muchacho, que ya escribía versos y tocaba bien el piano. A pesar de ello, tuvo que soportar algún fracaso. «Yo he fracasado en literatura —confesará Federico—, en preceptiva e historia de la lengua castellana. En cambio me gané una popularidad magnífica poniendo motes y apodos a las gentes.» Lo cierto es que no llegó a licenciarse nunca en Filosofía y Letras, y que hasta 1923 no se licenció en Derecho, en Granada, al mismo tiempo que Guillermo de Torre, quien ha recordado en sus páginas sobre el poeta la absoluta desgana con que éste seguía sus cursos universitarios.

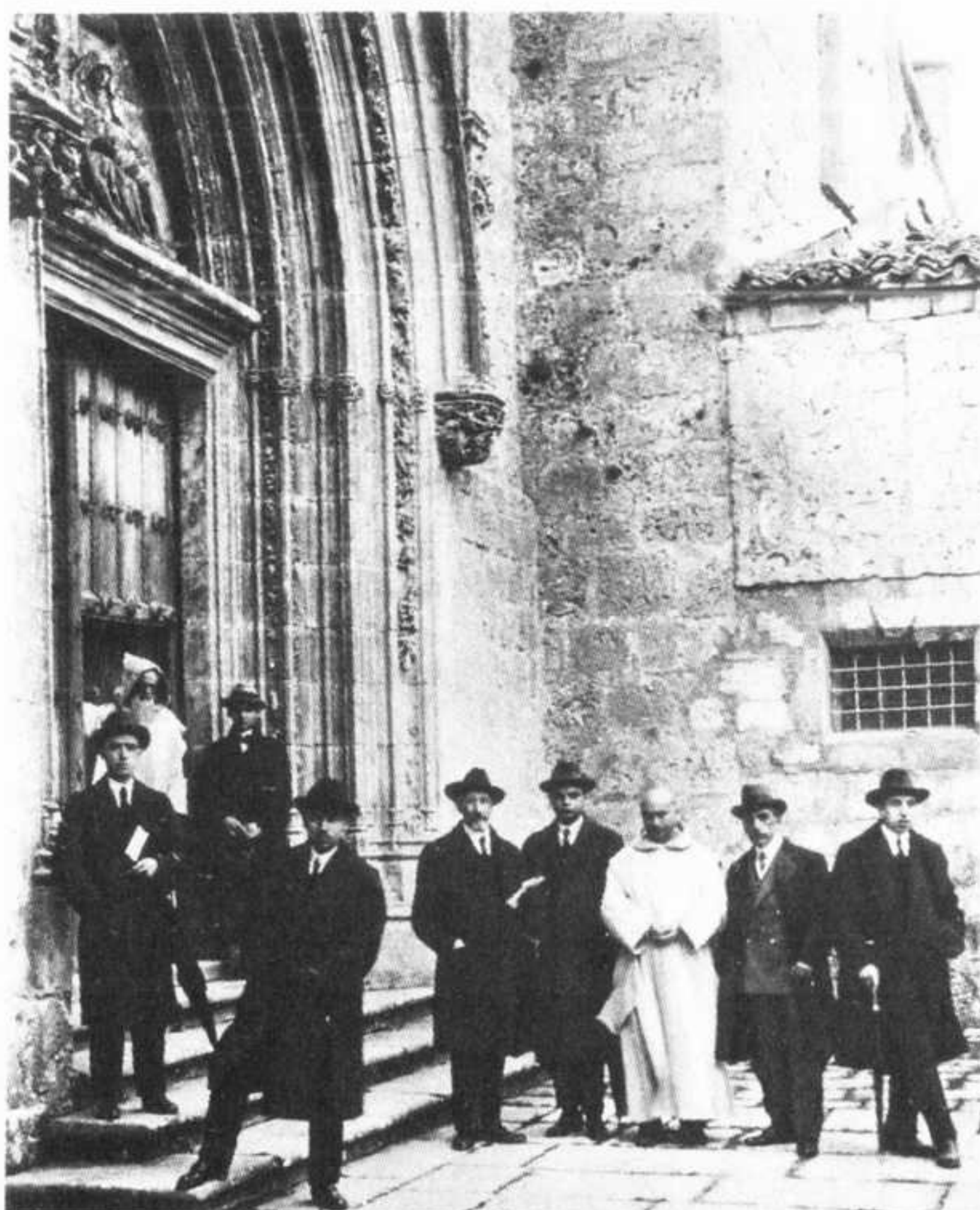
Otro compañero de estudios, José Mora Guarnido, recuerda que muchos días, sobre todo si brillaba el sol, escapaban de las arideces de la economía política y del derecho civil, y se perdían por los mágicos jardines de la Alhambra, escuchando el fresco rumor de las fuentes y soñando con la poesía. En las noches de luna era hermoso subir al Albaicín y contemplar la silueta inmóvil de la Alhambra desde la plazoleta de San Nicolás, y permanecer paseando por las callejas del pintoresco barrio hasta la madrugada. Sus mejores amigos eran entonces José Mora Guarnido, Melchor Fernández Almagro, Miguel Pizarro, Antonio Gallego Burín, José F. Montesinos, Paquito Soriano —a quien Federico llamaría en una dedicatoria «espíritu exótico y admirable»—, los pintores Ismael de la Serna y Manuel Angeles Ortiz, el escultor Juan Cristóbal y el músico Angel Barrios. Era frecuente que en las escapadas de la universidad —«rabonas» en la jerga estudiantil— se encaminasen en grupos a la Alhambra, y en un rincón apartado leyesen o recitasen a algún poeta clásico o romántico —Lope, Zorrilla— e incluso al maestro del modernismo, Rubén Darío, que acababa de morir en su Nicaragua natal. Otras veces —ha recordado un compañero de curso, Alvaro Rodríguez Spiteri— el paseo era camino del Sacromonte, donde los dos jóvenes estudiantes solían acompañar a dos lindas gitanillas, Trinidad y Lola, a las que un día obsequiaron con collares de coral. Para ellas hizo Federico unos versos bastantes malos.

Pero el incipiente poeta, enamorado ya de la poesía, no olvidaba tampoco sus lecturas y su formación literaria. Con frecuencia se encerraba en la excelente biblioteca de la Facultad de Letras para leer incansablemente a los clásicos —Lope, Calderón, Tirso...— o charlar de poesía con el viejo bibliotecario, don Francisco Guillén Robles, buen conocedor de nuestra literatura clásica y que fue pronto uno de los guías espirituales y literarios más bondadosos que encontró Federico. A veces, caída ya la tarde y cerrada la biblioteca, aún permanecían ambos largo rato charlando en torno a la poesía de Lope o de Góngora, y Federico no se cansaba nunca de escuchar a su viejo amigo, que le orientaba hacia un escrito clásico o moderno, descubriéndole a Soto de Rojas o a Azorín.

Si a alguna clase acudía con gusto Federico era a la de teoría de la literatura y de las artes, en la Facultad de Letras. No sólo porque se hallaba más en consonancia con sus aficiones literarias, sino porque el profesor, don Martín Domínguez Berrueta, solía esti-

Federico y la mayor de sus hermanas, Concha, con la que compartía su afición por la música.





Federico y sus compañeros de estudios ante la Cartuja de Miraflores, Burgos, en 1917. El viaje fue organizado por el catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Granada Martín Domínguez Berrueta, que también aparece en la fotografía.

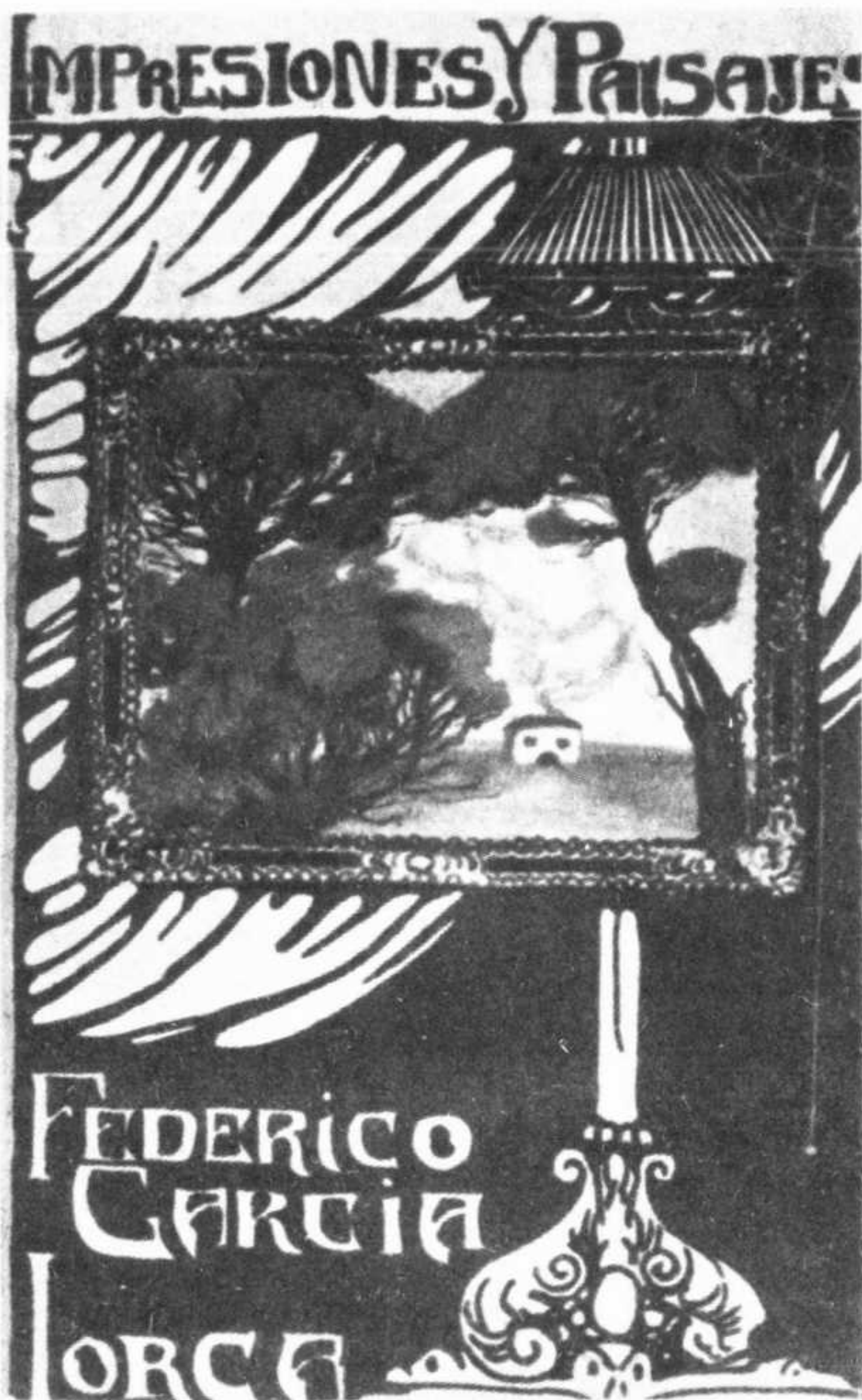
Federico, el profesor Domínguez Berrueta y los compañeros de estudios del escritor, Gómez Ortega y Luis Mariscal, en Granada, 1917.



mular aquellas aficiones en sus alumnos, a quienes trataba con afecto. Al término de cada curso, don Martín organizaba un viaje de estudios —rutas literarias, los llamaba— por tierras de Castilla y Andalucía. Federico tomó parte en uno de esos viajes en la primavera y verano de 1917, visitando Avila, Burgos —con excursiones a la Cartuja, Silos y Covarrubias—, Zamora, Salamanca —donde conoció a don Miguel de Unamuno— y Baeza. En este último pueblo, un olvidado poblachón andaluz, Federico se sorprendió hablando de poesía y de poetas con un señor que le escuchaba atentamente, y que iba vestido con un traje negro algo desaliñado. Le presentaron como el catedrático de francés del Instituto, y al parecer también escribía poesías y tenía fama de buen poeta. Era la primera vez que Federico escuchaba su nombre: Antonio Machado.

Fruto de aquel viaje estudiantil fue el primer libro que publicó Federico, *Impresiones y paisajes*, que apareció en 1918, con una cubierta de su amigo el pintor Ismael de la Serna. Iba dedicado «a la venerada memoria de mi viejo maestro de música, que pasaba sus sarmentosas manos, que tanto habían pulsado pianos y escrito ritmos sobre el aire, por sus cabellos de plata crepuscular, con aire de

galán enamorado, y que sufría sus antiguas pasiones al conjuro de una sonata beethoveniana. ¡Era un santo!...» Todo el libro, escrito en prosa poética —género predilecto del modernismo—, denotaba fuertes influencias y lecturas modernistas, desde la dedicatoria inicial, que parece escrita por don Ramón María del Valle-Inclán —el Valle-Inclán de las *Sonatas*—, hasta las referencias al *espanto rubeniano hacia la muerte*, o al enorme y admirable *Mauricio Maeterlinck*, o al *delicado verso de Verlaine*, sin olvidar las citas de Francis Jammes o de Juan Ramón, «ese gran poeta de niebla que se llama Juan Ramón Jiménez». En *Impresiones y paisajes*, libro apenas conocido —siempre me ha parecido injusto que no se incluya íntegro en las *Obras completas* del poeta—, nos da ya Federico su concepto de la poesía y su inicial visión del mundo. «La poesía —escribe en las breves páginas del prólogo— existe en todas las cosas, en lo feo, en lo hermoso, en lo repugnante; lo difícil es saberlo descubrir, despertar los lagos profundos del alma.» Y más adelante nos da esta profesión de fe modernista: «Hay que ser religioso y profano. Reunir el misticismo de una severa catedral gótica con la maravilla de la Grecia pagana. Verlo todo, sentirlo



Portada de la primera edición de *Impresiones y paisajes*, 1918, primer libro publicado por Federico García Lorca. En él apuntaba ya algunos de los motivos en los que habría de centrarse su labor creadora. La portada del libro fue realizada por Ismael de la Serna, amigo de juventud del poeta.

todo.» ¿No era ésa, acaso, la estética de Rubén, de Valle-Inclán, heredada del pagano y católico Verlaine? Pero no todo es modernismo en esas páginas adolescentes, trémulas y apasionadas. El retrato de un mísero mesón de Castilla, con su mugre y sus mendigos expuestos al sol implacable, más bien nos evoca un cuadro tremendista de Solana, o la descripción impresionista y plástica de un viajero romántico del siglo XVIII.

Cuando Federico publica *Impresiones y paisajes* tiene solamente veinte años, y su amor por la música es tan intenso, o acaso más, que su amor por la poesía. En las páginas de ese primer libro suyo no faltan las referencias a grandes músicos: Beethoven, Schumann, Mendelssohn, Wagner, Haendel, Schubert; y la dedi-

catoria del libro, que he transcrito antes, es bien reveladora de su pasión por la música. Ya vimos anteriormente que su tía Isabel le había enseñado a cantar y a tocar la guitarra, siendo aún Federico un niño de cinco o seis años. Un tío abuelo suyo, Baldomero García, tío de don Federico, era también aficionado a tocar la guitarra, y solía llevar una vida errante, de pueblo en pueblo y de cortijo en cortijo, tocando, cantando y haciendo versos. Llegó incluso a publicar un libro de versos, con el título de *Siempre vivas*. Y otro tío abuelo, hermano del anterior, Federico García, tuvo cierta fama como guitarrista a mediados del siglo XIX, y alcanzó algún éxito en París, donde se casó y terminó sus días. Su tumba, que aún se conserva en el cementerio de Père Lachaise, fue visitada por don Federico, con ocasión de un viaje que hizo a París en el año de la Exposición Universal.

Si podría decirse, pues, que Federico llevaba la música en la sangre, lo cierto es que hasta los once o doce años, con el traslado de su familia a Granada, no empezó a estudiar música seriamente. Su profesor, el mismo al que dedica *Impresiones y paisajes*, era un viejo maestro discípulo de Verdi, don Antonio Segura, compositor fracasado y autor de óperas que nunca se estrenaron, de una de las cuales se recuerda el título: *La hija de Jefté*. Bajo la enseñanza entusiasta de don Antonio, los progresos del joven aprendiz de música fueron rápidos, y al cabo de un año ya podía tocar Federico al piano a sus músicos predilectos: Beethoven, Schumann, Mendelssohn, Schubert, Chopin, entre los extranjeros; Albéniz, sobre todo, entre los españoles. Pero la enseñanza del viejo maestro no se limitaba a la música de los grandes compositores clásicos. Federico habría de reconocer más tarde que, gracias a don Antonio Segura, conocedor a fondo del folclore musical español, pudo ahondar y completar sus conocimientos en ese género, que tan útiles le fueron más adelante para la expresión de su personalidad de artista, desdoblada en músico y en poeta.

Fue precisamente mientras tocaba una sonata de Beethoven en el Centro Artístico de Granada —Federico tenía entonces dieciséis años—, cuando le descubrió don Fernando de los Ríos, a la sazón catedrático de derecho político en la universidad y apasionado de la música. Don Fernando quedó sorprendido de la maestría y delicadeza con que aquel muchacho desconocido tocaba a Beethoven, y se convirtió desde ese momento en protector y amigo del joven músico. En el mismo Centro Artístico comenzó Federico a tratar a algunos artistas granadinos, como los pintores Ismael de la Serna y Manuel Angeles Ortiz, el escultor Juan Cristóbal y el músico Angel Barrios. Allí dio también varios conciertos privados, y a

veces se atrevía incluso a tocar algunas de las breves piezas que había compuesto, hoy, al parecer, definitivamente perdidas. Y en el *Boletín del Centro* apareció, en febrero de 1917, su primer trabajo literario, una prosa titulada *Fantasía simbólica*, contribución suya al homenaje que dicho *Boletín* consagró a Zorrilla con ocasión de su centenario, y que fue preparado por dos amigos del poeta: Melchor Fernández Almagro y Antonio Gallego Burín. Pero el Centro Artístico, con su aire un tanto provinciano y tradicional, no era el mejor vehículo para las nuevas corrientes del arte y la literatura que Federico y sus jóvenes amigos propugnaban. Muy pronto, pues, los mejores espíritus del Centro y los más avanzados en arte formaron una tertulia literaria y artística que se llamó del «Rinconcillo», porque se reunía en un rincón del café Alameda, situado en la plaza de Campillo. Uno de sus miembros, José Mora Guarnido, ha hecho la nómina de los principales «rinconcillistas»: aparte de Federico, el exquisito y cultísimo Paquito Soriano, dueño de una de las mejores bibliotecas de Granada; el extraño y nervioso Ramón Pérez de Roda, que vivió algún tiempo en Londres trabajando para la Enciclopedia Británica; el joven filólogo y «lopista» José Fernández Montesinos, cuyo hermano, más tarde alcalde socialista de Granada, habría de casarse con Concepción García Lorca, hermana de Federico, y fue una de las primeras víctimas de la guerra española; el periodista y poeta Miguel Pizarro y, en fin, Melchor Fernández Almagro, que estudiaba la carrera de abogado; Antonio Gallego Burín, Luis Mariscal, Juan Cristóbal, Manuel Angeles Ortiz... De cuando en cuando aparecían por la tertulia don Fernando de los Ríos y don Manuel de Falla. Y no faltaban nunca a ella, si se encontraban en Granada ocasionalmente, Ramón Gómez de la Serna, Guillermo de Torre, Enrique Díez Canedo, Edgar Neville y otros. Los «rinconcillistas» no se limitaban a la charla de café, a las discusiones sobre arte y literatura. Llevados de su amor por Granada, celebraron algunos homenajes a poetas y artistas en algún modo relacionados con su ciudad, como Zorrilla, Albéniz, Théophile Gautier y el compositor ruso Mihaíl I. Glinka.

El café Alameda no era el único lugar de reunión de la tertulia del «Rinconcillo». También solían encontrarse en la taberna de don Antonio Barrios, conocido por el *Polinario*, y que, según Santiago Rusiñol, poseía estas tres virtudes, raras en un tabernero: era un gran *cantaor* de flamenco, entendía de pintura y no solía echar agua al vino. En la taberna del *Polinario* se organizaban a veces íntimas juergas flamencas, en las que Angel Barrios, hijo del tabernero y gran guitarrista —y luego compositor de mérito—, acompañaba con la guitarra a los *cantaores* o tocaba él solo piezas de Albéniz



García Lorca con Rafael Agudo, Antonio Luna, José Segura y Manuel de Falla en una excursión a Sierra Nevada. El poeta y el compositor mantuvieron una intensa y fructífera amistad.

o de Tárrega. En una de esas noches flamencas, el juvenil grupo de artistas recibió con todos los honores a don Manuel de Falla, a quien algunos de ellos veían por primera vez, aunque ya le admiraban, y que llegó acompañado de los pintores Vázquez Díaz y Gustavo Bacarisas y el poeta Alejandro Mackinley.

Por aquella época, hacia 1919, debió de comenzar la amistad entre Federico y don Manuel de Falla, que vivía con su hermana María del Carmen en un pequeño otero de la Antequeruela Alta, sobre la cuenca del Genil. Un lugar tranquilo e íntimo, que pronto recibió la visita de los jóvenes poetas y artistas de la tertulia del «Rinconcillo». De todos ellos, era Federico el que más frecuentaba la casa de Falla y el único que llegó con el maestro a una relación casi familiar. La pasión por la música unió pronto al gran compositor y al incipiente poeta y pianista. Falla solía ponerse al piano e interpretaba para sus jóvenes amigos, a veces para Federico solo, a

alguno de sus músicos predilectos: Couperin, Scarlatti, Bach, Mozart... Cuando la confianza entre ellos fue mayor, Falla tocaba algunas composiciones suyas, y a su vez Federico se ponía al piano e interpretaba alguna pieza clásica o popular. La amistad entre Falla y Federico se fue haciendo cada vez más íntima, y años más tarde habíase de trocar en estrecha colaboración al organizar ambos, en 1922, la Fiesta del Cante Jondo, a la que más adelante he de referirme.

Hasta 1916 ó 1917 debió de dominar en Federico la vocación musical, estimulada por su viejo maestro de música, cuya muerte sintió como la de un familiar querido, y sobre todo por el encuentro con Falla. Como pianista, llegó a interpretar bastante bien a Beethoven, Chopin, Schubert, Schumann y Mendelssohn, y entre los españoles, a Albéniz, que era su preferido. Junto con Angel Barrios y otros jóvenes músicos o aficionados a la música, parece que fundó cierta Sociedad de Música de Cámara, de no muy larga vida. Sabemos además que, por consejo de Falla, Federico pensó continuar sus estudios musicales en París, aunque no pudo realizar sus deseos, porque se opuso a ello su padre. Esta negativa, junto con la muerte de su maestro de música, quizá debió de influir algo en que la batalla vocacional que se libraba en su espíritu entre la música y la poesía se decidiera a favor de ésta. Los viajes de estudios por Castilla y Andalucía con su profesor de arte, don Martín Domínguez Berrueta, despertaron sin duda en él el gusto por la expresión literaria. El resultado fue su primer libro, *Impresiones y paisajes*, que, a pesar de sus muchas influencias románticas y modernistas, a las que me he referido antes, era el nacimiento de un escritor, y decidió su vocación literaria. Desde entonces, aunque no abandonó nunca la música y siguió tocándola y gozándola, su pasión primera fue la poesía, y a ella dedicaba muchas horas de su tiempo leyendo o escribiendo. Federico era ya lector infatigable de Zorrilla, de Rubén Darío, de Salvador Rueda y de Villaespesa, cuyo drama modernista *El Alcázar de las Perlas* fue estrenado entonces, con mucho éxito, por la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, en el teatro Isabel la Católica, de Granada. Los melancólicos versos de Villaespesa:

*Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido,
en la noche de estrellas perfumada,
algo más doloroso que su triste gemido...?*

no dejaban de tener su encanto y de hallar eco emocional en el alma del naciente poeta.

Su primera poesía no fue, sin embargo, de tema granadino, sino castellano. Se titulaba «Las cigüeñas de Avila» y era acaso una derivación de su primer libro en prosa, un recuerdo de su viaje a Avila. Esas primeras poesías de Federico tenían evidentes influencias rubenianas y ecos de Villaespesa y de Salvador Rueda. Al final de su libro en prosa *Impresiones y paisajes* anunciaba ya Federico, entre otros libros que probablemente eran sólo proyectos, uno de *Elogios y canciones*, otro de canciones populares titulado *Tonadas de la Vega*, y un *Fray Antonio (poema raro)*. Ninguno de esos libros llegó a imprimirse, ni es seguro que existieran como tales libros acabados. Pero sí es probable que algunas de las canciones que por entonces escribía (años 1917 y 1918) pasaran luego a su primer libro de versos publicado, *Libro de poemas*, que no aparece hasta tres años más tarde, en Madrid. Al menos, algunas de las poesías del *Libro de poemas* están fechadas en el verano de 1918, en Fuente Vaqueros y Vega del Zujaira. En las poesías de 1918 y 1919, Federico nos da, junto a influencias visibles de Juan Ramón (*Todas las rosas son tan blancas como mi pena*, en «Canción otoñal»), de Rubén Darío (en la «Elegía a Doña Juana la Loca», fechada en diciembre de 1918, o «El macho cabrío», fechada en 1919) y de Salvador Rueda —al que sigue en el tema de la cigarra—, algunas notas que son ya de su naciente personalidad poética.

En el verano de 1918, Federico descubre a Antonio Machado —a quien había conocido en su viaje de estudios un año antes— en un ejemplar de la edición de las *Poesías completas* publicada por la Residencia de Estudiantes. Y en la primera página escribe emocionado estos versos, fechados el 7 de agosto de 1918:

*Dejaría en este libro
toda mi alma.
Este libro que ha visto
conmigo los paisajes
y vivido horas santas.*

3. En la Residencia de Estudiantes

En la primavera de 1919 llega Federico a Madrid para estudiar, por consejo de don Fernando de los Ríos, fiel amigo de la familia, en la famosa Residencia de Estudiantes, que se hallaba en los altos del Hipódromo, al final de la Castellana, detrás del Museo de Historia Natural. En un principio, y quizá porque, ya avanzado el curso, no había plaza en la Residencia, se hospedó en una pensión de la calle de San Marcos, en el número 36 —donde ya vivía uno de sus amigos granadinos, José Mora Guarnido, estudiante de Filosofía y Letras en la Universidad Central—, y también en otra de la calle



Un aspecto de la Residencia de Estudiantes, de Madrid, según dibujo del poeta y pintor José Moreno Villa, amigo y compañero de Federico en dicho centro. Este dibujo, junto con otros muchos del mismo autor, apareció en la revista Residencia, editada en aquella institución.

Alberto Jiménez Fraud, fundador y director de la famosa Residencia de Estudiantes, donde García Lorca vivió los primeros años de su estancia en Madrid, de 1919 a 1928. Retrato a pluma, obra de Gregorio Prieto.



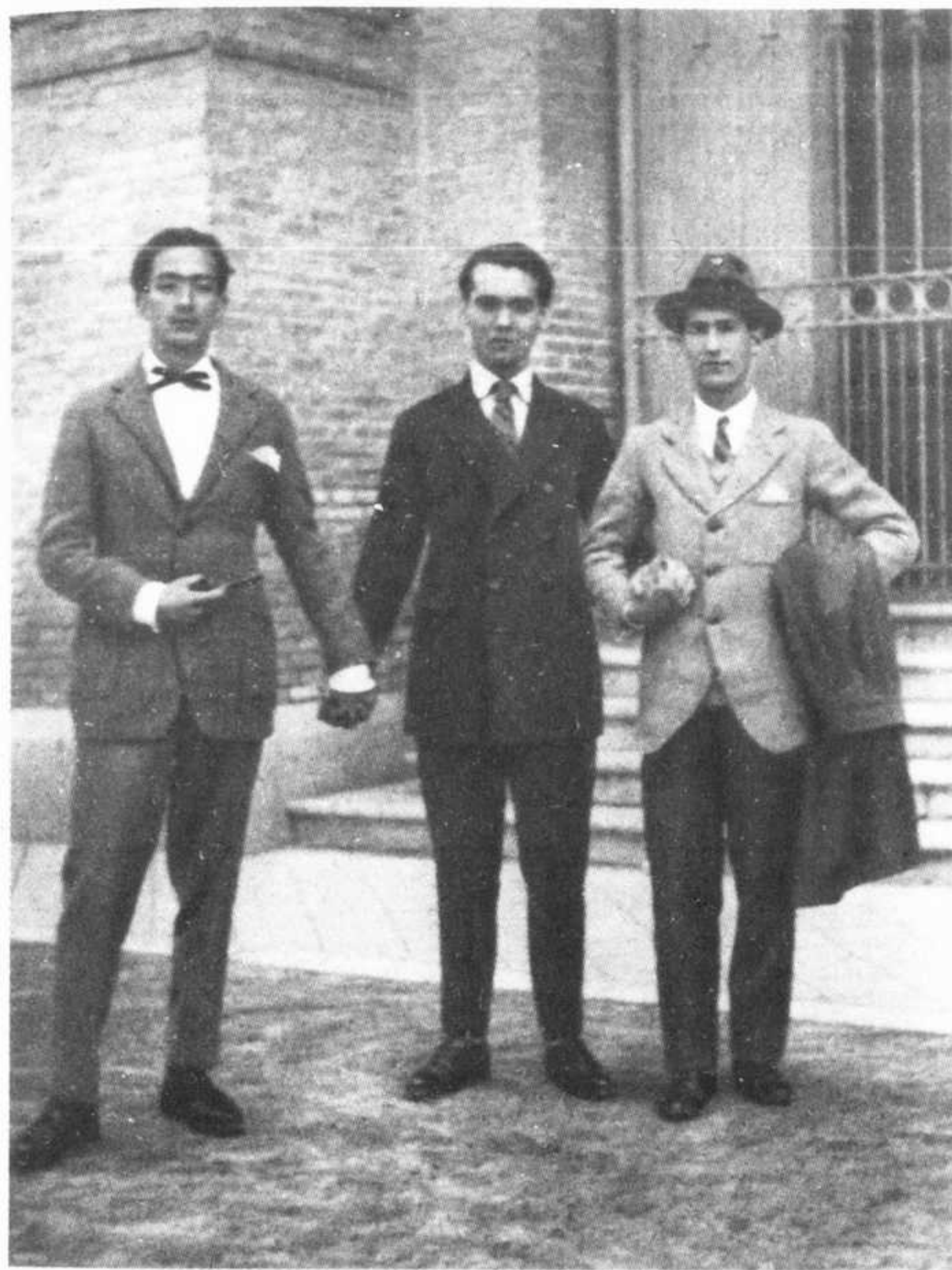
del Espejo, donde solía alojarse otro amigo suyo de Granada, el músico Angel Barrios. Pero muy pronto pudo trasladarse a la Residencia, donde su director, Alberto Jiménez, le acogió desde el primer momento con afectuosa cordialidad, considerándole como uno de la casa. Su cuarto tenía una gran ventana de persianas verdes que daba al patio de las Adelfas: tres rojas y una blanca, plantadas por Juan Ramón Jiménez, y cercadas de boj traído de El Escorial. No lejos de su habitación, que compartió algún tiempo con un simpático residente, Pepín Bello, pronto fraternal amigo suyo, se hallaba el rincón del piano —en la gran sala de la Residencia—, un viejo Pleyel que Federico solía tocar a solas o rodeado de amigos que le escuchaban. Federico era incansable ante el piano. Solía tocar primero a sus músicos preferidos —Chopin y Schubert, Mozart y Beethoven, Debussy y Ravel, Falla y Albéniz—, pero de ellos pasaba a las tonadillas del siglo XVIII y del XIX y a las canciones

populares de Castilla, de Galicia, de Andalucía. Se daba entero a la música y a la letra de la canción, que cantaba con su voz cálida, mojada, algo bronca; y cuando terminaba, miraba retador y sonriente a quienes le habían escuchado, como diciéndoles: «¡Esto es España!» No pocas veces, visitantes ilustres de la Residencia, sabios o artistas, escucharon extasiados aquella fuente inagotable de poesía y música populares, aquel riquísimo tesoro del más puro folclore español. Rafael Alberti evocaría más tarde en *La arboleda perdida* «aquellas tardes y noches de primavera o comienzos del estío pasa-



Federico tocando el piano en la Residencia de Estudiantes. En la parte inferior del dibujo, su autor, José Moreno Villa, escribió: «Federico disponiéndose a cantar la Nana, por eso está algo enano».

Federico con Salvador Dalí (izquierda) y Pepín Bello, dos de sus mejores amigos en la época de la Residencia de Estudiantes.



das alrededor del Pleyel, oyéndole subir de su río profundo toda la millonaria riqueza oculta, toda la voz diversa, honda, triste, ágil y alegre de España».

Otras veces, Federico dejaba el piano y se abrazaba a su guitarra, para tocar y cantar a su gusto, en su cuarto y sólo ante unos cuantos amigos, sus íntimos de la Residencia: Dalí, Pepín Bello, Luis Buñuel, Emilio Prados y algún otro. Por los recuerdos que nos han dejado algunos de sus amigos de entonces —Alberti, Moreno Villa—, podemos imaginar lo que debió de ser la vida de Federico en la Residencia: una fiesta ininterrumpida de juegos, de música, de poesía, de vida alegre y feliz, en suma. No era raro que Federico y sus amigos improvisaran una escena del *Tenorio*, ironizando sus voces, o que Federico remedase burlescamente a un famoso escritor, sobre todo a los que llamaba «putrefactos». Entre los juegos

verbales que entonces se pusieron de moda entre los residentes, el que más furor hacía era el de los *anaglifos*, quizá derivación surrealista de los caligramas de Apollinaire. Consistía el *anaglifo* en una especie de brevísimo poema que constaba de cuatro versos, en realidad cuatro sustantivos, el primero de los cuales se repetía, y el tercero había de ser forzosamente *la gallina*. Lo importante era que el último sustantivo no tuviese nada que ver con los dos anteriores, de manera que diese una impresión de absurdo o disparate. Por ejemplo:

El té,
el té,
la gallina
y el Teotocópuli.



García Lorca tomando el té en la Residencia con Juan Centeno, Pepín Bello y un estudiante inglés.

Pero Federico inventó una variante del *anaglifo*, que consistía en alargar el último elemento, convirtiéndolo de sustantivo en frase completa:

*La tonta,
la tonta,
la gallina
y por ahí debe andar alguna mosca.*

«Un día —ha contado Federico— nos quedamos sin dinero Dalí y yo... Hicimos en nuestro cuarto de la Residencia un desierto. Con una cabaña y un ángel maravilloso (trípode fotográfico, cabeza angélica y alas de cuello almidonado). Abrimos la ventana y pedimos socorro a las gentes, perdidos como estábamos en el desierto. Dos días sin afeitarnos, sin salir de la habitación. Medio Madrid desfiló por nuestra cabaña.» En otra ocasión se empeñaron en

vender un cuadro de Dalí a un matrimonio sudamericano. Encargaron una gran bandeja de dulces a Lhardy, los invitaron a tomar el té y, llegado el momento oportuno, sacaron el cuadro, encargándose Federico de decir elogios exaltados del mismo. Pero el matrimonio —él diplomático— no picaba. Y entonces Federico preguntó a uno de ellos: «¿No tendría usted en su cartera un par de billetes de cinco duros?» El diplomático sacó su cartera y le entregó los dos billetes. «¡Muy bien —exclamó Federico—; éste para Salvador y éste para mí! ¡Y vámonos, Salvador, que estos señores son unos pelmazos!»

En el ambiente un tanto serio y britanizado de la Residencia —un Oxford madrileño, le llamará Maurice Martin du Gard— Federico era siempre un estallido de libertad y de juventud, de perenne

Otra escena de la Residencia, en la que aparece Federico con algunos amigos, entre ellos Salvador Dalí y Jesús Sánchez Cuesta.

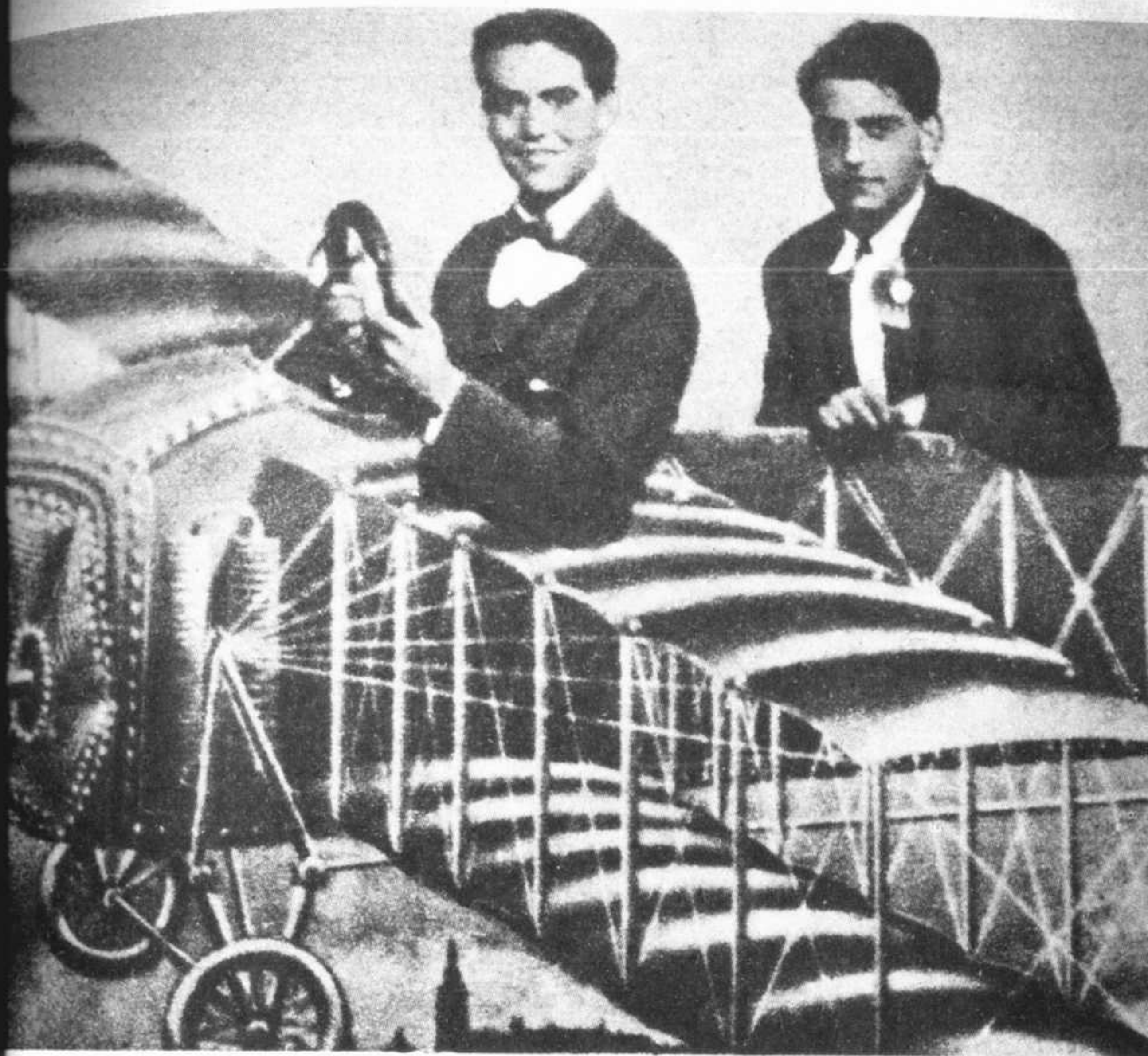




Federico y Salvador Dalí en la época en que el pintor catalán hacía servicio militar en Madrid.

Federico y Luis Buñuel, en una verbenas madrileña. En sus memorias, el cineasta recordaría a su amigo de la Residencia como «un ser encantador» provisto de «un magnetismo al que nadie se resistía».

alegría inspirada. Así vivió nueve años, de 1919 a 1928, haciendo lo que la vida le pedía, sin que don Alberto Jiménez, el admirable conductor de aquella empresa ejemplar que era la Residencia, que comprendía el genio indisciplinado del poeta y admiraba su obra, intentase someterlo a la mínima disciplina de la casa. A veces Federico asistía a los cursos y conferencias que se daban en ella —en la lista de socios de la Sociedad de Cursos y Conferencias figura su aportación: veinticinco pesetas—, pero él prefería siempre marcharse con sus amigos a las tabernitas madrileñas, que tanto le gustaban, o pasear con libertad por el Retiro, o asistir a una fiesta íntima flamenca. Y no se perdía lo que de verdadero interés se representaba en los escenarios de la capital, o una buena película cuando merecía la pena. Pero lo que más le atraía era el rico y sabroso espectáculo de la vida, la libertad de vivir sensaciones e impresiones varias y jugosas; y si se le daba a escoger entre la vida y la literatura, por mucho que ésta le interesase, se decidía siempre por



aquella. Vivir y ver vivir era para él lo primero. Como solía decir a sus amigos, él era *vidista* antes que nada.

¿Influyó el ambiente de la Residencia en Federico? Sin duda contribuyó a formarle y a enriquecer su cultura, ampliando sus relaciones intelectuales y literarias; pero Federico hubiese sido el mismo aun sin pasar por el ambiente europeo y culto, universitario, de la Residencia. Como sospecha Angel del Río, quizá como reacción a ese ambiente refinado, o para completarlo, Federico solía frecuentar los ambientes populares, las deliciosas verbenas madrileñas, y le encantaba hallarse entre gentes del pueblo bajo madrileño, con las que se sentía tan a gusto como con las de su tierra andaluza. Otro de los lugares de reunión era la famosa taberna de Eladio, al principio de la calle de la Independencia, casi esquina a Arenal, donde los sábados solía reunirse con un grupo animado de jóvenes escritores y artistas, entre ellos Guillermo de Torre, Angel del Río, Melchor Fernández Almagro, José de Ciria, Mora Guarni-

do, Pepe Montesinos, Miguel Pizarro, el pintor García Maroto, etc. En otra tertulia, la del café del Prado, frente al Ateneo, esquina a la calle del León, fue donde conoció a Guillermo de Torre, con el que pronto trabó una buena amistad. La tertulia del café del Prado, en la que dominaban los ultraístas, y uno de cuyos principales animadores era el pintor Barradas, fue el nexo de unión entre Federico y el movimiento ultraísta, al que por algún tiempo se acercó, aunque sin figurar nunca en él como activo militante.

Pocas veces asistía, en cambio, a las clases de la Facultad de Filosofía y Letras, en la que se había matriculado a su llegada a Madrid y donde conoció a otro buen amigo suyo y futuro biógrafo, Angel del Río. Pero quizá para compensar la ausencia de las clases, Federico se convirtió en un asiduo de la espléndida biblioteca del Ateneo, donde completó sus lecturas de clásicos y románticos, y leyó también a los modernistas. Alguna vez asistió a la famosa tertulia de Valle-Inclán en la cacharrería del Ateneo –presentado por Melchor Fernández Almagro–, o en la Granja el Henar, y se cruzaría con la figura escueta de Azorín, o saludaría a don Miguel de Unamuno, a quien había conocido en Salamanca durante su viaje de estudios en 1917. Muy pronto Federico conoció a todo el mundo y tuvo amigos en todas partes. Fueron unos años, los primeros de su estancia en Madrid, de intensa vida de relación, que reflejaba su avidez de sensaciones, en toda la riquísima gama que la vida ofrecía, y al mismo tiempo la gran importancia que concedía a su carrera literaria.

¿Cómo era Federico en esos primeros años de su vida en Madrid? ¿Cómo le vieron sus amigos? Varios de ellos –Angel del Río, Rafael Alberti, Mora Guarnido– han evocado la imagen de aquel Federico juvenil –tenía veintiún años cuando llegó a Madrid–, de rostro moreno, «color oliva profundo; torso, cuello y cabeza poderosos, en un cuerpo de líneas y movimientos con algo de blando; ojos de color variable, entre negro y pardo; ojos intensos, tras la prominencia de unos pómulos firmes» (A. del Río). «Tenía la piel morena, rebajada por un verde aceituna; frente ancha y larga, sobre la que temblaba a veces un intenso mechón de pelo negro» (R. Alberti). «Su pálido rostro moreno, las espesas cejas y los ojos profundos y brillantes, y un lunar sobre el labio –sello de herencia materna–, y una sonrisa impregnada de simpatía» (Mora Guarnido). Y a un amigo francés, el poeta Louis Parrot, el rostro de Federico le recordaba siempre a esos niños sevillanos, vendedores de naranjas, que sonríen con sus ojos oscuros, a veces velados de tristeza, en los cuadros costumbristas de Murillo. «Un poco murillesca –evocará también Luis Cernuda– la cara redonda y oscura sem-



Un retrato de Federico cuando todavía residía en Granada. En él se perciben ya los rasgos físicos que describieron sus amigos madrileños: frente ancha y larga, cejas pobladas, ojos profundos y con cierta expresión de tristeza...

brada de lunares, lacio y alisado el brillante pelo negro.» En cambio Juan Ramón Jiménez le ve de cinco razas: «Cobre, aceituno, blanco, amarillo, negro, como los anillos de cinco metales para el rayo, achaparrado en piña humana prieta.»

¿Y la voz de Federico? Nadie que alcanzó a oírla la podrá olvidar. Porque era una voz mojada, oscura y cálida, quebrada a veces por la alegría o la pena. Y esa voz iba con frecuencia acompañada de su risa, también inolvidable, aquella su tremenda risa morena, como ha dicho Vicente Aleixandre, que contagiaba a todos, hasta a los más secos por dentro, y que prodigaba generosamente con la fuerza natural de su radiante juventud, de su simpatía irresistible, con su *ángel*, que a todos conquistaba. Pero no todo era alegría y risa en su vida. Quienes le conocieron bien, supieron de sus penas, de sus «dramones», como él decía, bromeando. Así Vicente Aleixandre, uno de sus más entrañables amigos, recordó a su muerte «al noble Federico de la tristeza, al hombre de soledad y pasión, que en el vértigo de su vida de triunfo difícilmente podía adivinarse... Su corazón no era ciertamente alegre. Era capaz de toda la alegría del universo; pero su sima profunda, como la de todo gran poeta, no era la de la alegría».

4. Dos caminos paralelos: el teatro y la poesía

A través del poeta Eduardo Marquina, amigo de la familia Dalí y una de sus primeras relaciones literarias en Madrid, conoció Federico a Gregorio Martínez Sierra, director a la sazón del teatro Eslava y una de las personalidades más influyentes en la vida literaria y teatral de entonces. Este conocimiento iba a traer como consecuencia el primer estreno teatral del poeta: su pieza fantástica *El maleficio de la mariposa*, quizá influida por Maeterlinck. En un principio, Federico había escrito sólo un poema, una especie de fábula que contaba la leve aventura de una mariposa que, rotas las alas, caía en un nido de cucarachas. El hijo de una de las cucarachas —el cucaracho— se enamora de ella, pero la mariposa, una vez curada de su golpe, huye volando de aquel negruzco y repugnante nido, abandonando al pobre enamorado. Martínez Sierra creyó ver un posible drama poético en esta fábula, y pidió a Lorca que la transformase en una pieza dramática. El estreno de *El maleficio de la mariposa* —título sugerido por el propio Martínez Sierra— tuvo lugar en el teatro Eslava el 22 de marzo de 1920, con Catalina Bárcena en el papel de la protagonista, la señora Cucaracha. La parte artística no podía ser más brillante: decorados de Mignoni, figurines de Barradas, ilustraciones musicales de Grieg y Debussy e intervención de la *Argentinita* como bailarina en el papel de la Mariposa Blanca. A pesar de ello, el estreno fue un rotundo fracaso. El público tomó a guasa gran parte de la representación, y al final la gente pateó y silbó a su gusto, sin que los aplausos de los muchos amigos de Federico que asistían al estreno pudieran contrarrestar el desastre. «Entre bastidores —ha evocado en una crónica Melchor Fernández Almagro, que era uno de esos amigos—, Federico se mueve nervioso, impaciente. “Estoy visiblemente emocionado —dice, jugando con el tópico, a sus amigos—. Pero invisiblemente estoy muy tranquilo. Ese público no me importa nada, nada, nada...”» El propio Federico solía contar, ya a cierta distancia del estreno, y riéndose a carcajadas, que cuando uno de los insectos, Cucarachito, dice la frase: «Hoy me he desayunado con una mosca», uno del

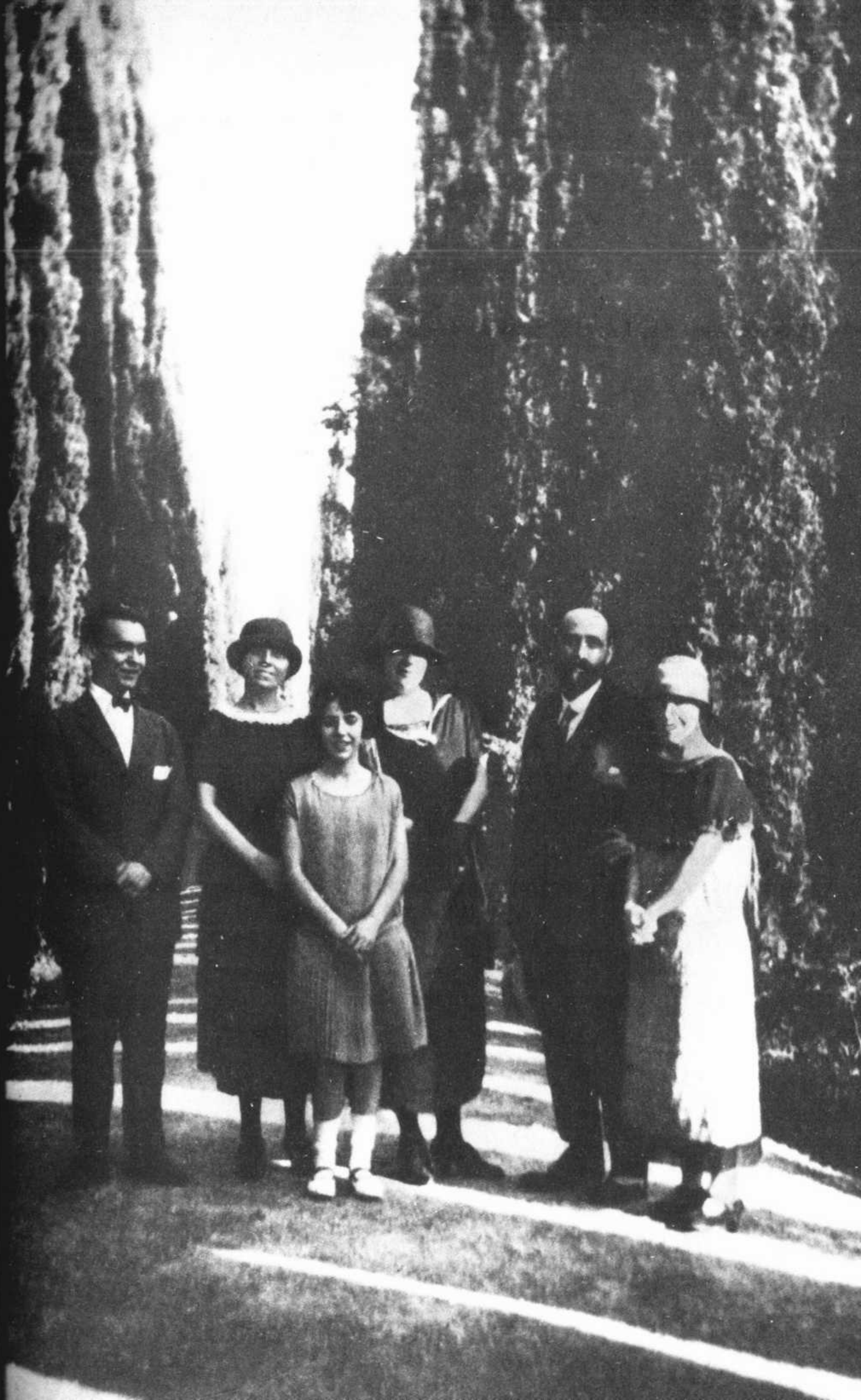
público gritó indignado: «¡Asqueroso!» La misma noche del estreno, terminada la obra, se reunió el poeta con un grupo de amigos en la Granja el Henar para comentar sin amargura los lances de la representación. Y muchos años más tarde, en febrero de 1935, todavía recordaría, riendo, a un periodista, el pateo enorme con que el público del Eslava acogió su primera pieza de teatro. En cuanto a los críticos, excepto Andrenio, que presintió al poeta, los demás no supieron qué decir, salvo que la obra desagradó al público.

Cuando llega el verano, Federico deja su cuarto de la Residencia, que entonces parecía apagada y triste sin él, y se mete en el tren para ir a su campo granadino, a Vega del Zujaira, donde su padre posee una finca. En Vega del Zujaira están fechadas algunas composiciones de su *Libro de poemas*, como «Madrigal de verano», «Balada interior», «El presentimiento» y otras. La sensualidad del poeta, bajo el pagano ardor estival, estalla en algunos de esos poemas, como en estos versos de «Madrigal de verano»:

*Junta tu roja boca con la mía,
¡oh Estrella la Gitana!
Bajo el oro solar del mediodía
morderé la manzana.*

En octubre regresa Federico a Madrid, a su querida habitación de la Residencia –la «Resi», como los residentes solían llamarla–, y prepara la publicación de su primer libro de poesía, que aparece en la primavera de 1921. Su título, *Libro de poemas*, se lo sugirió probablemente su amigo el pintor e impresor Gabriel García Maroto, que venció la resistencia del poeta a publicar lo escrito, y le sacó casi a la fuerza los originales. En *Libro de poemas* recogió Federico buena parte de su producción poética juvenil, en la que no es difícil hallar aún la huella de Rubén Darío, de Salvador Rueda, de Juan Ramón Jiménez. Pero la personalidad de Federico aparece ya, con su acento propio, en muchos de esos poemas, sobre todo en los fechados en 1920, como el «Madrigal», la «Balada interior» o la «Balada de la Placeta», que fue uno de sus primeros poemas publicados, ya que apareció en septiembre de 1920 en un número extraordinario de *La novela corta* dedicado a ofrecer una muestra de la poesía del momento.

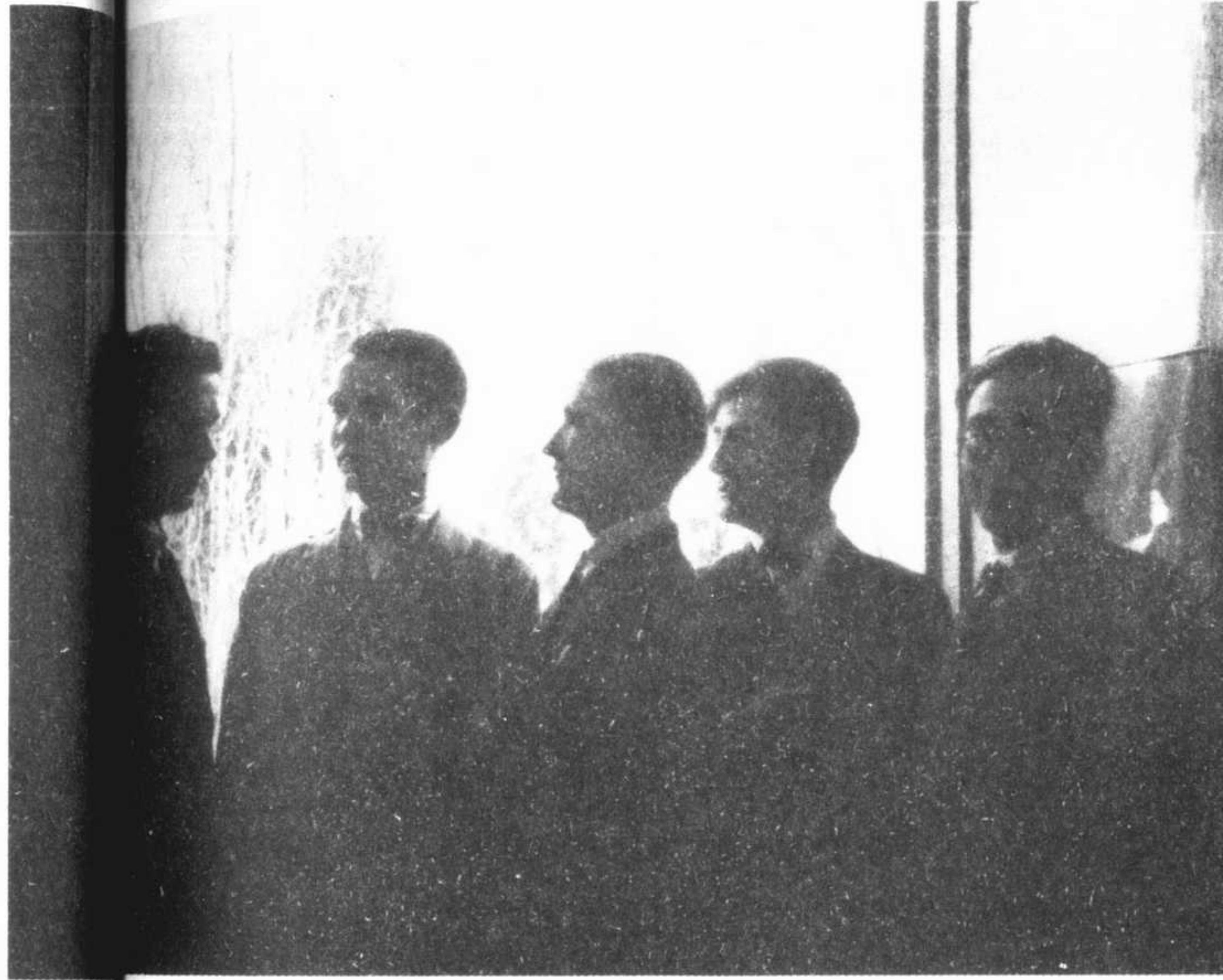
Federico, con Juan Ramón Jiménez y su esposa Zenobia, durante una visita que el poeta de Moguer hizo a Granada. En la fotografía, tomada en los jardines del Generalife, aparece también Isabelita García Lorca.





García Lorca y el pintor Manuel Ángeles Ortiz, al que le unía una gran amistad. Ambos artistas colaboraron en la organización de la Fiesta del Cante Jondo, celebrada en Granada en 1922.

A pesar de las influencias y limitaciones, Federico amaba este libro. Lo prueba la carta a Miguel Hernández que reproduzco más adelante —donde habla del encanto y la fuerza de ese primer libro suyo—, y el mismo prólogo del libro, en que confiesa: «Sobre su incorrección, sobre su limitación segura, tendrá este libro la virtud, entre otras muchas que yo advierto, de recordarme en todo instante mi infancia apasionada, correteando desnuda por las praderas de una vega sobre un fondo de serranía.» El libro pasó casi inadvertido para la crítica y el público, y sólo la sensibilidad alerta de Adolfo Salazar saludó con entusiasmo al nuevo poeta, desde las columnas de *El Sol*, en el número del 30 de julio. Este artículo de Adolfo



Fotografía hecha en la Residencia de Estudiantes hacia 1920. De izquierda a derecha, Juan Vicens, Federico García Lorca, Pepín Bello, Juan Centeno y Emilio Prados.

Salazar llamó la atención de Juan Ramón Jiménez, maestro indiscutido entonces de la poesía joven. Juan Ramón acababa de fundar *Índice*, revista de la nueva literatura, y se apresuró a invitar a Federico a colaborar en sus páginas. A partir del número 2 aparecen poemas suyos en esta revista: «El jardín de las morenas», en ese número; la «Suite de los espejos», en el 3; «Noche», en el 4.

Federico escribe ese año —1921— algunas de las mejores canciones de su próximo libro, y vive intensamente el ambiente intelectual, de trabajo creador, que se respiraba en el Madrid de aquella época, y que nadie ha evocado mejor que Moreno Villa en unas vívidas páginas de su autobiografía *Vida en claro*. Pero no por



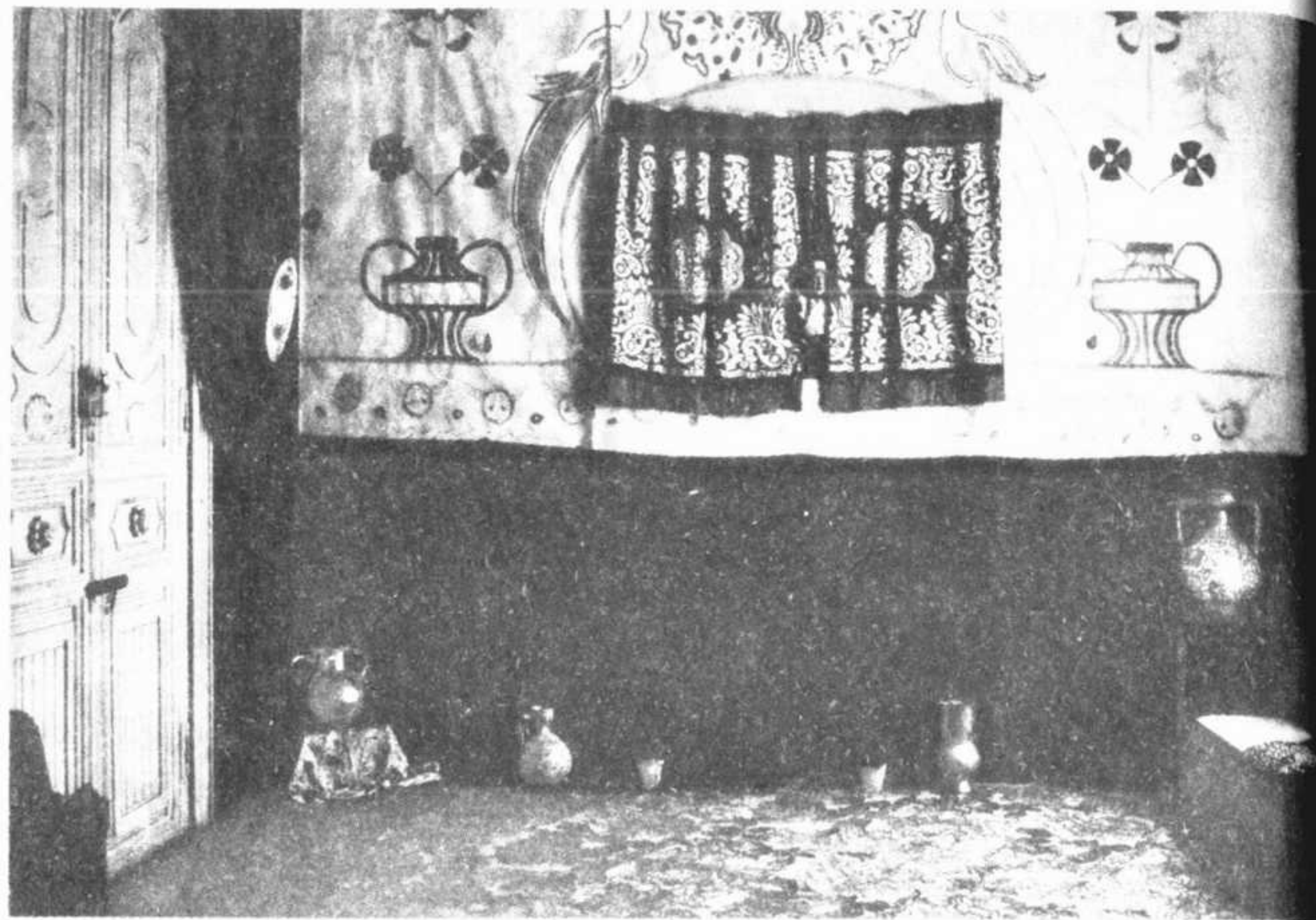
Retrato de Federico
hecho en 1924
por el pintor
granadino Manuel
Angeles Ortiz.

ello olvida el poeta a su Granada. Al año siguiente –1922– Federico organiza en su ciudad, con la colaboración de su gran amigo y maestro Manuel de Falla, la Fiesta del Cante Jondo, cuyo cartel anunciador se debe al pincel de su amigo el pintor granadino Manuel Angeles Ortiz. Como preludeo del famoso concurso, Federico dio el 19 de febrero, en el Centro Artístico de Granada, una conferencia sobre el cante jondo («El primitivo canto andaluz»), cuyo texto era publicado días después en *El Noticiero* granadino. Y en el hotel Alhambra Palace se celebró también un festival para allegar fondos con destino a la fiesta que se preparaba, en el que intervinieron Andrés Segovia con su guitarra ya mágica, el viejo guitarrista Niño de Baza y Federico, que recitó fragmentos del *Poema del cante jondo*. Por los mismos días, Manuel de Falla –alma de la fiesta, con Federico– publicaba su precioso ensayo *El cante jondo, sus orígenes, sus valores musicales, su influencia en el arte musical europeo*. Falla mismo presidió el jurado, del que formaban también parte Andrés Segovia y el viejo *cantaor* Antonio Chacón, «emperador» del cante jondo. El festival se celebró en la plaza de los Aljibes

Fachada de la casa
de la Acera del
Casino donde
residió la familia
García Lorca
al instalarse
en Granada. En
ella transcurrió
buena parte
de la adolescencia
del poeta.



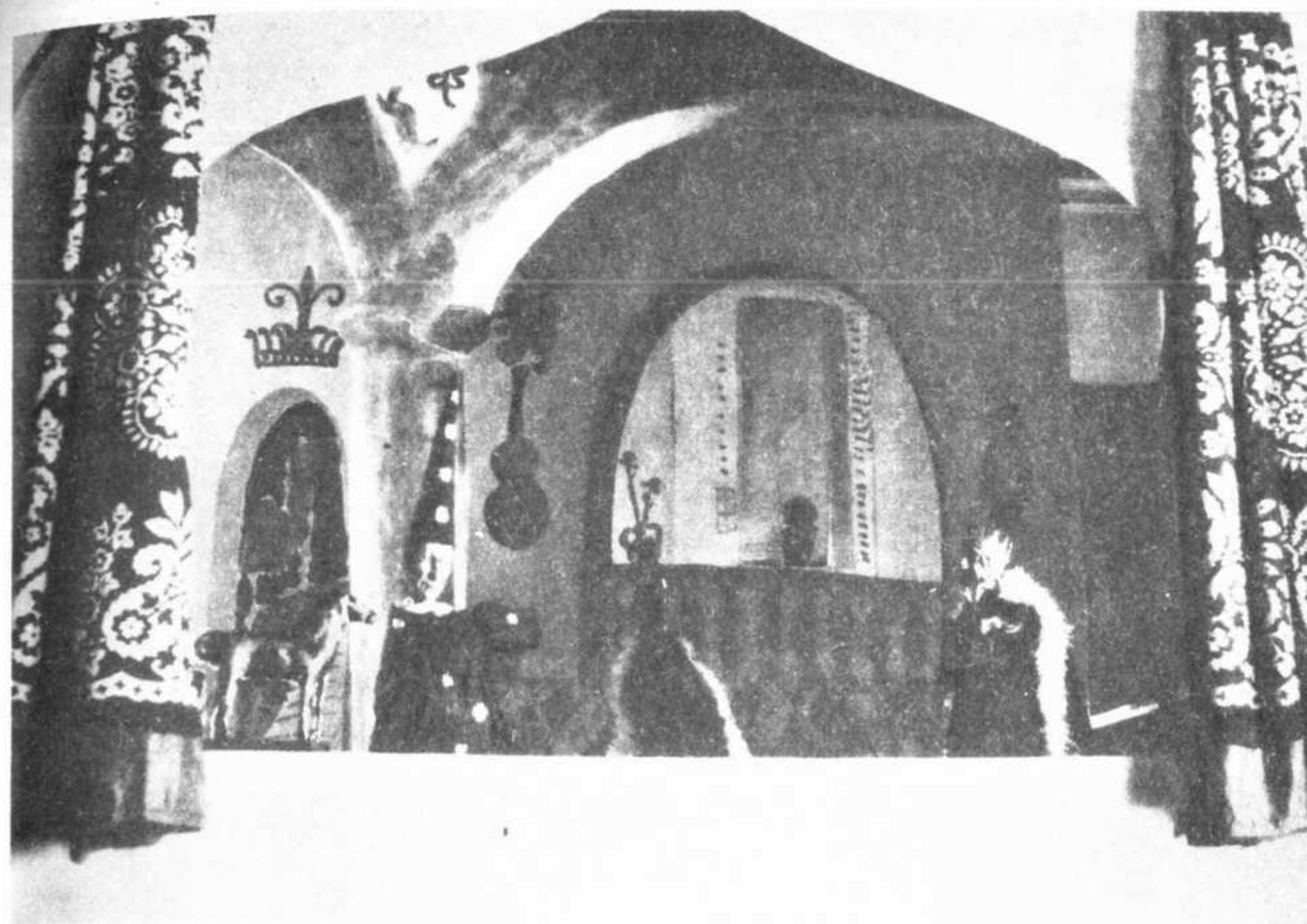
de la Alhambra, decorada por un grupo de artistas granadinos, bajo la dirección de Ignacio Zuloaga. Ramón Gómez de la Serna lanzó el pregón inicial de la fiesta, en la que triunfaron la *Gazpacha*, Manuel Torres –maestro de la *seguiriya*– y un *chavea* llamado Manolo Caracol, que después se haría famoso. Pero el primer premio de cante fue para un viejo *cantaor*, llegado a pie desde Puente Genil para actuar en la fiesta, Diego Bermúdez. José Mora Guarnido, uno de los jóvenes intelectuales granadinos que intervinieron en la organización de la Fiesta del Cante Jondo, recuerda en su libro sobre Federico que cuando don Antonio Chacón oyó a Diego Bermúdez lanzar al aire una serrana, con su vieja voz honda y grave, se quedó pasmado, se santiguó y exclamó para sí: «¡Válgame Dios, lo que oigo!» Y le votó para el primer premio, de mil pesetas, que había aportado Zuloaga. Durante el festival, que duró varios días, tuvo lugar el encuentro de Federico con el *cantaor* Manuel Torres, a quien el poeta dedicará las «viñetas flamencas» de su *Poema del cante jondo*, con las siguientes palabras: «A Manuel Torres, Niño de Jerez, que tiene tronco de faraón.»



El guñol construido por Federico en Granada para llevar a cabo representaciones teatrales destinadas a un público infantil. La función inaugural se celebró el día de Reyes de 1923.

Aunque no faltaron críticas cicateras y envidiosas, la Fiesta del Cante Jondo fue un éxito completo, y se habló de ella mucho tiempo en Granada y en toda Andalucía. Falla y Federico pudieron sentirse orgullosos de haberla organizado, y la amistad entre ambos se hizo más estrecha. La devoción y admiración del poeta por el músico había de durar hasta su muerte. En diciembre de 1934 confesaba a un periodista de *El Sol*: «Yo he aprendido del maestro Falla, que además de un gran artista es un santo, una ejemplar lección. En muchas ocasiones suele decir: “Los que tenemos este oficio de la música”. Estas humildes y magníficas palabras las oyó un día de labios del maestro la pianista Wanda Landowska y le sonaron a herejía... Yo estoy con Falla. La poesía es como un don. Yo hago mi oficio y cumplo con mis obligaciones, sin prisa.»

Todavía habían de colaborar Falla y Federico en una empresa de arte, aunque fuera proyectada para un público infantil. El 5 de enero de 1923, en la sala de la casa granadina de Federico —Acera del Casino, 33— nació el primer teatro de cristobitas —guñol puro— de nuestro poeta. A esta fiesta teatral infantil, organizada con todo



Una escena de *La niña que riega la albahaca*, cuento andaluz adaptado por Federico García Lorca para representarlo en el guñol infantil que el poeta construyó en su casa de Granada.

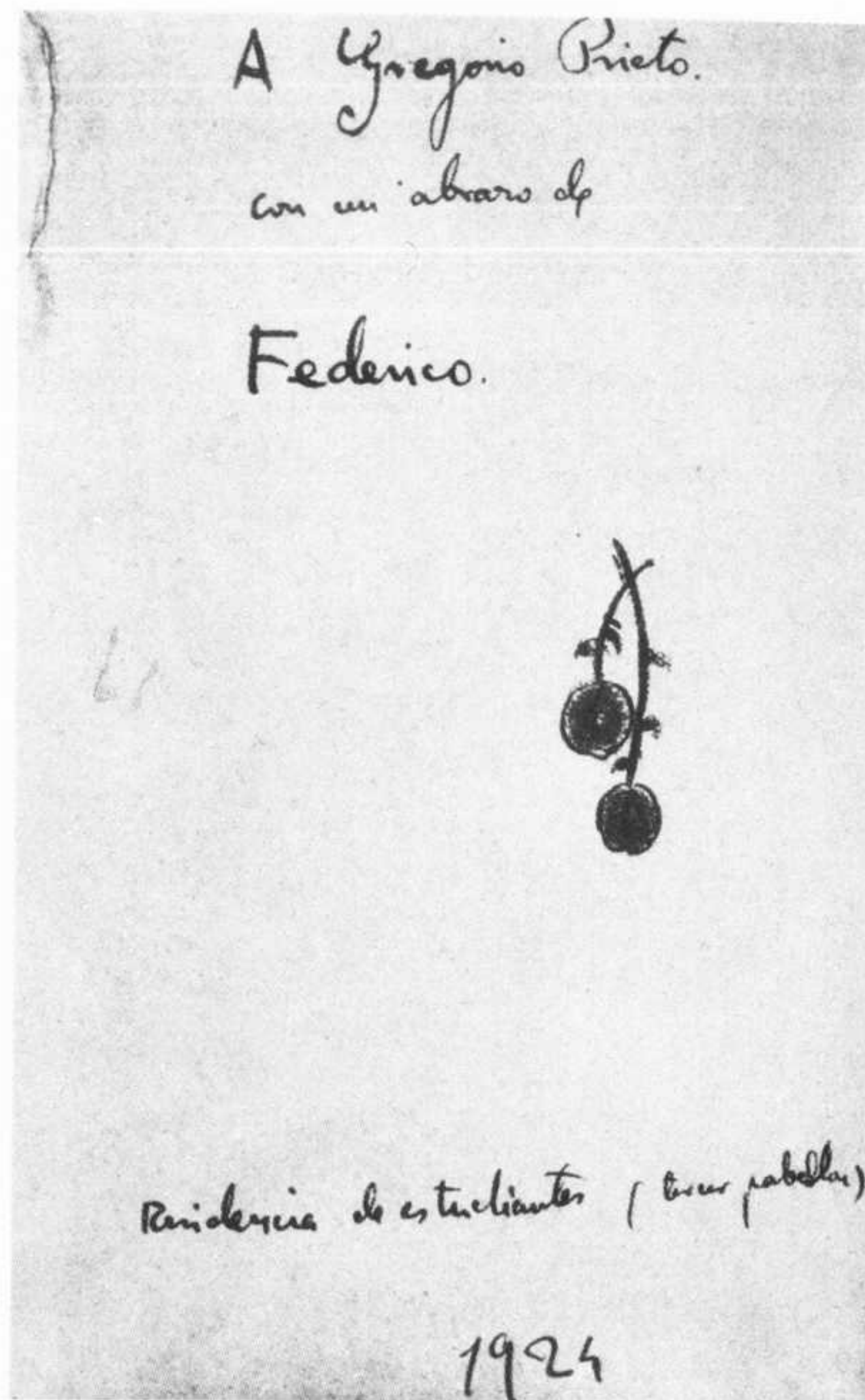
cuidado por Federico y Falla, asistió un centenar de niños y muy pocas personas mayores, especialmente invitadas. Guillermo de Torre ha exhumado el texto, redactado por Federico, del prospecto que anunciaba la función: «Oigan, señores, el programa de esta Fiesta para los Niños, que yo pregonó desde la ventana del guñol ante la frente del mundo.» En el programa, el entremés de Cervantes *Los dos habladores*, con música de la *Historia del soldado*, de Stravinski. «Después —rezaba el prospecto— verán ustedes el viejo cuento andaluz, en tres estampas y un cromo, *La niña que riega la albahaca* y *el príncipe preguntón*, dialogado y adaptado al Teatro Cachiporra andaluz por Federico García Lorca.» La música de este cuento era de Albéniz, Ravel y Debussy, las decoraciones del propio Federico y los muñecos de Hermenegildo Lanz. Finalmente, la tercera parte consistió en la representación del *Misterio de los tres Reyes de Oriente*, del siglo XII, con ilustraciones musicales de Pedrell sobre cantigas medievales, instrumentadas por Falla, quien dirigió la pequeña orquesta y tocó la parte del piano. Las voces infantiles eran de Isabelita García Lorca y Laurita de los Ríos. Des-



◀ Federico, en su casa de Granada, ante el piano, al que en la época de su adolescencia dedicaba muchas horas, robadas a sus estudios universitarios.

graciadamente, aquella primera pieza guñolesca de Federico no se ha conservado, y es lástima, porque, en su carrera de autor dramático, *La niña que riega la albahaca* fue acaso su primer impulso consciente, al que pronto iban a seguir otros que son ya verdaderas delicias, como *Los títeres de Cachiporra*, *El retablillo de don Cristóbal* y *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*.

Esa dedicación al teatro, por el que Federico sentía verdadera pasión, no le hizo olvidar, sin embargo, que su carrera de Derecho estaba aún sin terminar, a causa de cierto insistente tropiezo con la asignatura de economía política. Sin duda, era don Federico quien no olvidaba e insistía con su hijo para que terminase la carrera. Por fin, en febrero de 1923 se examinó de la rebelde asignatura en la



Dedicatoria autógrafa de Federico al pintor Gregorio Prieto, fechada en 1924, en la Residencia de Estudiantes. Fue en abril de 1924, con ocasión de una visita de García Lorca a una exposición de cuadros de Prieto, cuando se conocieron ambos y se inició su amistad.

Universidad de Granada, al mismo tiempo que Guillermo de Torre, y uno y otro lograban sacarla adelante y obtener así el título de licenciado en Derecho, que Federico jamás habría de utilizar. Pero sus muchos amigos granadinos aprovecharon la ocasión para festejar su éxito, y el de Guillermo de Torre, en una comida de amistad.

Ese mismo año, ya de regreso a su cuarto de la Residencia, comienza Federico a pintar, y al siguiente -1924- tiene lugar su encuentro con el pintor Gregorio Prieto en la sala madrileña donde éste expone sus pinturas, en la primera semana de abril. «Ese mismo día -recuerda Gregorio Prieto-, en su cuarto de la Residencia, vi colgado en la cabecera de su cama el dibujo de la Virgen de los Siete Dolores. Me gustó, se lo dije, y sin más, lo desprendió del



contéstame
Pronto
Gregorio.

- Esta es mi musa

Un dibujo de Federico, con la imagen de su musa, enviado por el poeta a Gregorio Prieto.

Otro dibujo original de García Lorca, hecho en 1924, que representa a la Virgen de los Siete Dolores. Estaba situado en la cabecera de la cama del poeta en su cuarto de la Residencia de Estudiantes, y Federico se lo regaló a Gregorio Prieto poco después de conocerlo.



muro y me lo ofreció como regalo.» En otra ocasión, recuerda Prieto que le dijo el poeta: «Gregorio, la poesía de tu pintura y la pintura de mi poesía nacen de la entraña del mismo manantial.» Fue Gregorio Prieto quien una tarde, en los jardines de la Residencia, presentó a Federico a un joven poeta andaluz que también pintaba: Rafael Alberti. La simpatía brotó mutua y entusiasta entre los dos poetas, que se sentían unidos, además de por su tierra andaluza, por la doble vocación de la pintura y la poesía. Federico pidió a su nuevo amigo, a los pocos minutos de estar hablando, que le hiciera un retrato en el que se le viera dormido a orillas de un arroyo, y arriba, en lo alto de un olivo, la imagen de la Virgen, y tras ella, ondeando, una cinta con la siguiente leyenda: «Aparición de Nuestra Señora del Amor Hermoso al poeta Federico García Lorca.» Alberti pintó el cuadro, que Federico se apresuró a colgar sobre la cabecera de su cama en su cuarto de la Residencia.

5. El poeta frente al «hombre de provecho»

El año 1924 es de trabajo fecundo para Federico. Trabaja en su libro *Canciones*, que había de publicarse pocos años más tarde; termina una nueva pieza dramática, *Mariana Pineda*, y comienza a escribir el *Romancero gitano*. Ha trabajado intensamente todo el año, y ahora necesita descanso y un nuevo paisaje. Una invitación de Salvador Dalí, su amigo inseparable de la Residencia, para pasar una temporada con él y su familia en Cadaqués le llega en el momento oportuno. Y en la primavera de 1925 Federico vive unos días felices con la familia Dalí, primero en Cadaqués y luego en Figueras. En el comedor de la casa de Dalí en Cadaqués, presidido por una Virgen barroca en una hornacina encuadrada en damasco verde, lee Federico a la familia del pintor su drama *Mariana Pineda*. «Al terminar —recuerda la hermana de Dalí, Ana María—, todos estábamos conmovidos. Mi padre gritaba, exaltado, diciendo que Lorca era el poeta más grande del siglo. Yo tenía los ojos llenos de lágrimas, y Salvador nos miraba, curioso y enorgullecido, como diciendo: “Eh!, ¿qué os creíais?”»

La lectura se repitió en Figueras, con el mismo éxito, ante un grupo de íntimos amigos de los Dalí, y la víspera de su marcha éstos y sus amigos dieron una comida de homenaje al poeta. El padre de Dalí hizo que unos músicos tocaran sardanas de Pep Ventura, y a Federico le encantó escucharlas, pues las oía por primera vez. Se hallaba feliz en Cadaqués, y no se cansaba de pasear por la playa y por el pueblo con Ana María, la hermana del pintor, a la que le unió desde el primer momento una cariñosa amistad. Apenas regresó a Granada, escribió a Ana María: «Lo he pasado tan bien en Cadaqués, que me parece un sueño bueno que he tenido. Sobre todo al despertarse y encontrarse con aquello que se ve desde la ventana... Pienso en Cadaqués. Me parece un paisaje eterno y actual, pero perfecto. El horizonte sube construido como un gran acueducto. Los peces de plata suben a tomar la luna, y tú te mojarás las trenzas en el agua cuando va y viene el canto tartamudo de las canoas de



gasolina. Cuando todos estéis en la puerta de vuestra casa, vendrá el atardecer a poner encendido el coral que la Virgen tiene en la mano. No hay nadie en el comedor. La criada se habrá marchado al baile. Las dos bailarinas negras de cristal verde y blanco bailarán la danza sagrada que temen las moscas, en la ventana y en la puerta. Entonces mi recuerdo se sentará en una butaca. Mi recuerdo como Crespell y vino rojo. Tú te estás riyendo [sic] y tu hermano sueña con un abejón de oro. Bajo los pórticos blancos suena un acordeón.»



Imágenes de la estancia de Federico en casa de la familia Dalí en Cadaqués, en la primavera de 1925. En la página anterior, Ana María Dalí con su hermano y Federico, y sobre estas líneas, el poeta con Salvador Dalí.

Ese verano de 1925 lo pasa Federico en un cortijo de su padre, llamado Daimuz; pero en cuanto puede hace algunas escapadas a Lanjarón, en Sierra Nevada, y a Málaga. Desde Daimuz escribe a Pepín Bello, uno de sus amigos inseparables de la Residencia, y le envía una foto que se ha hecho vestido de árabe: «¡Si vieras cómo está Andalucía! Para andar hay que hacer galerías en la luz de oro como los topes en un medio oscuro. Las sedas brillantes miguel-angelizan los culos de las mujeres opulentas. Los gallos clavan banderillas de lujo en el testuz del amanecer, y yo me pongo



Federico posa vestido a la usanza árabe (1927). La fotografía está dedicada a Pepín Bello, amigo y compañero de García Lorca en la Residencia de Estudiantes.

moreno de sol y de luna llena...» A otro gran amigo, Jorge Guillén, le escribe ya desde Granada, en septiembre: «He trabajado mucho, y os he recordado todo mi largo verano de oro.» El 13 de febrero de 1926 lee en el Ateneo de Granada, con gran éxito, una conferencia sobre «La imagen poética de don Luis de Góngora», y el texto se publica en el periódico *El Defensor* de Granada. «Mi conferencia de Góngora —escribe a Jorge Guillén— fue muy divertida para la gente, porque yo me propuse explicar las Soledades para que las entendiesen y no fueran brutos..., ¡y se enteraron! A lo menos eso dijeron. Ya te daré una copia y te la mandaré. Tú me dices como maestro los disparates críticos que tenga. Pero fue seria. Mi voz era otra. Era una voz serena y llena de años... ¡Los que tengo! Me dio un poco de pena ver que soy capaz de dar una conferencia sin reírme del público. Ya me estoy poniendo serio. Paso muchos ratos

de tristeza pura. A veces me sorprendo cuando veo que soy inteligente. ¡La vejez!» (2 y 3 de marzo de 1926).

Por la misma carta sabemos que Federico está terminando por entonces su *Romancero gitano* y trabaja en un poema largo, «La sirena y el carabinero», y en una *Soledad* en homenaje a don Luis de Góngora, cuyo centenario se acerca. En abril publica, en la *Revista de Occidente*, su «Oda a Salvador Dalí», y el 8 de ese mismo mes lee con éxito, en el Ateneo de Valladolid, presentado por Jorge Guillén de Torre, poemas de sus libros en preparación: *Canciones*, *Poema del cante jondo* y el *Romancero gitano*.

Como todos los años, cuando llega el mes de junio regresa a su campo granadino, a la Huerta de San Vicente. Desde allí, el 26 de julio escribe a Jorge Guillén: «Estoy en el campo. Andalucía arde por los cuatro costados de su cuerpo. Yo bebo agua de pozo, y como manzanas (me acuerdo de tus niños), manzanas agrias y dulces.» En agosto hace una escapada a Lanjarón, donde sigue trabajando en el *Romancero gitano* —allí fecha «Reyerta de gitanos»—, y escribe de nuevo a Guillén: «Estoy en Sierra Nevada y bajo muchas tardes al mar. ¡Qué mar prodigioso el Mediterráneo del Sur!, ¡Sur, Sur! (admirable palabra, sur).» «Granada, la que suspira / por el mar», había escrito Federico en su *Poema del cante jondo*. Y en la misma carta le dice a Guillén que se ha propuesto terminar el *Romancero gitano*, y que quiere dirigirle una epístola sobre la poesía y arte poético, que «será un poema largo, monótono, estructurado, antidecorativo y latazo».

En el verano granadino —Huerta de San Vicente, excursiones a Sierra Nevada y a Málaga, ocio contemplativo y trabajo creador— Federico se siente enteramente feliz. Sólo le punza, a ratos, una leve espina. Su familia, sobre todo su padre, don Federico, desea que él se haga «un hombre de provecho», que se forje un porvenir, pues el de poeta piensa don Federico que no es muy remunerador. Desde que terminó la carrera de Derecho, y ahora ya tiene veintiocho años —edad a la que un hijo de familia debe estar ya colocado—, Federico no ha pensado más que en la poesía y en vivir a su gusto. La carrera la tiene olvidada, y en cuanto al porvenir, no piensa en él, o mejor dicho, se sabe poeta y autor dramático, y eso le basta. Pero, por otra parte, no desea disgustar a sus padres y comprende que su preocupación es legítima. Aunque don Federico no le acusa, observa el poeta su callado reproche, y quisiera hacer algo por evitarlo. En un momento de decisión escribe entonces a Jorge Guillén, y le expone su proyecto de hacer oposiciones a cátedra de Literatura. «Yo estoy decidido —le escribe el 2 de septiembre— y quiero darme grandes golpes en la cabeza para realizar esto, por-



Casa de la Huerta de San Vicente, en las afueras de Granada, donde la familia de Federico solía pasar los veranos.

Casa de la Huerta de San Vicente, en las afueras de Granada, donde la familia de Federico solía pasar los veranos.

que yo no como, ni bebo, ni entiendo más que en la poesía.» Y a continuación: «Yo seré un discípulo tuyo y de Salinas, y hago voto de obediencia y de fervor académico.» Pero en seguida, en súbito contraste: «Ahora estoy en la Huerta de San Vicente, situada en la Vega de Granada. Hay tantos jazmines en el jardín y tantas damas de noche, que por la noche nos da a todos en casa un dolor lírico de cabeza tan maravilloso como el que sufre el agua detenida. Y, sin embargo, ¡nada es excesivo! Este es el prodigio de Andalucía.» Una semana después escribe de nuevo a Guillén, insistiendo en su propósito de colocarse: «Por primera vez se oponen [sus padres] a que siga haciendo versos sin pensar en nada.» Y consulta a Guillén sobre la posibilidad de ser profesor o ir de lector de español a París, confesándole que va sintiendo «una comezón y una gana aguda de alejarme de España».

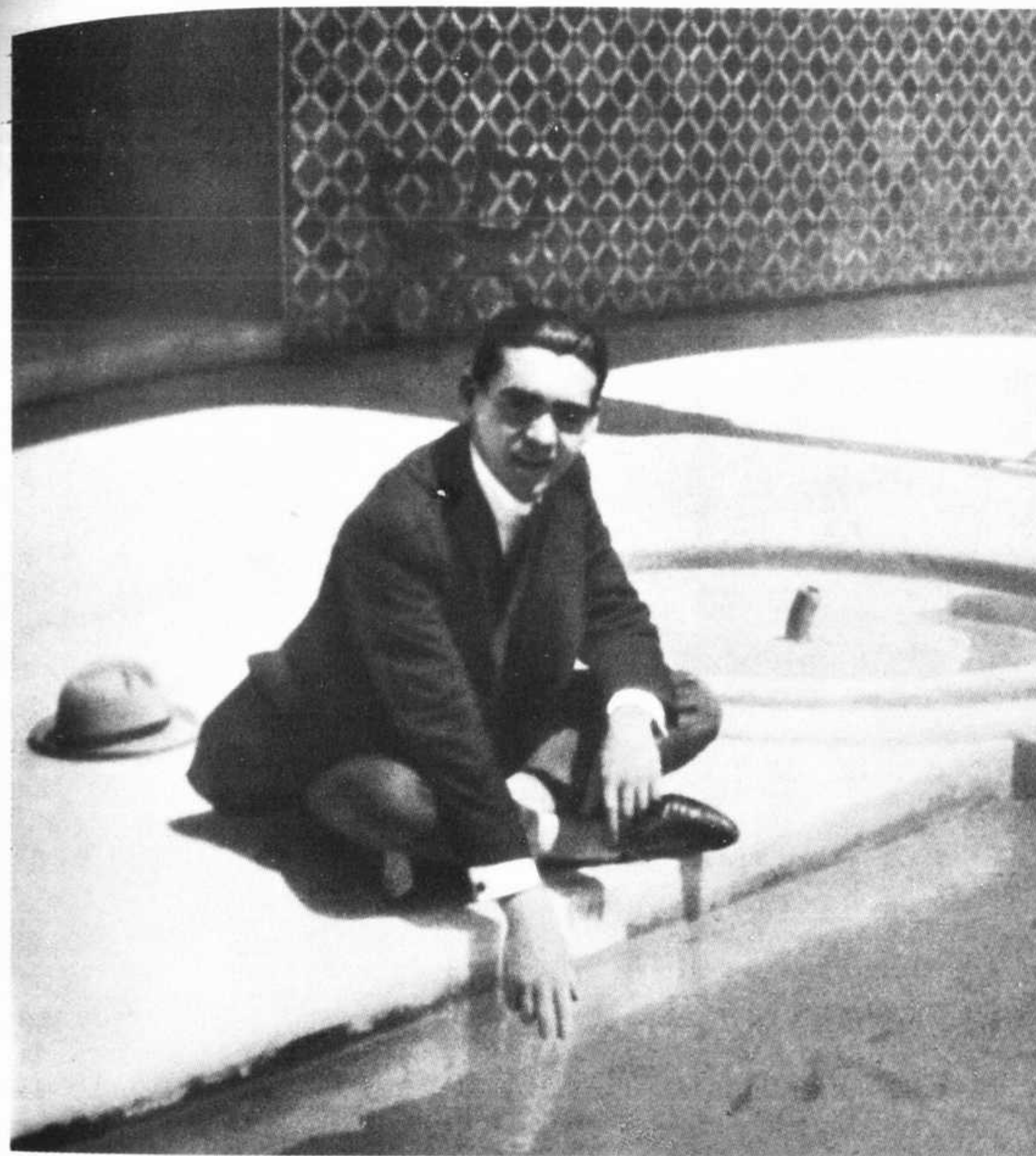
A ruegos de Guillén, Salinas llegó a hacer una gestión con Mérimée para conseguir un lectorado a favor de Federico en el Mediodía de Francia. Pero los buenos propósitos de éste para complacer a su familia y colocarse duraron lo que lluvia de verano. En realidad, al poco tiempo ya los había olvidado completamente. La publicación de su libro *Canciones*, que tiene ya terminado, le preocupa más. En octubre invita a su casa de Granada a Emilio Prados, su antiguo compañero en la Residencia, que ahora vive en Málaga, su ciudad natal. Y ese mismo mes tiene lugar el homenaje a Soto de Rojas, en el que interviene Federico con una conferencia sobre el barroco poeta de Granada. Antes de regresar a Málaga, Prados consigue —después de rogarle mucho— que Federico le entregue el original de *Canciones*, a fin de editarlo en la colección de «Suplementos Poéticos» que va a publicar su nueva revista *Litoral*, cuyo primer número (noviembre de 1926) ofrece tres romances gitanos de Federico: «San Miguel», «Prendimiento de Antoñito el Camborio» y «Preciosa y el aire». Pero los romances aparecen con tan graves erratas, que Federico está a punto de romper con Prados, a pesar de la gran amistad que los une. «La misma mañana que recibí la revista —escribe a Jorge Guillén— estuve llorando, así como sueña, llorando de lástima.» Pero se limitó a poner un telegrama indignado a Prados, quien le contestó devolviéndole todos los originales del libro de *Canciones* y rogándole que los pusiera de nuevo en limpio antes de enviarlos a la imprenta.

Entre tanto, Federico ha dado por terminado su otro gran libro, el *Romancero gitano*, algunos de cuyos romances eran conocidos desde hacía años, por haberlos publicado en revistas o haberlos dado a conocer en recitales. Sus amigos íntimos, claro es, conocían el libro entero y se sabían de memoria muchos trozos. Pero



Dibujo de Federico hecho en Granada en 1927. Representa a San Jorge con el dragón encadenado a sus pies y vencido por el signo de la Santa Cruz.

Federico en uno de los patios de la Alhambra de Granada (1927). «El pequeño palacio de la Alhambra —escribió el poeta— palacio que la fantasía andaluza vio mirando con los gemelos al revés, ha sido siempre el eje estético de la ciudad.»



ahora no quiere dar romances gitanos a las revistas. Cuando Guillén le pide algunos para la naciente *Verso y Prosa*, de la que se encarga junto con Juan Guerrero en Murcia, Federico le promete enviarle algo para más adelante, pero no romances de su libro: «Me va molestando un poco —le explica— mi mito de gitanería. Confunden mi vida y mi carácter. No quiero de ninguna manera. Los gitanos son un tema. Y nada más» (enero de 1927). Y un año después, en la entrevista que le hizo Giménez Caballero para *La Gaceta Literaria* (diciembre de 1928), se defendería nuevamente del gitanismo que le colgaban: «Mi gitanismo es un tema literario y un libro. Nada más.» Y aún insistiría en la nota autobiográfica que escribió para Francis C. Hayes, su compañero de cuarto en la Universidad Columbia. Y en una cuarta a José Bergamín, fechada en 1927: «A ver si este año nos reunimos y dejas de considerarme

como un gitano, mito que no sabes lo mucho que me perjudica y lo falso que es en su esencia, aunque no lo parezca en su forma.»

En enero de 1927, Federico, descansando en Granada, espera ilusionado la publicación de su libro *Canciones*, que Emilio Prados va componiendo, a mano, en su Imprenta Sur, para la colección de *Litoral*. Está satisfecho del libro, y confía a Jorge Guillén: «He suprimido algunas canciones rítmicas, a pesar de su éxito, porque así lo quería la claridad. Quedan las canciones ceñidas a mi cuerpo, y yo, dueño del libro. Mal poeta..., ¡muy bien!, pero dueño de mi mala poesía.» Y el 14 de febrero vuelve a escribirle: «Ya están *gimiendo* las prensas con mi libro de *Canciones*. Libro sorpresa para muchos y de alegría para pocos. A Teresita le dedico la canción del lagarto y la lagarta, porque se reirá bastante de verlos llorar (¡los pobres!). Yo sé que tú tendrás ese libro en tu casa con cariño. Por eso lo publico.

Mis amigos lo recibirán de una manera que me conmueve verdaderamente. Aquí, en Granada, todos los muchachos están preparando una fiesta para el día en que llegue el libro, en la que habrá música y danzas. Pocos libros son recibidos de esta manera. Pero en el fondo creo que no reciben mi poesía: me reciben a mí.»

La aparición de *Canciones* no le distrae, sin embargo, de otros proyectos que Federico acaricia por las mismas fechas. Uno de ellos es una nueva salida del teatro de Cachiporra, en colaboración con Falla, de que da cuenta a Guillermo de Torre en carta del mes de enero. Otro es la publicación de una revista literaria de vanguardia, en colaboración con sus amigos granadinos. En un principio iba a ser sólo un suplemento literario del periódico de Granada *El Defensor*, y llevaría como título *El Gallo del Defensor*. Pero pronto esta idea es sustituida por la de una revista literaria independiente. En febrero, Federico anuncia el proyecto a Jorge Guillén, pidiéndole colaboración. Le comunica que la revista irá ilustrada por Salvador Dalí y que Falla colaborará en el primer número «con un artículo magnífico». «Los redactores —escribe— son casi niños, y algunos niños, pero tienen un entusiasmo y una alegría extraordinarios.» Esos niños se llaman Francisco García Lorca —hermano del poeta—, Enrique G. Arboleya, Joaquín Amigo, Luis A. Cienfuegos, M. López Banús, Francisco Cirre, A. Cienfuegos, Luis Pitín y Francisco Ayala. La revista en proyecto pasó por varios títulos, entre ellos el de *Gallo Sultán*, pero por fin se aceptó por todos el más sencillo de *Gallo*. Pocas veces desarrolló Federico una actividad epistolar tan intensa para obtener colaboraciones de sus amigos con destino a la futura revista. Escribe a Jorge Guillén, a Guillermo de Torre, a José Bergamín, a Sebastián Gasch... Pero los preparativos de la revista se interrumpen porque Federico debe dedicar todo su tiempo a la preparación del estreno de *Mariana Pineda*, que interpretará en Barcelona la compañía de Margarita Xirgu. En mayo se reúne en Cadaqués con Salvador Dalí y escribe a Guillén entusiasmado con los decorados que ha pintado aquél para su obra. En Cadaqués se les une otro amigo, el guitarrista Regino Sáinz de la Maza. Mientras Regino ensaya en su guitarra y Dalí pinta incansablemente, Federico suele pasear por la playa del Sortell con Ana María, la hermana del pintor, con la que hizo tan buena amistad durante su primera estancia en la casa de los Dalí. No abandona por ello su trabajo, y comienza una obra que titula *El sacrificio de Ifigenia*, hoy perdida. Por la noche, en la terraza de la casa, acariciada por la leve brisa marina, se comenta la jornada de trabajo, Federico recita algún poema o Regino toca algún estudio de Tárrega. A veces los tres amigos y Ana María hacen una excursión en barca a Tudela. Ana



La casa de los Dalí en la playa de Cadaqués. «Nuestra casita —escribe Ana María Dalí—, perdida en una playa de pizarra y de mármol.» En ella pasó García Lorca dos breves temporadas, en 1925 y 1927.

María Dalí ha evocado a Federico en uno de esos días: «Estoy preparando el desayuno. La barca nos espera para ir a Tudela. En el cuadrado de la puerta, que forma un marco al mar rojo y dorado, aparece la figura de García Lorca. Sus ojos, su cabello, se han teñido también de esa luz roja que hoy se desprende de la aurora. Lleva en la mano una rama de coral; diríase la sangre de unas venas que se hubiera solidificado. Todavía me parece, ahora mismo, verle entrar con la rama, encendida por la luz de aquel mo-

¡Dichosa tu Ana María, morena y pastora al mismo tiempo, morena de aceitunas y blanca de espuma fina.
 'Hipite de los olivos y robleja del mar!'

Ya estoy un poco festejado en Granada. Lleva marchando de aquí. Alguna vez y quizá sea pronto tendré el gusto de saludarte.
 Hasta entonces recibe la mejor amistad de

Federico

Fragmento de una carta autógrafa de García Lorca a su amiga Ana María Dalí.

Federico con Ana María Dalí, en la terraza de la casa de los Dalí en Cadaqués, mayo de 1927.

García Lorca con Ana María Dalí, su hermano Salvador, Regino Sáinz de la Maza y otros amigos, durante la segunda estancia del poeta en Cadaqués, mayo de 1927.

mento, y colocarla en la mano de la Virgen.» Cuando no hay excursión, Federico y Ana María pasean lentamente por la playa, y se entretienen en buscar conchas y piedras pulidas por el mar, que Dalí utiliza para sus cuadros, en los que una delirante fantasía se mezcla con el realismo más fotográfico. O bien contemplan el lento andar de los verdi-rojizos cangrejos —«¡Qué monstruos!», exclama Federico—, o, tras el agua transparente y quieta, una bandada de pequeños peces. A la hora del baño, muy pocas veces se decide Federico a entrar en el mar, que siempre le causaba una especie de terror sagrado, quizá porque no sabía nadar. Cuando entraba, lo hacía cogido de la mano de Ana María o de Dalí, y no se alejaba más allá de unos metros, por miedo a ahogarse si perdía pie.

A mediados de mayo, Federico y Dalí se trasladan a Barcelona para preparar la puesta en escena de *Mariana Pineda*. El grupo que entonces representaba en Barcelona la vanguardia literaria y artísti-

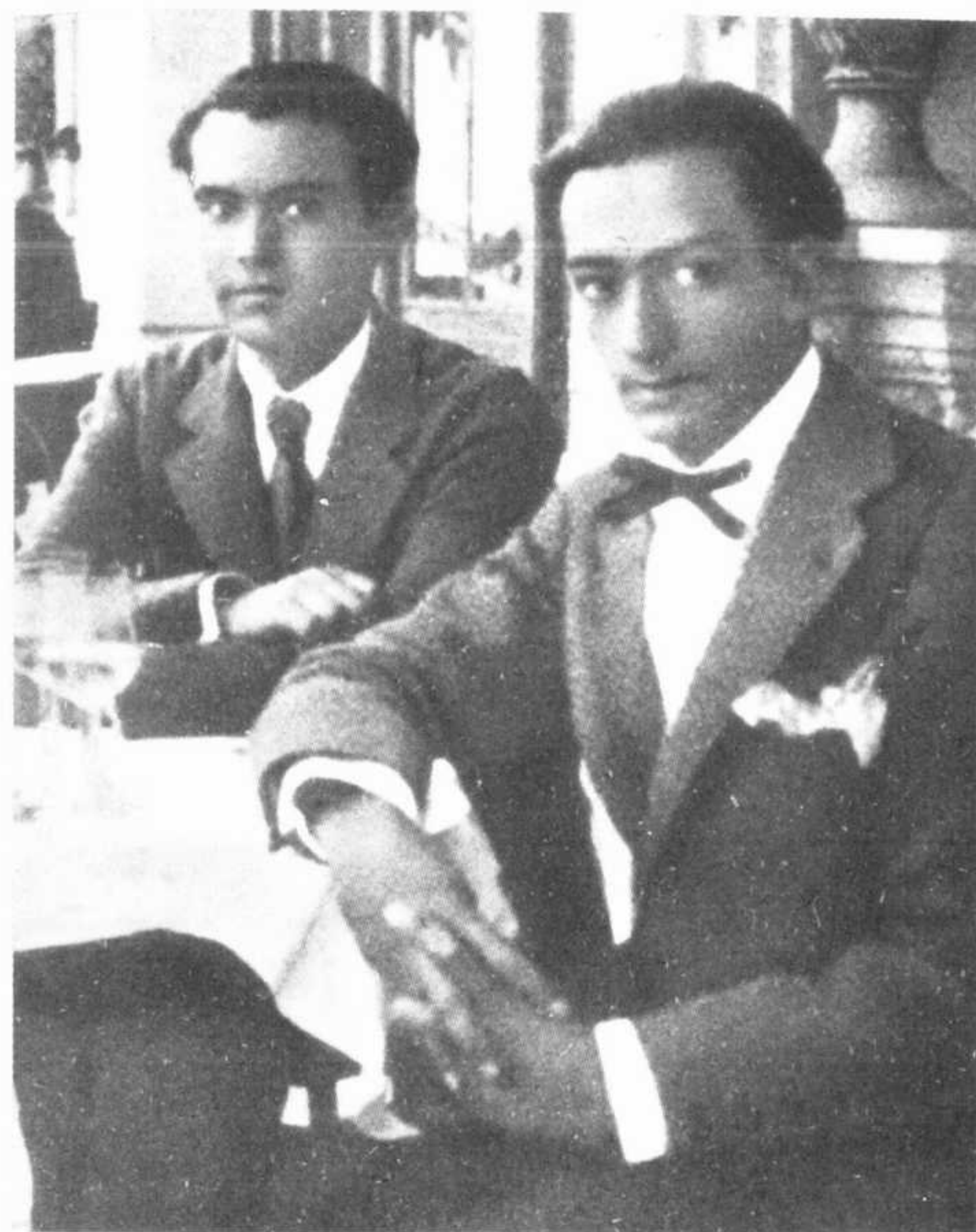




Retrato de Salvador Dalí, por Federico García Lorca. Está dedicado a la hermana del pintor, Ana María, y posiblemente fue realizado en 1927.

Federico con Salvador Dalí en Barcelona, mayo de 1927. Era la época en que ambos preparaban el estreno de Mariana Pineda en la Ciudad Condal, con decorados de Salvador Dalí.

ca acogió a Federico con entusiasmo, sobre todo el crítico Sebastián Gasch, que pronto se convirtió en inseparable amigo del poeta. Fue el pintor uruguayo Rafael Barradas quien presentó a ambos una tarde, en el café El Oro del Rhin. Federico, Dalí y Gasch daban interminables paseos por las calles de Barcelona, discutiendo encendidamente sobre arte y poesía. A veces los acompañaba el crítico Luis Muntanyá, el caricaturista Manuel Font, o Víctor Sabater, y juntos solían ir a los merenderos de Montjuich, que encantaban a Federico. O bien hacían una visita a Sitges, donde en una ocasión, en casa de José Carbonell —director de la revista *L'Amic de les Arts*, órgano del grupo—, Federico tocó al piano y cantó muchas de las canciones populares andaluzas que él había instrumentado. Alguna vez fueron a visitar al pintor Rafael Barradas y a su hermana, Carmen Barradas, compositora y pintora de talento, en el humilde piso



del barrio de Hospitalet, donde vivían ascéticamente los dos hermanos. Una tarde, cuenta Gasch, Federico le acompañó al Ateneo, y en el jardín de la docta casa Gasch le presentó a una tertulia de ilustres ateneístas barceloneses. Uno de ellos, catalanista acérrimo, le preguntó: «¿Y de dónde es usted, joven?» A lo que Federico, comprendiendo la intención distanciadora de la pregunta, contestó, alzando solemnemente el brazo: «¡Soy del reino de Granada!» No hay que decir que la estupenda réplica dejó asombrado al viejo ateneísta. En ese momento, Federico, según le ha evocado Gasch en una página de recuerdos, «rezumaba *sur* por todos sus poros: tez morena, ojos brillantes y vivísimos, pelo negro y abundante, y un clavel encarnado en la solapa del terno gris. Carácter fogoso, joven, impulsivo —ampuloso y conciso a la par—, de una imaginación velocísima: cada frase, una idea; cada palabra, un verso».

Aunque meses antes había escrito a Jorge Guillén que «estaba aterrado» ante la idea de que se estrenara *Mariana Pineda*, porque veía ya esta pieza como un drama romántico al margen de su obra en marcha, ahora pone Federico toda su ilusión en el estreno, y dirige los ensayos en el teatro Goya, donde la Compañía de Margarita Xirgu estrena el drama el día 24 de junio, con decorados de Salvador Dalí. A pesar de la excelente actuación de Margarita Xirgu y de la novedad de los decorados, la obra tuvo sólo un éxito discreto, y apenas si se representó durante una semana. Federico había escrito este drama romántico, en el que exaltaba el amor y la libertad, hacia 1923, aunque no lo terminó del todo hasta enero de 1925. Martínez Sierra, quizá algo escarmentado por el fracaso de *El maleficio de la mariposa*, no quiso estrenar *Mariana Pineda*, o acaso temió que, en la exaltación de una heroína de la libertad, el general Primo de Rivera viese un velado ataque a su dictadura. La obra durmió, pues, unos años, hasta que la Xirgu se decidió a estrenarla. En unas declaraciones a un periodista argentino, cuando el drama se estrenó, con enorme éxito, en Buenos Aires, Federico evocó así la génesis de esta obra suya: «Mariana Pineda fue una de las grandes emociones de mi infancia. Los niños de mi edad, y yo mismo, tomados de la mano, en corros que se abrían y cerraban rítmicamente, cantábamos con un tono melancólico que a mí se me antojaba trágico:

*¡Oh qué día tan triste en Granada,
que a las piedras hacía llorar,
al ver que Marianita se muere
en cadalso, por no declarar!*

«Un día llegué —continúa Federico—, de la mano de mi madre, a Granada: volvió a levantarse ante mí el romance popular, cantado también por niños que tenían las voces más graves y solemnes, más dramáticas aún, que aquellas que llenaran las calles de mi pequeño pueblo, y con el corazón angustiado inquirí, pregunté, avisoré muchas cosas, y llegué a la conclusión de que Mariana Pineda era una mujer, una maravilla de mujer, y la razón de su existencia, el principal motor de ella, el amor a la libertad.»

Federico vivía entonces cerca de la plazuela de Mariana Pineda, en cuyo centro se alzaba un modesto monumento a la heroína romántica, y, sin duda, contempló más de una vez, en la antesala del salón de actos del Ayuntamiento de Granada, el cuadro histórico que representa a Marianita rodeada de monjas, al salir de la prisión, camino del cadalso. Y probablemente había leído, para



Monumento a la heroína liberal Mariana Pineda, en Granada, cercano a la casa donde vivía Federico.

documentarse sobre el drama, las actas del proceso de Marianita, que se conservan en la Chancillería de Granada, y el raro librito *Doña Mariana Pineda. Narración de su vida, de la causa criminal, en la que fue condenada al último suplicio, y descripción de su ajusticiamiento, en 26 de mayo de 1831* (Albacete, 1842). Pero el motor de inspiración fueron, sin duda, los romances populares que escuchó de niño en Fuente Vaqueros, en Valderrubio y más tarde en Granada.

Al día siguiente del estreno de *Mariana Pineda* tiene lugar, en las Galerías Dalmau, la inauguración de una exposición de dibujos de Federico. Entre los firmantes de la convocatoria para asistir a ella figuraban, aparte de Salvador Dalí, los críticos Sebastián Gasch y Luis Góngora, el pintor Rafael Barradas, el guitarrista Regino Sáinz de la Maza y G. Gutiérrez Gili. La exposición estuvo abierta del 25 de junio al 2 de julio, y comprendía veinticuatro dibujos en color,



Con motivo del estreno en Granada de Mariana Pineda se celebró una reunión-homenaje a Federico, de la que es testimonio gráfico esta fotografía. En ella aparecen sentados, de izquierda a derecha, Federico (2), Margarita Xirgu (1), Manuel de Falla (3), la actriz Julia Pacheco y Federico García Rodríguez, padre del poeta. En el grupo están también Fernando de los Ríos (4) y otros amigos de García Lorca.



Federico con un grupo de amigos catalanes, que eran los animadores de la revista de vanguardia L'Amic de les Arts. De izquierda a derecha, Font, J. V. Foix, Sebastián Gasch, Luis Muntanyá, José Carbonell, García Lorca, Salvador Dalí y M. A. Cassanyes.



Federico en Granada, en 1927. La fotografía está dedicada a su amigo el crítico catalán Sebastián Gasch.

entre ellos un retrato de Dalí. Apenas si la prensa habló de los dibujos de Federico. Sólo Sebastián Gasch, en *L'Amic de les Arts*, y Dalí, en *Nova Revista*, dedicaron entusiastas elogios a la exposición del poeta-dibujante. Fue, más bien, un éxito de amigos. Los numerosos que ya tenía Federico en Barcelona –poetas, periodistas, pintores, músicos...– le ofrecieron un banquete-homenaje, al cual asistieron Dalí, Gasch, M. Manent, Barradas, Bofill y Ferro, Tomás Garcés, Angel Ferrant, Regino Sáinz de la Maza y otros muchos amigos catalanes. Antes de dejar Barcelona, Federico pasó unos días con Dalí en Cadaqués, trabajando ambos en la elaboración de un *Manifiesto antiartístico*, que mostró a sus amigos granadinos al

regresar a su ciudad. Desde fines de agosto inicia Federico una correspondencia intensa con Sebastián Gasch, quien no sólo era el mejor amigo que había tenido en Cataluña –aparte de Dalí–, sino el crítico más inteligente y mejor preparado del arte nuevo. En una de sus primeras cartas anuncia a Gasch que está trabajando en un estudio sobre la pintura de Dalí: «En ese muchacho está, a mi juicio, la mayor gloria de la *Cataluña eterna*.» Le ilusiona también editar sus dibujos, con un prólogo de Sebastián Gasch, y hacer otra exposición de ellos en Madrid. Y al mismo tiempo sigue trabajando con sus amigos granadinos en la preparación de la revista *Gallo*. El 3 de octubre escribe a Gasch: «Ya está en vías la revista. Hasta ahora tiene este título: *Gallo Sultán*. Dime si te gusta. El formato será parecido a *L'Amic de les Arts*... Envíame tu artículo cuando quieras.» Pero de pronto ha de interrumpir la preparación de la revista para asistir a los ensayos de *Mariana Pineda*, que se estrena en Madrid, la noche del 12 de octubre de 1927, en el teatro Fontalba. Esa noche, por cierto, en un intermedio de la representación, Alberti le presenta a Vicente Aleixandre, que desde entonces será uno de sus más entrañables amigos. La obra tiene éxito, y sus amigos le ofrecen un homenaje en Villa Rosa, en el que Federico recitó varios romances.



En diciembre de 1927 un destacado grupo de poetas y escritores fue a Sevilla invitado por el Ateneo de la ciudad andaluza, a iniciativa de Ignacio Sánchez Mejías. De la presencia del grupo en el Ateneo quedó constancia en esta conocida fotografía, en la que aparecen, de izquierda a derecha, Rafael Alberti, Federico García Lorca, Juan Chabás, Mauricio Bacarisse, José María Platero (secretario del Ateneo), Blasco Garzón (presidente del mismo), Jorge Guillén, José Bergamín, Dámaso Alonso y Gerardo Diego.

6. Sevilla, el éxito y la crisis sentimental

Poco tiempo después del estreno de *Mariana Pineda* —en diciembre de 1927— tiene lugar el famoso viaje a Sevilla de un grupo nutrido de la generación literaria del 27, de la que Federico era entonces la figura más conocida. El viaje obedeció a una invitación del Ateneo sevillano, seguramente inspirada y patrocinada por Ignacio Sánchez Mejías, el torero escritor y gran amigo suyo y de Alberti. Los viajeros fueron, además de Federico, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Rafael Alberti, Mauricio Bacarisse, Jorge Guillén, José Bergamín y Juan Chabás, que dieron conferencias o recitaron poemas en el local del Ateneo, con público más bien escaso. Pero el gran éxito fue para Federico, que leyó algunos de sus romances gitanos inéditos, suscitando tal entusiasmo en el público, que le arrojaron pañuelos y chaquetas, como a un torero en tarde triunfal, si es que no exagera Rafael Alberti en su evocación de aquella jornada. En todo caso, para aquel grupo de jóvenes poetas, ávidos de vivir, lo de menos eran las lecturas, un tanto académicas, del Ateneo: lo interesante era gozar en libertad del hechizo sevillano, de las noches perfumadas en el barrio de Santa Cruz o de los paseos mágicos por el río en silenciosa barca. Dámaso Alonso ha recordado, con la emoción y gracia que sabe poner en su prosa, una de esas excursiones en barca de todo el grupo, por el río Guadalquivir, en la serena noche sevillana, y el miedo que pasó Federico cuando se vio en la barca en medio del río y en la noche oscurísima. Era el temor al misterio y a la muerte, que tantas veces le asaltaba, como si tuviese un presentimiento de su trágico fin. Pero, animado por los demás camaradas, se atrevía a requebrar al río con la graciosa seguidilla de Lope:

*¡Ay río de Sevilla,
qué bien pareces
lleno de velas blancas
y ramos verdes!*

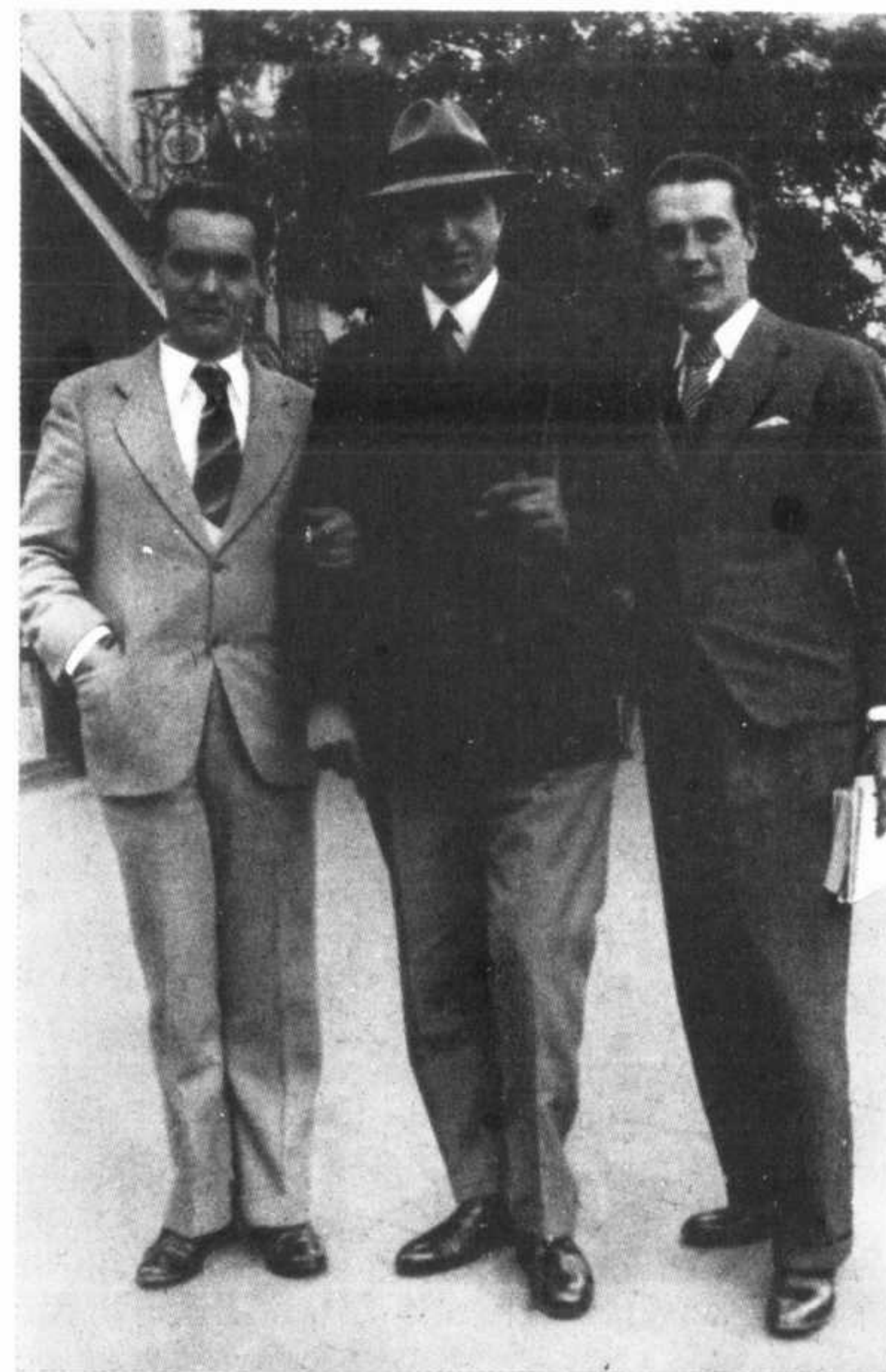
O con los versos de su propio romance:

*El río Guadalquivir
tiene las barbas granate.
Los dos ríos de Granada,
uno llanto y otro sangre.*

Aparte aquella nocturna excursión fluvial, el grupo se divertía en grande. Solían vivir profundamente la noche sevillana, hasta el amanecer, y dormían desde el alba hasta por la tarde. Cuando los días de invitación terminaron —habían sido alojados en uno de los hoteles más lujosos de Sevilla, el Hotel Madrid—, decidieron quedarse unos días más en la ciudad, trasladándose a unas modestas habitaciones en la buhardilla del hotel. «Nosotros mismos —cuenta Dámaso Alonso— nos subíamos nuestros bártulos (ya no éramos huéspedes importantes). Subía Federico con sus trastos, muy solemnemente, como en una ascensión ritual, y cada pocos escalones se detenía para gritar, con voz muy fuerte, dolorida, lúgubre: “¡Así cayó Nínive! ¡Así cayó Babilonia!”»

No hay que decir que los poetas sevillanos acogieron a todo el grupo, y especialmente a Federico, con entusiasmo. En esos días conoció Federico a Luis Cernuda, a Fernando Villalón, a Adriano del Valle, a Rafael Laffón, a Joaquín Romero Murube. Fue Ignacio Sánchez Mejías quien le presentó a Fernando Villalón —que por entonces comenzaba a escribir poesía— con esta frase: «Don Fernando Villalón Daoíz, el mejor poeta novel de toda Andalucía.» Villalón, conde, ganadero, espiritista y poeta, congenió en seguida con Federico, que celebraba con grandes risotadas y exclamaciones «las cosas de Fernando». Una de las jornadas más alegres y divertidas para el grupo fue la excursión a Pino Montano, la finca que tenía Sánchez Mejías en las afueras de Sevilla. Después que los poetas bebieron, cantaron canciones populares y recitaron poemas, suyos y ajenos —Dámaso Alonso batió el récord recitando de memoria los 1.091 versos de la primera parte de las *Soledades* de don Luis de Góngora, ante el asombro de todos—, hubo un recital de cante flamenco a cargo de Manuel Torres, *Niño de Jerez*. Alberti ha evocado la gran impresión que causó a Federico su cante mágico y su explicación de que «en el cante jondo lo que hay que buscar siempre, hasta encontrarlo, es el tronco negro de faraón». La extraña expresión de Manuel Torres entusiasmó a Federico, que no cesaba de ponderarla, y con ella dedicó más tarde al *cantaor* uno de sus poemas.

Federico García
Lorca, Pedro Salinas
y Rafael Alberti, tres
de los miembros
más destacados
de la generación
del 27, en Madrid.

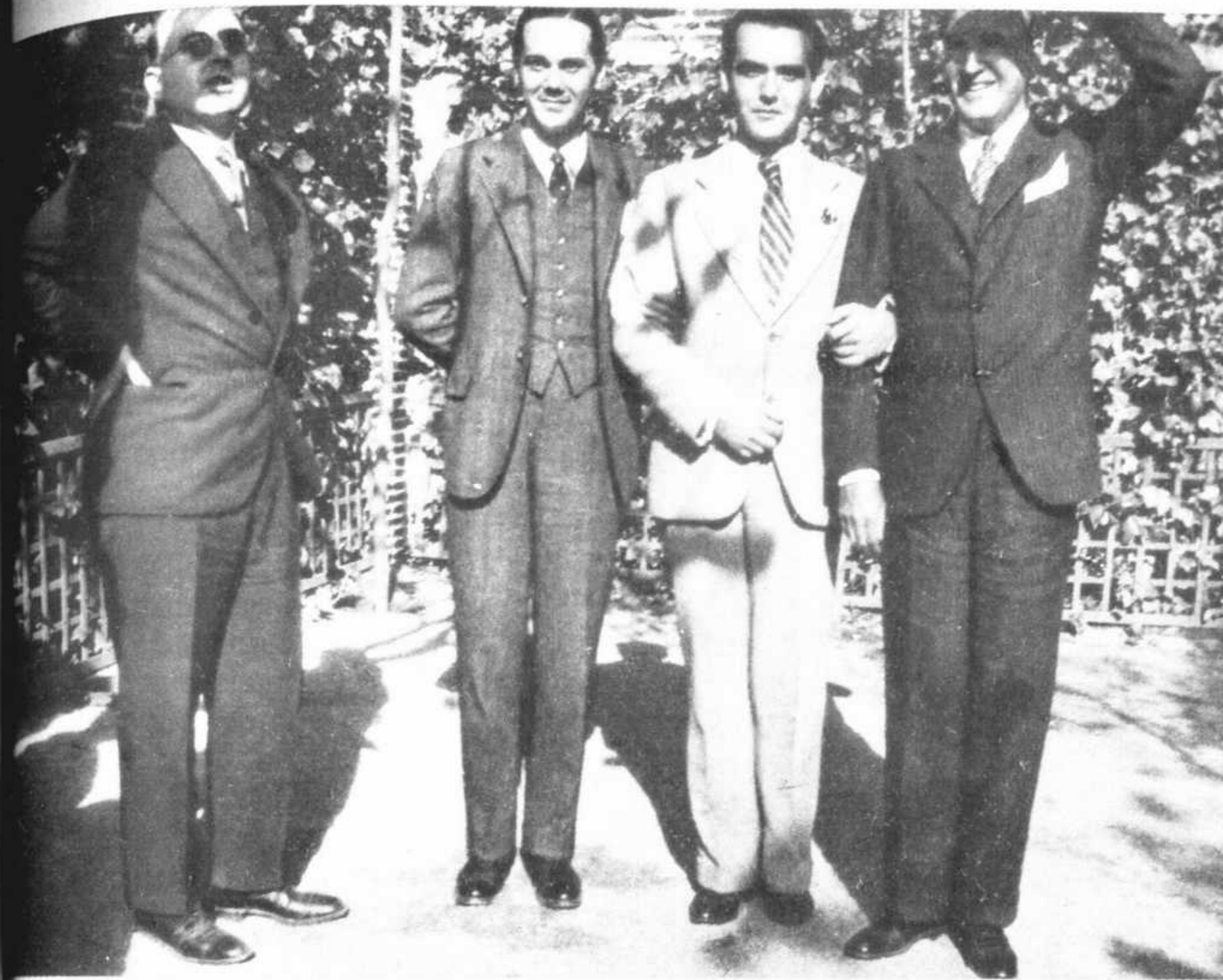


Otra amistad intensa que inició Federico en este viaje a Sevilla fue la del poeta Luis Cernuda, que entonces no había publicado aún ningún libro, y era unos años más joven que el poeta de Granada. En una página de recuerdos ha evocado Cernuda su encuentro con Federico y la impresión que le causó: «Fue en el patio de un hotel, en las primeras horas de esa tarde invernal sevillana de luz tibia y caída. Acababa de levantarse, según su costumbre de noctámbulo, y apareció vestido de negro por la sonora escalera de mármol. Alto y ancho de cuerpo, un poco murillesca la cara, redonda y oscura, sembrada de lunares; lacio y alisado el brillante pelo negro. Su vida asomaba por los ojos, grandes y elocuentes, de melancólica expresión. Sus ojos y su voz me parecieron en contradicción con aquel cuerpo opaco de campesino granadino, que por

su señorío había adquirido ya el derecho a sentirse igual, si no superior, a cualquier otro hombre...» Tenía Federico a la sazón veintinueve años, y el éxito comenzaba a rendírsele. «Se le jaleaba como a un torero —añade Cernuda—, y había efectivamente algo de matador presumido en su actitud.» Pero en esa misma presunción había algo de infantil, algo inseparable de su bondad innata, de su sencillez y espontaneidad habituales en el trato con los amigos y con las gentes.

De regreso en Granada, Federico siguió preparando la aparición de *Gallo*, con la ayuda de su hermano Paco, de Joaquín Amigo, de Enrique G. Arboleya y otros amigos jóvenes; escribió algunos poemas —la «Oda a Sesostris» y la «Oda al Santísimo Sacramento»— e hizo una excursión —el 6 de enero— a Guadix. El cronista de *La Gaceta Literaria* que nos relata esta visita escribe que «Federico hizo el panegírico de la hora andaluza, entre unos alusivos *rabia, rabiña*, al norteño Bastera». Federico contempló extasiado el clavicémbalo rococó, rosa y oro, del siglo XVIII, que Falla había descubierto en la catedral de Guadix. Y después de unas horas en que deslumbró a sus amigos guadiceños con su charla y su fantasía inagotables, regresó a Granada con una caja de roscos de vino, especialidad reposteril de la ciudad, y el tema para un verso: «el sol que se va y los niños que lo persiguen por las paredes».

En febrero de 1928, después de una larga preparación, apareció por fin el primer número de *Gallo*, con textos de Melchor Fernández Almagro, Jorge Guillén, José Bergamín, López Banús y del propio Federico, e ilustraciones de Dalí, Ismael de la Serna y Manuel Angeles Ortiz. El número se abría con una «Historia de este *Gallo*», escrita por Federico. El tono insólito, cercano al surrealismo, de la revista, produjo estupefacción entre no pocos de sus lectores. «El *Gallo* en Granada —escribe Federico a Sebastián Gasch— ha sido un verdadero escandalazo. Granada es una ciudad literaria y nunca había pasado nada nuevo en ella. Así es que el *Gallo* ha producido un ruido como no tienes idea. Se agotó la edición a los dos días, y hoy se pagan los números a doble precio. En la universidad hubo ayer una gran pelea entre gallistas y no gallistas, y en cafés, peñas y casas no se habla de otra cosa.» Mas, a pesar de este éxito inicial, la revista, demasiado audaz para el clima provinciano y estancado de Granada, iba a durar sólo dos números. En abril aparecía el segundo y último, en el que Federico publicó dos diálogos en prosa: «La doncella, el marinero y el estudiante», y «El paseo de Buster Keaton». En este número se insertaba el «Manifiesto antiartístico catalán», firmado por Dalí, Gasch y Luis Muntanyá, y un estudio sobre Picasso, de Sebastián Gasch.



Dámaso Alonso, Luis Cernuda, Federico García Lorca y Vicente Aleixandre, en Madrid, 1931.

En este mismo mes de abril, las ediciones de la *Revista de Occidente*, que dirige Ortega, publican el esperadísimo libro de Federico, *Romancero gitano*, ya famoso antes de salir y cuyos primeros romances datan de 1924. El éxito del libro es fulminante, y la edición se agota en pocos meses. Raramente un libro de poesía logra obtener, como lo obtuvo este libro de Federico, un éxito popular y al mismo tiempo la admiración de los críticos más selectos. En este caso, mayoría y minoría coincidían en admirar unos romances en los que la maravillosa fantasía del poeta, sus palabras sabias y misteriosas —con la sabiduría y el misterio de la milenaria Andalucía—, habían logrado calar y conmover el alma del pueblo, del suyo, el andaluz, y del de toda España. Más a pesar de este primer gran éxito, que coincide con la explosión de la primavera madrileña, Federico no parece feliz; algo le apena y le vuelve melancólico. En mayo escribe a Guillén: «Mi estado espiritual no es

muy bueno que digamos. Estoy atravesando una gran crisis *sentimental*, de la que espero salir curado.» Esta crisis debió de durar todo el verano y aún hay huellas de ella en la carta que en septiembre dirige al escritor colombiano Jorge Zalamea: «Has debido de pasar un mal verano. Ya, afortunadamente, entra el otoño, que me da la vida. Yo también lo he pasado muy mal. Se necesita tener la cantidad de alegría que Dios me ha dado para no sucumbir ante la cantidad de conflictos que me han asaltado últimamente. Pero Dios no me abandona nunca. He trabajado mucho, estoy trabajando. Después de construir mis *Odas*, en las que tengo tanta ilusión, cierro este ciclo de poesía para hacer otra cosa. Ahora tengo una poesía de *abrirse las venas*, una poesía *evadida* ya de la realidad como una emoción donde se refleja todo mi amor por las cosas y mi guasa por las cosas. Amor de morir y burla de morir... Todo el día tengo una actividad poética de fábrica. Y luego me lanzo a lo del hombre, a lo del andaluz puro, a la bacanal de carne y de risa. Andalucía es increíble. Oriente sin veneno. Occidente sin acción. Todos los días llevo sorpresas nuevas. La bella carne del Sur te da las gracias después de haberla pisoteado. A pesar de todo, yo no estoy bien ni soy feliz. Hoy hace un día gris en Granada de *primera calidad*. Desde la Huerta de San Vicente, donde vivo, entre magníficas higueras y nogales corpulentos, veo el panorama de sierras más bello (por el aire) de Europa... ¡Que estés alegre! Hay necesidad de ser alegre, el *deber* de ser alegre. Te lo digo yo, que estoy pasando uno de los momentos más tristes y desagradables de mi vida...» Y en otra carta: «Yo he resuelto estos días con voluntad uno de los estados más dolorosos que he tenido en mi vida. Tú no te puedes imaginar lo que es pasarse noches enteras en el balcón viendo una Granada nocturna, *vacía* para mí, y sin tener el menor consuelo de nada.»

Mas, a pesar de ese estado de depresión, fue un verano fecundo. El mismo mes —septiembre— le escribe a Gasch: «Yo trabajo con gran amor en varias cosas de géneros muy distintos. Hay poemas de todas clases.» Comenta una carta que ha recibido de Salvador Dalí, hablándole del *Romancero gitano*, y añade: «Claro que mi libro no lo han entendido los putrefactos, aunque ellos digan que sí. A pesar de todo, a mí ya no me interesa nada o casi nada. Se me ha muerto en las manos de la manera más tierna. Mi poesía tiene ahora otro vuelo más agudo todavía. Me parece que un vuelo personal.»

En octubre lee en el Ateneo de Granada su conferencia «Imaginación, inspiración, evasión», y prepara el número 3 de *Gallo*, que no saldrá nunca. Como propaganda, organiza una *Noche de*

Retrato de Federico
dibujado por su amigo
Santiago Ontañón en
1928, año en el que
apareció el *Romancero
gitano*, una de las obras
más populares del autor.



«Gallo» en el Ateneo, que «fue un escandalazo», según escribe a Gasch al darle cuenta del acto. En él leyó Federico su «*Sketch* de la pintura moderna», con proyecciones de pinturas de Miró y Dalí. Pero *Gallo* no sale más, y Federico, en noviembre, deja Granada y se instala de nuevo en Madrid, en su cuarto de la Residencia. Su fama crece. la colección teatral *La Farsa* le ha publicado *Mariana Pineda*, y en la *Revista de Occidente* aparece su «Oda al Santísimo Sacramento». En diciembre, Federico da en la Residencia de Estudiantes su conferencia sobre «Las nanas infantiles», organizada por la Sociedad de Cursos y Conferencias. Mas, a pesar de toda esta actividad literaria y del éxito del *Romancero gitano* —del que pronto se apoderan los recitadores de oficio—, Federico no es feliz. Una tragedia íntima, de raíz sentimental, parecía robarle aquella sana y pura alegría, que era un don maravilloso para sus amigos. Rafael Martínez Nadal, quizá su más íntimo amigo de entonces, y a quien Federico confiaba sus problemas, ha recordado aquella época como el único periodo de depresión que vivió el poeta en toda su existencia, fuera de las últimas y trágicas horas que precedieron a su muerte. «Federico —escribe Martínez Nadal— estaba triste, buscaba la soledad, no hablaba de sus proyectos (él, que siempre estaba

acariciando alguno), y lo que era más grave aún, no leía a nadie sus nuevos poemas.» Por un momento parece temer a la fama creciente que consigue con el *Romancero gitano*. Le duelen la envidia y los ataques. Y escribe a Jorge Zalamea: «Yo hablo siempre igual, y esta carta lleva versos míos inéditos, sentimientos de amigo y de hombre que no quisiera divulgar. Quiero y retequiero mi intimidad. Si le temo a la fama estúpida es por esto precisamente. El hombre famoso tiene la amargura de llevar el pecho frío y traspasado por linternas sordas que dirigen sobre él los otros.»

Al comenzar el nuevo año –1929– parece querer refugiarse en el trabajo: sigue depurando sus *Odas*, y prepara la segunda edición de su libro *Canciones*, que aparece en la Editorial Revista de Occidente. Da, el 16 de febrero, en el Lyceum Club de Madrid, su conferencia sobre «Imaginación, inspiración y evasión en poesía». Y termina otra pieza teatral, *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*, que ha de estrenar pronto el Grupo Teatral «El Caracol», que dirige Cipriano Rivas Cherif. En marzo conoce al diplomático chileno Carlos Morla, cuya devoción y amistad parecen consolarle algo de su tristeza. En su libro sobre el poeta, de quien pronto se hizo inseparable, Morla le evoca, con estas palabras en ese momento de su encuentro: «Un muchacho joven, de regular estatura, exento de esbeltez, sin ser espeso; de cabeza grande, potente; de rostro amplio, constelado de estrellas brunas que son lunares. Ojos sombríos, pero risueños... Cabellera abundante, que no empaña una frente ligeramente abombada. Ninguna serenidad en la mirada ni ceño austero. Por el contrario, un alborozo de chiquillo con una veta de travesura y algo de muy sano y de campestre.» La casa de Carlos Morla, presidida por el gusto exquisito y la simpatía de Bebé, su mujer, fue desde entonces un refugio casi constante para Federico, que en ella encontraba, además, a sus mejores amigos y a los poetas de su generación: Manolo y Concepción Altolaguirre, Luis Cernuda, Rafael Martínez Nadal, Santiago Ontañón, el capitán Iglesias y muchos otros, en animadas reuniones, en las que Federico ponía siempre su risa alegre y contagiosa, su palabra llena de fantasía y de gracia.

7. Primer viaje a América

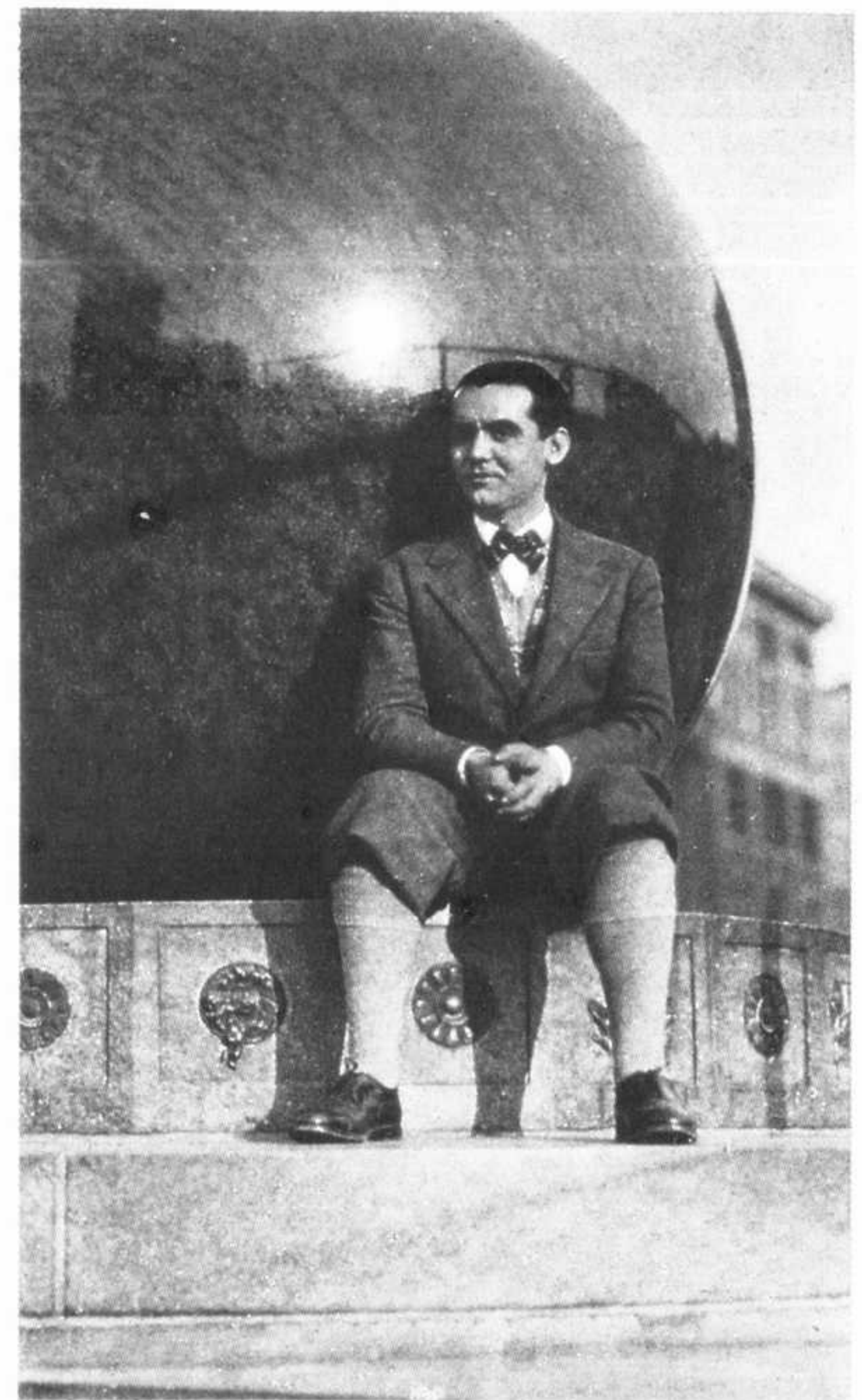
En los primeros meses de 1929 Federico sintió la necesidad, por primera vez en su vida, de alejarse de España, quizá para salir de la *penumbra sentimental* –como le dijo a un amigo argentino, González Carbalho– en que se hallaba desde hacía algún tiempo. Y fue un gran amigo y antiguo maestro, Fernando de los Ríos, quien le dio oportunidad para realizar aquel deseo, animándole a que le acompañara en un viaje que debía hacer a Estados Unidos. Federico se decidió en seguida: un largo viaje era en ese momento lo que mejor convenía al estado de su espíritu. Antes de partir hace una escapada a Granada, a mediados de mayo, para despedirse de su familia y pasar unos días con ella. Está contento de haber tomado esa decisión, y su padre, don Federico, no le pone ningún obstáculo. Le dará todo el dinero que necesite para el viaje. Desde Granada comunica a Carlos Morla su inmediato viaje: «Carlos: El sábado por la noche salgo de Granada para estar en Madrid el domingo por la mañana. Estoy en Madrid dos días para ultimar unas cosas, y en seguida salgo para París-Londres, y allí embarcaré a Nueva York. ¿Te sorprende? Yo estoy muerto de risa por esta decisión. Pero me conviene y es importante en mi vida... Nueva York me parece horrible, pero por eso mismo me voy allí. Creo que lo pasaré muy bien. El viaje lo hago con mi gran amigo Fernando de los Ríos, viejo maestro mío y persona encantadora en extremo, que allanará las primeras dificultades, ya que, como tú sabes, yo soy un inútil y un tontito en la vida práctica.» Antes de partir, sus amigos y los estudiantes de la Universidad de Granada le dan un banquete de despedida, y en Madrid, poetas y amigos, compañeros de generación, se reúnen con él en otra comida, que fue presidida por Fernando de los Ríos.

A fines de mayo salen para París y Londres. Pero ni en una ni en otra ciudad, que por primera vez visitaba, pareció Federico recibir una fuerte impresión. Un rápido paso por el Louvre y por el British Museum dejaron sólo en él el recuerdo de algunas obras de arte. Algo admiró, sin embargo, con entusiasmo ingenuo: la anima-

ción y las luces de Picadilly Circus, el cruce incesante de gentes de todos los países y de todas las razas. Don Fernando y su joven compañero de viaje hicieron una rápida excursión a Oxford, para saludar a don Salvador de Madariaga, profesor en aquella universidad. Visitaron los famosos *colleges* universitarios, y Federico compró en una tienda una camisa oxfordiana. Cenaron y pasaron la noche en casa de Madariaga, y a la una tomaron el tren para Southampton, donde embarcaron de madrugada en el transatlántico *Olympic* para Nueva York. Desde el barco, Federico escribe a Carlos Morla y le confiesa que se siente deprimido y lleno de añoranza: «Tengo hambre de mi tierra y de tu saloncito de todos los días. Nostalgia de charlas con vosotros y de cantaros viejas canciones de España... No sé para qué he partido; me lo pregunto cien veces al día. Me miro al espejo del estrecho camarote y no me reconozco. Parezco otro Federico.»

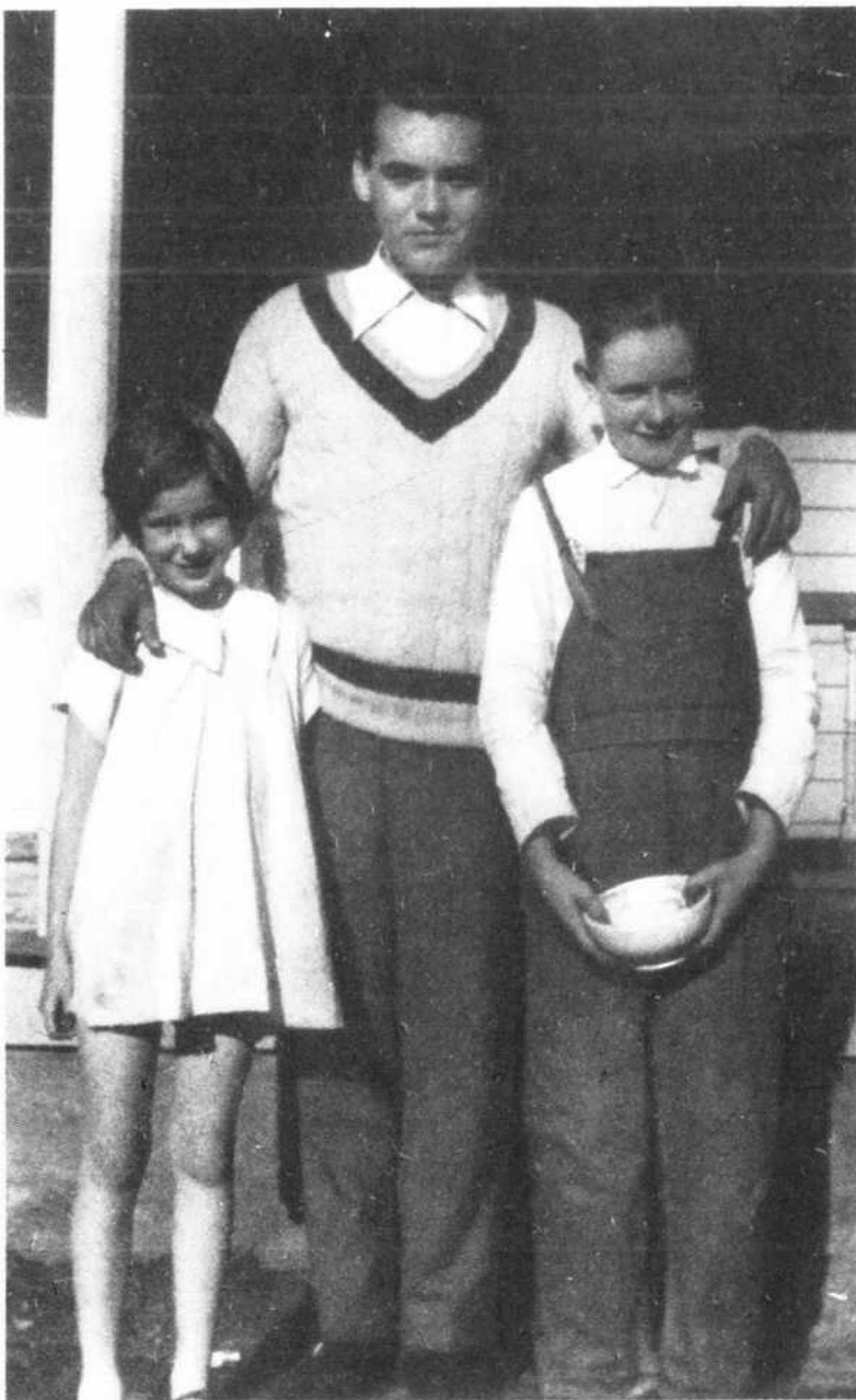
El *Olympic* llegó al puerto de Nueva York a finales de junio. Federico se instaló en un cuarto de estudiante de la Universidad Columbia, con un vago propósito de estudiar inglés. En su libro sobre el poeta, Angel del Río, su ángel tutelar en aquellos días neoyorquinos, ha evocado el atuendo más deportivo que literario con que Federico se presentó: nada de lazo negro modernista, sino corbata de nudo grueso y colores brillantes, encuadrada en una camisa de corte Oxford y unos suéteres amarillos, blancos y negros. Su habitación se hallaba en uno de los pisos altos de John Jay Hall, una de las residencias universitarias. Muy pronto se cansó de los cursos de inglés en que se había matriculado a su llegada, convencido de su incapacidad total para aprender ese idioma: «Se fue de Nueva York —escribe Angel del Río— sin aprender una sola palabra de inglés y pronunciando a la española las pocas que a veces se veía forzado a usar.» En cambio, le encantaba reunirse con los estudiantes de español de la famosa universidad y cantarles las viejas canciones populares que él sabía desde niño. O con los amigos españoles a quienes encuentra en Nueva York: Angel del Río, el pintor Gabriel García Maroto, editor de su *Libro de poemas*; Dámaso Alonso, profesor visitante en Hunter College; José Antonio Rubio Sacristán, antiguo compañero en la Residencia de Estudiantes. Conoce también al profesor Federico de Onís y al poeta León Felipe. En el mes de agosto se traslada a Eden Mills, en Vermont, aceptando la invitación de un amigo llamado Cummings, a quien había conocido meses antes en la Residencia de Estudiantes, en Madrid. Desde allí escribe a Angel del Río: «Te escribo desde Eden Mills. Muy divertido. Es un paisaje prodigioso, pero de una melancolía infinita. Una buena experiencia para mí. Ya te contaré.

García Lorca, vestido con atuendo deportivo, en la Universidad Columbia de Nueva York, durante su primer viaje a América en 1929.



Hoy sólo quiero que me digas la manera que tengo de encontrarte, para marchar con vosotros dentro de unos días. No cesa de llover. Esta familia es muy simpática y llena de un encanto suave; pero los bosques y el lago me sumen en un estado de desesperación poética muy difícil de sostener. Escribo todo el día, y a la noche me siento agotado... Ahora cae la noche. Han encendido las luces de petróleo, y toda mi infancia viene a mi memoria envuelta en una gloria de amapolas y cereales. He encontrado entre los helechos una rueda cubierta de arañas, y en el lago no canta ni una rana. Urgente el coñac para mi pobre corazón.»

A fines de agosto se reúne con Angel del Río en una granja de



En el verano de 1929, durante su estancia en Estados Unidos, Federico pasó unas cortas vacaciones en una granja de las montañas Catskills, con el profesor Angel del Río y su familia. Allí se hizo amigo de los dos niños con los que aparece en esta fotografía, a quienes solía cantarles canciones populares españolas.

las montañas Catskills, cerca de Shandaken, donde el profesor de Columbia pasaba sus vacaciones con su familia. La pintoresca llegada del poeta a la granja ha sido evocada así por Angel del Río: «Conociendo su incapacidad para las cosas prácticas, yo le había dado por escrito instrucciones detalladas: me tenía que telegrafiar la hora de su llegada a Kingston; si yo no estaba allí, tenía que tomar el autobús a Shandaken. El día que le esperábamos no había llegado ni telegrama ni aviso alguno de nuestro Lorca. Empezamos a inquietarnos por si se hubiera perdido, cuando, al anochecer, vimos llegar un taxi renqueando por el camino polvoriento de la granja. El chófer tenía una expresión de resignada ferocidad, y Federico, al verme, con medio cuerpo fuera de la ventanilla, empe-

A principios del verano de 1929, Federico dejó la Universidad Columbia y pasó unas semanas en el campo, en Eden Mills, Vermont, invitado por un amigo norteamericano, quien le hizo esta fotografía.



zó a gritar, entre aterrado y divertido. Naturalmente, lo que había ocurrido es que Lorca, encontrándose solo en Kingston, decidió tomar un taxi, sin saber dar la dirección. Y habían estado dando vueltas por carreteras de montaña, hasta que un vecino les dio nuestras señas. El contador marcaba quince dólares. Como Lorca se había gastado todo el dinero que llevaba encima, tuve que pagar al conductor y aplacar su cólera. Pero el terror de Federico se debía a estar convencido de haberse perdido y no tener el dinero suficiente para poder pagar el importe del taxi. Inmediatamente dio al incidente un aspecto fantástico, y dijo que el conductor, a quien no podía entender, "había intentado robarle y asesinarle en un rincón oscuro del bosque".»

En esa granja de las montañas Catskills pasó Federico dos semanas, y escribió algunos poemas, como «Nocturno del hueco», «Ruina», «Niña ahogada en el pozo» y «Paisaje con dos tumbas y un perro asirio», que pasaron a formar parte de su libro *Poeta en Nueva York*. El poeta argentino José González Carbalho recogió del propio Federico esta versión —algo novelesca, según Angel del Río— de uno de esos poemas, «Niña ahogada en el pozo»: «Federico tenía dos pequeños amigos, un niño y una niña, para los que inventaba leyendas e improvisaba canciones. En la granja en que los niños vivían, y de la que el poeta era huésped, había un hombre enfermo de gravedad y un caballo ciego que volvía la noria. El caballo ciego tenía significado de horror para Federico. Un día la niña apareció ahogada en el pozo, y García Lorca, ensombrecido, abandonó el lugar.»

Después de pasar el resto de sus vacaciones en casa del profesor Federico de Onís, cerca de Newburgh, Federico regresó en septiembre a su cuarto de la universidad, desde donde escribió a Carlos Morla: «Vivo en la Universidad Columbia, en el centro de Nueva York, en un sitio espléndido junto al río Hudson. Tengo cinco clases y paso el día divertidísimo y como en un sueño. Pasé el verano en el Canadá con unos amigos y ahora estoy en Nueva York, que es una ciudad de alegría insospechada. He escrito mucho. Tengo casi dos libros de poemas y una pieza de teatro. Estoy sereno y alegre. Ha vuelto a nacer aquel Federico de antes que tú no has conocido, pero que espero conocerás. Escríbeme...»

Los nuevos amigos que encuentra contribuyen a hacer agradable su estancia en Nueva York: el crítico Herschel Brickell; Mildred Adams, traductora de Ortega; el pintor mexicano Amero... Con ellos y algunos de sus amigos españoles gusta Federico de recorrer los barrios populares de Nueva York, como el bajo East Side, y sobre todo Harlem, el barrio de los negros, cuyo ambiente le inspira su poema «Oda al Rey de Harlem». Sus amigos americanos le invitan con frecuencia a sus casas, cautivados por su simpatía. Cuando asiste a una de esas reuniones, no hace falta rogarle mucho para que se ponga al piano y cante, acompañándose él mismo, canciones populares españolas, que tienen un gran éxito. Su éxito en esa sociedad neoyorquina, tan cerrada para otros, nadie lo ha evocado mejor que Dámaso Alonso en este recuerdo: «Pero estamos ahora en Nueva York, en una *wild party*, por el capricho de un millonario americano: dispersión total por los amplios salones en pequeños grupos gesticulantes, donde los brebajes empiezan a producir su efecto. De repente, aquella masa alocada y disgregada se polariza hacia un piano. ¿Qué ha ocurrido? Federico

se ha puesto a tocar y a cantar canciones españolas. Aquella gente no sabe español ni tiene la menor idea de España. Pero es tal la fuerza de expresión, que en aquellos cerebros tan lejanos se abre la luz que no han visto nunca y en su corazón muerde el suave amargor que no han conocido.»

Una de las casas que más frecuenta es la de su amigo Herschel Brickell, en Park Avenue, junto a la calle 56. Allí acudían también Mildred Adams, Olin Downes, crítico musical del *New York Times*, y otros amigos. Con ellos paseaba a veces por las calles de Nueva York, o visitaba Columbus Circle Child, donde a Federico le gustaba comprar pasteles. Una noche, el día de Navidad, sus amigos le llevan a visitar la iglesia de San Pablo, que a Federico le parece «la más bella iglesia del mundo», y su música, algo que supera a todo lo que él había oído en España. Lo curioso es que algunos de sus nuevos amigos americanos, como el crítico Olin Downes, no sabían ni una palabra de español, y Federico no entendía una palabra de inglés. Pero no importaba. La chispa de la simpatía y del entendimiento se producía instantáneamente, porque Federico era dueño de unas armas irresistibles, sobre todo si había cerca un piano: el tesoro inagotable de las viejas canciones populares españolas.

El encuentro con Antonia Mercé, la *Argentina*, y algo más tarde con la *Argentinita*, Encarnación López, y con Ignacio Sánchez Mejías, contribuyó a animar la estancia de Federico en Nueva York. El poeta tomó parte en una velada que se celebró en el Instituto de las Españas el 16 de diciembre de 1929, en homenaje a Antonia Mercé, leyendo varios poemas inéditos de su libro *Poemas del cante jondo*. Y con la *Argentinita* comenzó entonces a colaborar en la armonización de algunas canciones populares, que más tarde cantarían con enorme éxito, acompañada a veces al piano por Federico. Ese invierno del 29 dio también algunas conferencias en Columbia y en el Vassar College, y corrigió o escribió una versión más completa de su pieza teatral *La zapatera prodigiosa*.

¿Cómo vio Federico Nueva York? Nada más lejano, al menos en apariencia, del mundo de lo andaluz que el de la gigantesca ciudad. En un principio, Federico debió de sentirlos tan opuestos e irreconciliables, que se confesaba incapaz de entender aquel mundo, para él tan extraño. Recuerda Angel del Río que, paseando por algunos barrios de la ciudad, los más gigantescos y populosos, se paraba en mitad de la calle y lanzaba un asombrado grito: «¡No entiendo nada!», seguido de una carcajada estruendosa. Pero muy pronto, después de luchar a brazo partido con la ciudad de los rascacielos y la música sincopada —el jazz dominaba entonces todo-poderoso—, Federico empezó a entrar en el trasfondo trágico de la

ciudad y a comprender que tras la fachada impresionante de Nueva York latía mucha angustia y soledad, mucho terror y miedo en el hombre acorralado por una civilización deshumanizada y esclavo de la máquina. Supo ver Federico el duelo insalvable entre la cima de una civilización mecanizada y los instintos primarios y salvajes que aún perduraban en el hombre. Y que el fruto de ese duelo era a veces la soledad y el sufrimiento. Tristeza mansa de los negros de Harlem. Crueldad y reino deshumanizado del dólar en Wall Street.

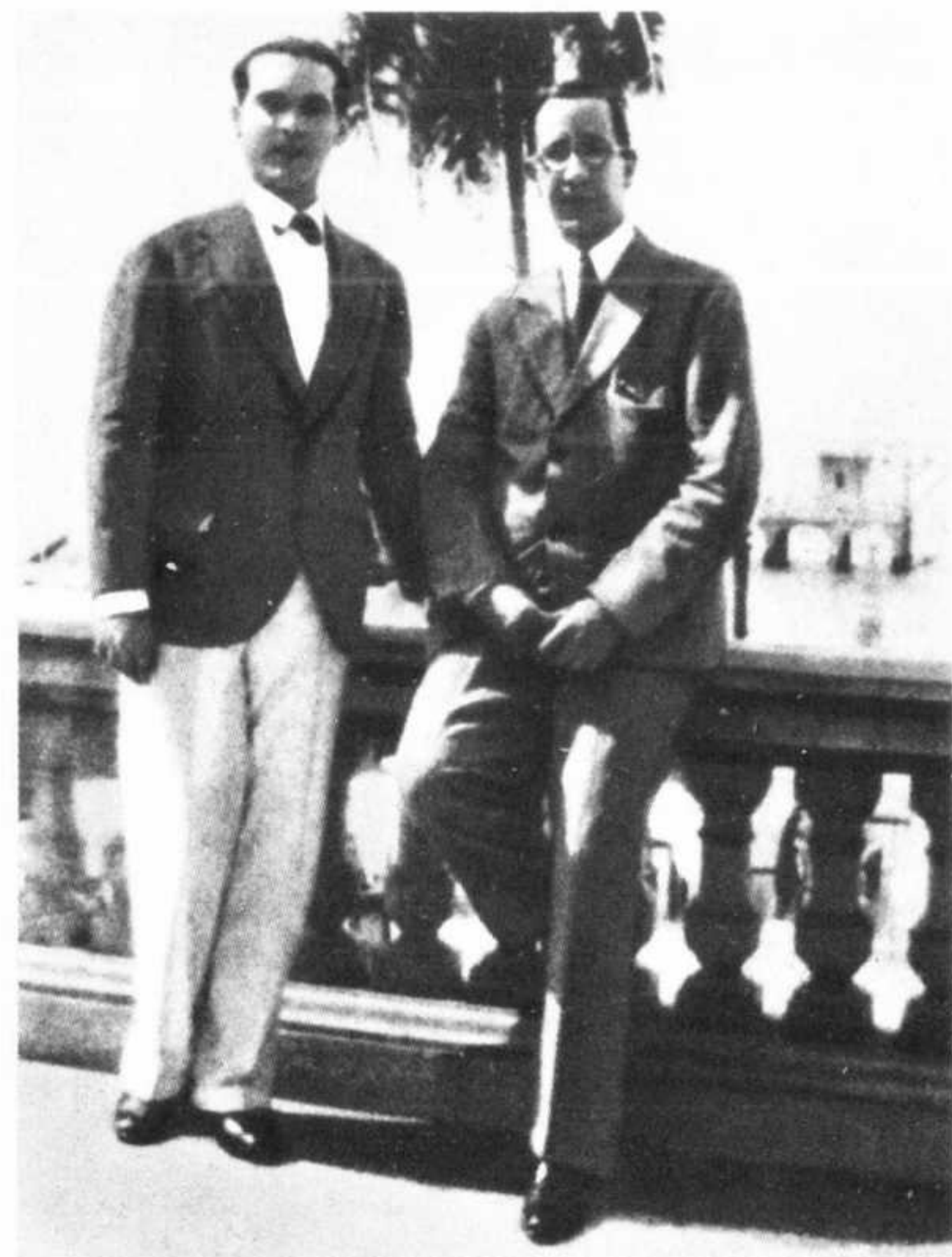
De toda esa civilización abigarrada es lo más elemental y puro, el barrio negro de Harlem, lo que más le atrae. «Con su tristeza —declara en una entrevista a su regreso en España— se han hecho [los negros de Harlem] el eje espiritual de aquella América.» Ellos son «lo más espiritual y lo más delicado de aquel mundo... Porque creen, porque esperan, porque cantan y porque tienen una exquisita pereza religiosa que los salva de todos los peligrosos afanes actuales». «El negro, que está tan cerca de la naturaleza humana pura y de la otra naturaleza. ¡Ese negro, que se saca música hasta de los bolsillos! Fuera del arte negro no queda en los Estados Unidos más que mecánica y automatismo.» Federico cantará ese mundo misterioso de los negros en su *Poeta en Nueva York* —«Oda al Rey de Harlem», «Norma y paraíso de los negros»—, el libro donde quiso expresar el impacto que en su corazón de andaluz y de poeta dejó aquella ciudad monstruosamente civilizada, aquella *selva mecanizada*, que le recordaba «a un Senegal con máquinas».

Ante el espectáculo de la ciudad titánica, devoradora de lo humano, individual y tierno, y donde se sentía como un niño perdido en una selva, el poeta sensual y andaluz que era Federico tenía que reaccionar gritando en sus poemas de Nueva York —escritos entre 1929 y 1930— su asombro y su terror, y su denuncia contra la ciudad sin espíritu, *donde el cielo no existe*, y contra el reino implacable de Wall Street. Y desde la torre del Chrysler Building lanza su «Grito hacia Roma», un poema que es también un grito de acusación contra la deshumanizada civilización capitalista:

*...Porque queremos el pan nuestro de cada día,
flor de aliso y perenne temura desgranada;
porque queremos que se cumpla la voluntad de la tierra,
que da sus frutos para todos.*

A la multiplicidad de sensaciones e impresiones y a aquel ritmo angustioso de la prisa y la mecanización tenía que corresponder una imagen de Nueva York en que el poeta captase, a ráfagas dramáticas, la ciudad por dentro y por fuera: trágica soledad y

García Lorca con el escritor cubano Luis Rodríguez Embil, en la terraza del Habana Yacht Club, abril de 1930. La fotografía fue tomada por José María Chacón y Calvo, otro escritor cubano que también era amigo de Federico.



estallido de vida en movimiento, imágenes dislocadas, como en un filme surrealista. En la ciudad de Nueva York —nos dicen sus poemas—, el poeta se ahoga, y clama por su libertad y por su espíritu cercado. Y en efecto, llegó un instante en que Federico temió ser devorado por la gigantesca ciudad y pensó en huir de ella, volverse a su Granada lenta y mansa como un río dormido. Pero en ese momento le llegó una oportuna invitación de la Institución Hispano-Cubana de Cultura para que diese conferencias en varias ciudades de la isla. Federico aceptó inmediatamente, y en la primavera de 1930 embarcó para La Habana, ciudad que le sedujo desde el primer instante y donde había de reencontrar sus raíces hispánicas, medio perdidas en el extraño Nueva York. «Me encuentro como si estuviera en Cádiz», solía decir. No sólo era volver a escuchar la lengua, para él tan importante —ya hemos dicho que no logró entender nunca el inglés—, lo que le recordaba su tierra andaluza sino la cálida atmósfera del trópico y el color moreno de las gentes, una luz salvaje y una sensualidad pagana, más blanda y



Esta fotografía de Federico, hecha por el fotógrafo cubano Rembrandt durante la estancia del poeta en La Habana, apareció en la revista *Musicalia* junto con unas frases muy elogiosas. «Tres meses —concluía la revista— han durado los desposorios paganos de García Lorca con La Habana; poeta y urbe se han comprendido bien y se aman. ¡Que nazca ahora el romancero criollo!»

tierna quizá, en las que se encontraba a gusto. Nada más cerca de lo andaluz que lo criollo. Cuba fue para Federico, después de la experiencia extrañísima y opresora de Nueva York, un gozo constante, y para los cubanos que le conocieron —poetas y no poetas—, un deslumbramiento y una fiesta permanentes. Los poetas de La Habana, sobre todo el grupo de la revista *Avance* —Juan Marinello, Nicolás Guillén, Jorge Mañach, Eugenio Florit, Emilio Ballagas—, le acogieron con entusiasmo. Federico recitó incansablemente sus poemas, dio conferencias y apuró sensualmente la dulzura pagana del trópico: su música, su sol, su alegría. Llegó a aprender los sonos cubanos, y con frecuencia asistió a fiestas y costumbres populares, entre ellas las típicas fritas y baquines bajo la luna. Vivió algún tiempo en las afueras de La Habana, en una hermosa villa, rodeada de un inmenso parque, propiedad de la poetisa Dulce María Loynaz. «A Federico —ha recordado Dulce María— le entusiasmaba el inmenso jardín por su aspecto selvático y su encanto de parque abandonado.» Con frecuencia discutía con Dulce María, cordialmente, sobre asuntos poéticos. En broma, Federico gustaba en-

tonces de hacer una especie de poesía burlesca que los poetas del 27 llamaban *gitanjáfora*, y en la que lo importante era el valor eufónico y sorprendente de las palabras, sin que éstas expresaran el menor contenido con sentido lógico. Aunque la poetisa cubana no gustaba de aquella poesía tan poco seria, un día, por atención a su huésped, quiso hacer gitanjáforas, y se las mostró a Federico. Pero éste le dijo muy serio que eran las mejores poesías que había escrito en su vida y que superaban todo lo que había hecho antes. Puede suponerse la poca gracia que le hizo a la poetisa cubana esta pequeña crueldad de nuestro poeta.

En La Habana reanudó Federico su amistad con Adolfo Salazar, que a la sazón vivía en la capital cubana, y escribió algunas escenas de dos obras de teatro que había empezado en Nueva York: *El público* y *Así que pasen cinco años*. En una revista de La Habana, *Musicalia*, publicó su «Son de negros en Cuba», escrito entonces, e inspirado en los sonos afrocubanos, que ya había cultivado Emilio Ballagas.

8. Regreso a España

En Cuba el tiempo pasaba sin sentir, pero se acercaba el momento en que Federico debía regresar a España. Se despidió de sus amigos cubanos, y a fines del verano embarcó, en el puerto de La Habana, en el transatlántico español *Marqués de Comillas*, que hacía escala en Nueva York, donde un numeroso grupo de amigos



Federico en el puerto de La Habana, en junio de 1930, poco antes de emprender el viaje de regreso a España.

—entre ellos, Angel del Río, Mildred Adams, Herschel Brickell y Olin Downes— fueron a despedirle. De nuevo en España, Federico dejaba atrás no sólo las tierras de América, que habían significado para él una experiencia intensa, sino, lo que es más importante, aquella *penumbra sentimental*, aquella tristeza profunda que le había asediado durante todo el verano y el invierno de 1928. Federico vuelve contento de su experiencia americana, más seguro de sí mismo y de su obra, con más ganas de vivir y de escribir que nunca. Y con un sentimiento aún más fuerte de lo español.

Cuenta Rafael Martínez Nadal que a su regreso a España declaró el poeta a un amigo que en Cuba había sentido por primera vez, plenamente, «la tremenda responsabilidad de ser español». Que Federico tenía un sentimiento profundo y arraigado de lo español era algo tan transparente para todos los que le trataban, que apenas necesitaba demostración. Conocía España palmo a palmo y



El poeta en el barco en que regresó a España. Su primera estancia en América fue muy satisfactoria y, en cierto modo, le sirvió para afianzar y matizar su sentimiento español.

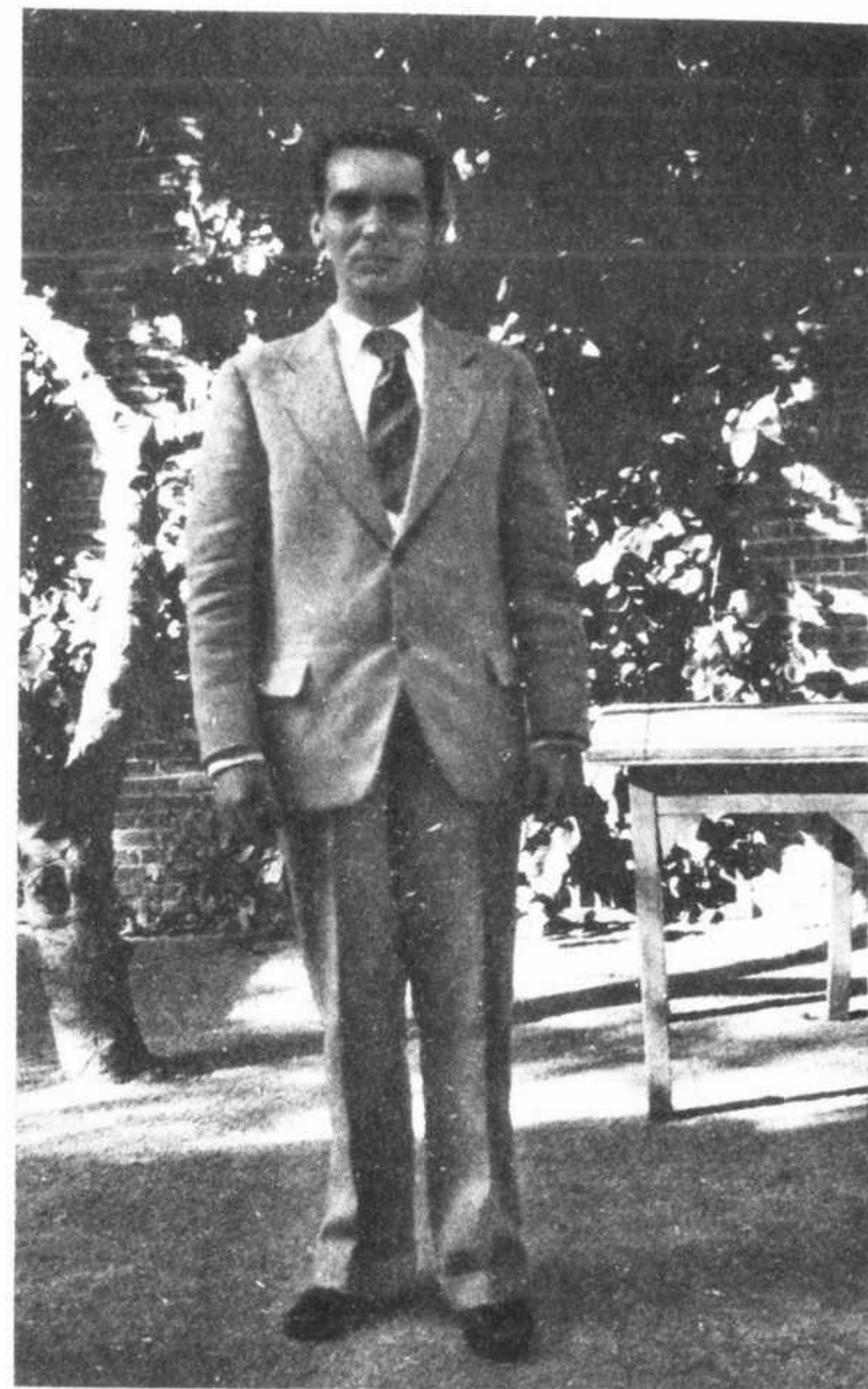
la amaba con pasión; pero esta pasión no le quitaba la inteligencia. En la entrevista que le hizo el caricaturista Bagaría en *El Sol*, en junio de 1936, dijo estas palabras: «Yo soy español integral, y me sería imposible vivir fuera de mis límites geográficos; pero odio al que es español por ser español nada más. Yo soy hermano de todos y execro al hombre que se sacrifica por una idea nacionalista abstracta por el solo hecho de que ama a su patria con una venda en los ojos. El chino bueno está más cerca de mí que el español malo. Canto a España y la siento hasta la médula; pero antes que esto soy hombre del mundo y hermano de todos.» Como Unamuno, se sentía «español por encima de todo y de todos»; pero después, «amante fervoroso de cuanto tienen de personal y característico las regiones», como declaró a un periodista durante su viaje a Buenos Aires. Y Carlos Morla recuerda en su diario que Federico solía preguntarle cuando le veía cautivado por paisajes, gentes o cosas de España: «¿Te gusta España?» Y cuando Morla, naturalmente, asentía, añadía Federico con orgullo y sencillez a un tiempo: «Todo en España es bonito.» Con razón, Dámaso Alonso, en sus bellas páginas sobre «Federico García Lorca y la expresión de lo español» —incluidas en su libro *Poetas españoles contemporáneos*—, ha comparado a Federico con Lope. Como Lope, «de toda España bebe, a toda España va a revertirse», Federico y su poesía son expresión de España. «Y el alma de la España andaluza, gitana y romana, está en la poesía de Federico.»

En septiembre de 1930 llega Federico a Granada a abrazar a los suyos. Fue en ese otoño, quizás a fines de septiembre, durante un rápido viaje de Federico a Málaga, cuando tuve la alegría de conocerle. Aunque he contado ya en otra parte ese mi primer encuentro con el poeta, quiero reproducir aquí esa página evocadora del Federico que yo conocí, en el otoño de 1930:

«Una mañana paseaba yo por la Acera de la Marina, que ya ha desaparecido. De pronto oí que me llamaban por mi nombre desde el café que allí existía, frente al puerto. Era Emilio Prados, y al acercarme vi que estaba con alguien. Emilio me presentó en seguida, sonriente, una chispa de divertida satisfacción tras los cristales de las gafas (sabía bien que iba a impresionarme): “Federico García Lorca..., José Luis Cano, poetilla”. Emilio nos decía siempre poetillas, con cariño de hermano mayor que ve al pequeño hacer sus primeros pinitos. Federico se echó a reír (fue lo primero que me impresionó: su risa ancha y generosa) y nos propuso que fuésemos a un merendero de El Palo, junto al mar. Tomamos un taxi (no le vi jamás tomar otra cosa que taxis para trasladarse de un sitio a otro). Cuando llegamos a El Palo era mediodía y hacía calor. Nos quita-

Federico, en 1931.

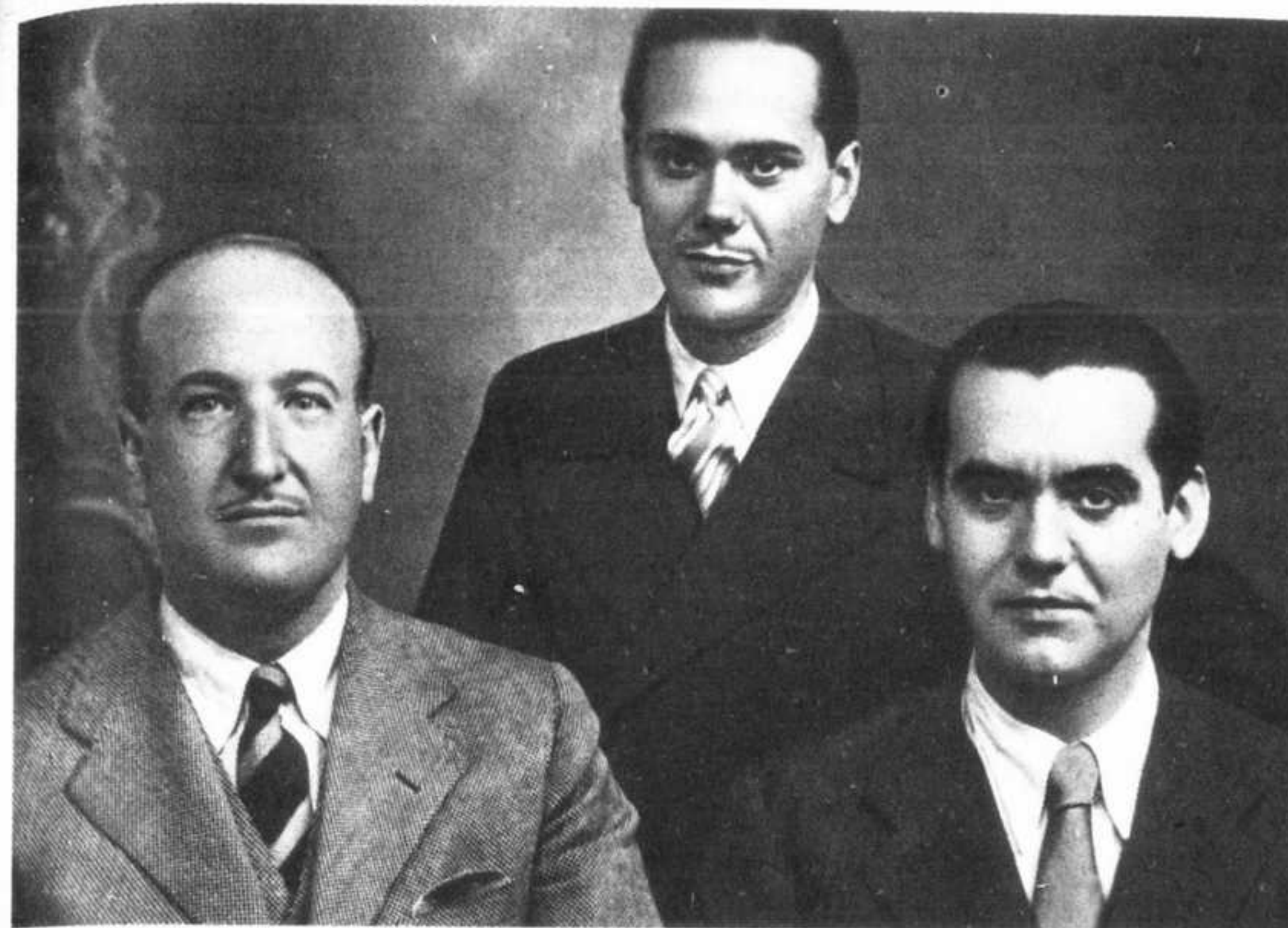
El poeta chileno Pablo Neruda escribió de él: «¡Qué poeta! Nunca he visto reunidos como en él la gracia y el genio, el corazón alado y la cascada cristalina [...] Nunca vi un tipo con tanta magia en las manos, nunca tuve un hermano más alegre.»



mos la chaqueta, y Federico pidió vino y chanquetes. Recuerdo que casi todo el tiempo estuvo hablando de su madre, a la que quería con ternura profunda. Nos contaba que, como era tan menuda, solía cogerla en volandas y mecerla como a una niña chica. Y de pronto, Federico que se levanta y que da grandes saltos, accionando como si tuviese a su madre en los brazos, e imitando sus gritos de susto: “¡Federico, por Dios, que me matas!” Y Federico, recordándolo, reía a grandes risotadas, con una chispita de humedad en los ojos oscuros. Después nos invitó a comer. Era la primera vez (¡qué emocionante, cómo se estremecían de júbilo mis diecisiete años!) que me invitaba a comer un amigo, y ese amigo se llamaba Federico García Lorca. Yo estaba tan deslumbrado por aquella

personalidad extraordinaria, en la que tan plenamente se expresaban la vida y la poesía, que no hablé una sola palabra en toda la comida, y me temo que debí de parecerle tonto. Me contentaba con reír cada vez que él reía y escucharle con avidez. Emilio nos miraba a Federico y a mí, divertido, viendo el efecto que me causaba. A media tarde regresamos a Málaga, y Federico preguntó a Emilio si conocía a otros poetillas, para invitarlos aquella misma noche a cenar. Emilio se encargó de preparar la cena y de avisar a los poetillas. Nos reuniríamos todos en el mismo merendero de El Palo, donde habíamos estado por la mañana. Debíamos de ser por lo menos seis poetillas los invitados, pero no recuerdo más que cuatro, aparte yo mismo: Tomás García y los tres hermanos Carmona: Darío, Gerardo y Manolo. La cena fue inolvidable, pues Federico, para divertirnos, se pasó todo el rato contándonos estupidas y fantásticas historias, casi todas subidas de color, de un realismo fresco y popular. Recuerdo que algunas las pasé al día siguiente a mi diario; pero aquel diario se perdió, y hoy, desgraciadamente —no en balde han pasado más de treinta años—, no recuerdo ninguna de ellas; sólo el impacto que nos causaban, nuestra risa y nuestra libertad maravillosas en medio de la noche. Creo que, viéndonos felices y rientes, Federico pasó también un rato feliz.

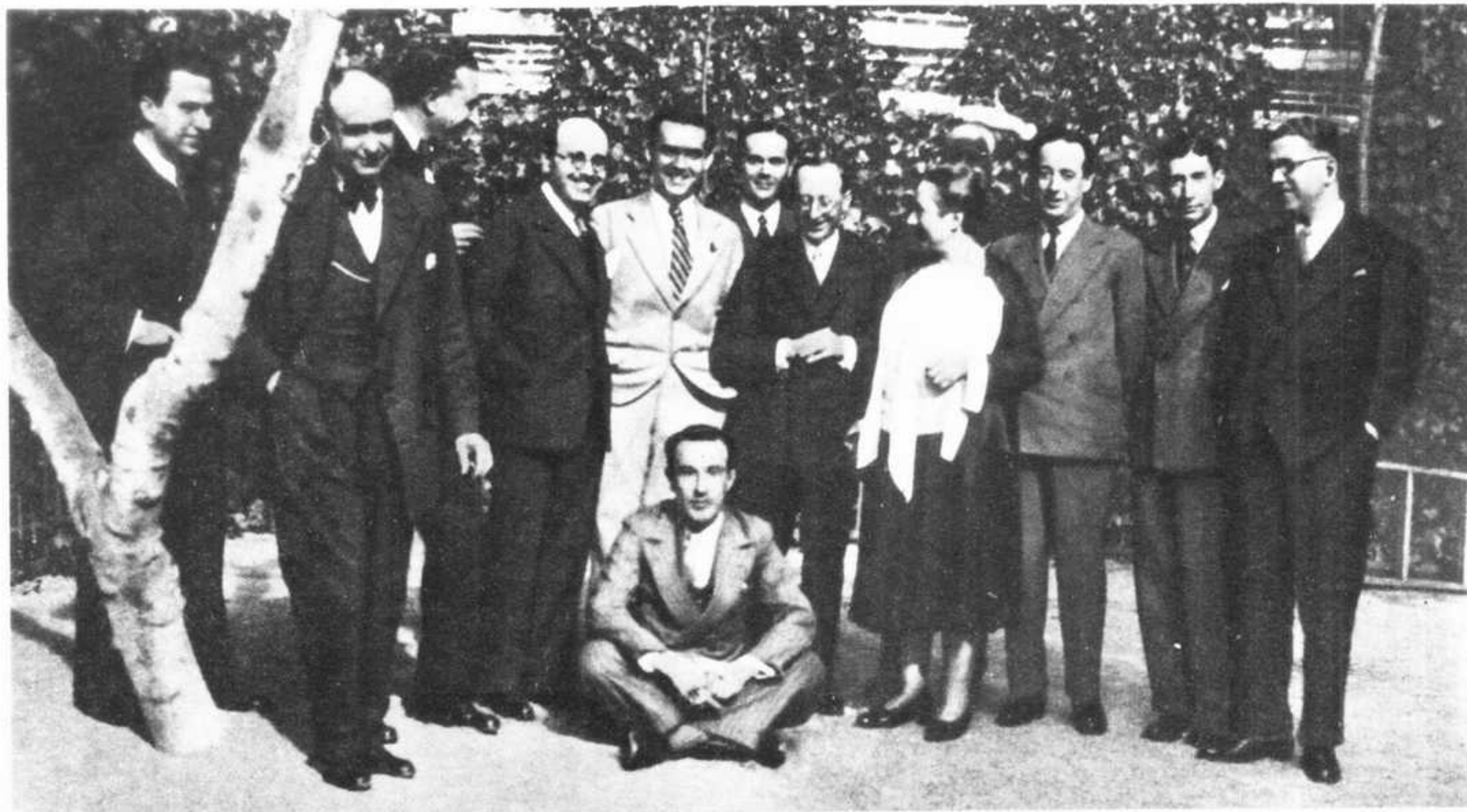
»Era medianoche cuando terminamos de cenar, y alguien (quizá yo, el más tímido) habló de volver a Málaga, pues los poetillas habíamos prometido a nuestros padres regresar a casa a las doce en punto. Pero mi insinuación fue rechazada como absurdamente ridícula. Hacía una hermosa noche. Luna llena. El mar allí, a nuestro lado, susurrando una caricia, era como una tentación. Fue Emilio quien propuso que nos diéramos un baño. Pedimos bañadores al dueño del merendero, quien debió de pensar que estábamos locos. Y nos lanzamos al mar, que nos recibió misterioso, sereno, dulcemente tibio. Sólo Federico se quedó en la playa, sentado sobre una roca, soñando acaso con su Granada. Cuando nos vestimos e iniciamos el regreso a Málaga era más de la una. Habíamos perdido el último autobús y el último tranvía, y tuvimos que regresar andando por la carretera. Llegamos a Málaga después de las tres. Hasta entonces —tan maravillosa había sido la noche— no se nos ocurrió pensar que nuestras familias, las familias de los poetillas, estarían alarmadas por nuestro retraso. Y, en efecto, nos enteramos con espanto de que nuestros padres habían salido a medianoche en nuestra busca, y habían recorrido casas de socorro y lugares de diversión. Mi padre, gobernador de Málaga a la sazón, había lanzado además a la policía para que nos buscara por todas partes, pero una pista falsa la había desviado hacia Torremolinos...



En 1930 comienza la gran amistad que unió a Federico García Lorca con dos grandes poetas de su generación: Vicente Aleixandre y Luis Cernuda. Esta foto fue hecha un año después, en Madrid, después de una comida en la que se reunieron en torno a Federico varios amigos y compañeros.

Cuando los poetillas llegamos a nuestras casas, nadie dormía en ellas. La reprimenda —y no sé si en algún caso la paliza— fue terrible y seguida de severísimas prohibiciones. A los pocos días, pasada la tormenta, pregunté a Emilio por Federico. Sólo me supo decir que al día siguiente de la hermosa reunión había desaparecido misteriosamente, en un taxi, hacia Granada.»

En diciembre está de nuevo Federico en Madrid, trabajando intensamente en los manuscritos de su cosecha americana. Da los últimos toques a *La zapatera prodigiosa*, que va a estrenar Margarita Xirgu en el Español. Y en medio de una gran inquietud política —el día 12 se han sublevado en Jaca los capitanes Galán y García Hernández, que son fusilados tras un juicio sumarísimo—, asiste a los ensayos de *La zapatera*, cuyo estreno, en versión de cámara —la versión completa se estrenaría más tarde en Buenos Aires—, tiene lugar el día 24 en el teatro Español, por la compañía *El Caracol*, dirigida por Cipriano Rivas Cherif, y con Margarita Xirgu en el papel de la protagonista. Pero oigamos a Federico contar cómo escribió esta deliciosa obra: «Era el verano de 1926 —escribió en *La Nación* al estrenarse la pieza en Buenos Aires—. Yo estaba en la



De izquierda a derecha, Jaime Torres Bodet, Angel Vegue, Pedro Salinas, Juan Guerrero Ruiz, García Lorca, Luis Cernuda, León Sánchez Cuesta, Matilde Pomès, Oscar Esplá, José Bergamín, Claudio de la Torre y, sentado, Gerardo Diego. La fotografía corresponde al día del homenaje ofrecido por los poetas españoles a la hispanista francesa Matilde Pomès.

ciudad de Granada, rodeado de negras higueras, de espigas, de pequeñas coronitas de aguas: era dueño de una caja de alegría, íntimo amigo de las rosas, y quise poner el ejemplo dramático de un modo sencillo, iluminando con frescos tonos lo que podía tener fantasmas desilusionados. Las cartas inquietas que recibía de mis amigos de París, en hermosa y amarga lucha con un arte abstracto, me llevaron a componer, por reacción, esta fábula casi vulgar, con su realidad directa, donde yo quise que fluyera un invisible hilo de poesía y donde el grito cómico y el humor se levantan, claros y sin trampas, en los primeros términos.»

Aunque bien acogida por el público y la crítica, *La zapatera* se mantuvo poco tiempo en el cartel, quizá porque los tiempos inquietos que vivía España —no sólo las masas, sino los intelectuales se preparaban para la lucha por la República— no estaban para divertimientos de aquel género, por muy sabrosos que fuesen. Madrid hervía de inquietud política al comenzar 1931, y Federico, como español y republicano, no podía sustraerse a la emoción del momento. El 16 de marzo lee con éxito, en la Residencia de Señoritas de la calle de Miguel Ángel, su libro *Poeta en Nueva York*. El 10 de abril asiste, en el restaurante Buenavista, de la calle de Alcalá, al banquete-homenaje que los poetas y amigos de la generación de 1925 ofrecen a la hispanista francesa Matilde Pomès, traductora al francés de aquellos poemas. Y el 12 de abril, día histórico de las elecciones municipales, recorre, con su amigo Carlos Morla, un Madrid enfervorizado, y presencia las cargas de caballería contra intentos de manifestaciones republicanas. Y en casa de Morla, con muchos otros amigos, escritores, escucha por la radio el resultado de las elecciones, que dan el triunfo a los candidatos republicanos. La Monarquía vive sus últimas horas, y Madrid entero se lanza a la calle a demostrar su júbilo.

En mayo, las Ediciones Ulises publican su libro *Poema del cante jondo*, que Federico había escrito, o al menos comenzado, en 1921, teniéndolo desde entonces olvidado en un cajón. *Poema del cante jondo* es el libro de Andalucía, de la *Andalucía del llanto*, que canta su pena y su alegría acompañándose del son grave y melancólico de la guitarra: la *seguiriya*, la *soleá*, la *petenera*, la *saeta*, y retratos de viejos *cantaos*, de ríos y ciudades andaluzas, conjuros y chumberas. Y la muerte misteriosa del Amargo, con la sierra de Granada al fondo. El libro tuvo cierto éxito popular, pero Federico no esperó siquiera a ver las reseñas de los críticos. El verano se echaba encima, y el poeta, como cada año, escapa a su campo granadino, a la Huerta de San Vicente, donde trabaja a gusto en su obra. Desde allí escribe a Carlos Morla y le anuncia que está termi-

nando el tercer acto de su drama *Así que pasen cinco años* y que trabaja en *El retablillo de don Cristóbal*. En sus cartas de ese verano se nota que es enteramente feliz y que está satisfecho de ver cómo avanza en su trabajo. «Yo sigo bien —escribe a Morla— en este ambiente tan dulce y lleno de belleza.»

Cuando el verano termina, Federico regresa en septiembre a Madrid, y vuelve al círculo, cada vez más ancho, de sus amigos. La casa de Carlos Morla, sobre todo, es lugar frecuente de reuniones, en las que encuentran a muchos de ellos. Ante todo, algunos de sus íntimos: Rafael Martínez Nadal, Salvador Quinteros, Santiago Ontañón, el capitán Iglesias, Manolo Altolaquirre. Pero también desfilan por ella Agustín de Figueroa, el conde de Yebes, Víctor María Cortezo, Eugenio Montes y otros muchos. Allí lee Federico por primera vez, ante un numeroso grupo de amigos, su drama *Así que pasen cinco años*. A la lectura asisten también Victoria Ocampo y María de Maeztu. Cuando no lee o recita, Federico suele improvisar, en colaboración con Santiago Ontañón o Rafael Martínez, funciones divertidísimas, *sketchs* llenos de fantasía y de gracia. Carlos Morla recuerda en su libro sobre el poeta la noche en que Federico imitó divertidamente unas danzas de la famosa bailarina Tórtola Valencia, y de Mata Hari. El 1 de noviembre, con Morla y Rafael Martínez, Federico asiste a la representación de *Don Juan Tenorio*, y confiesa a sus amigos que las dos obras que le hubiese gustado más escribir son *Romeo y Julieta* y *Don Juan Tenorio*.

9. La Barraca y otras experiencias

En una de las reuniones que se celebraban en casa de Morla, Federico dio a conocer un gran proyecto, al que pensaba dedicar todo su tiempo y su entusiasmo: un teatro universitario ambulante que se llamaría La Barraca, y habría de llevar a todos los pueblos de España, como el antiguo carro de la Farándula, lo mejor del teatro clásico español, desde los entremeses de Cervantes a los



García Lorca ante un cartel de La Barraca, el grupo de teatro universitario que, bajo su dirección y con el apoyo del Ministerio de Instrucción Pública, representó diferentes obras, principalmente de autores del Siglo de Oro español, en diversos lugares de España, obteniendo un gran éxito popular y numerosas críticas favorables.

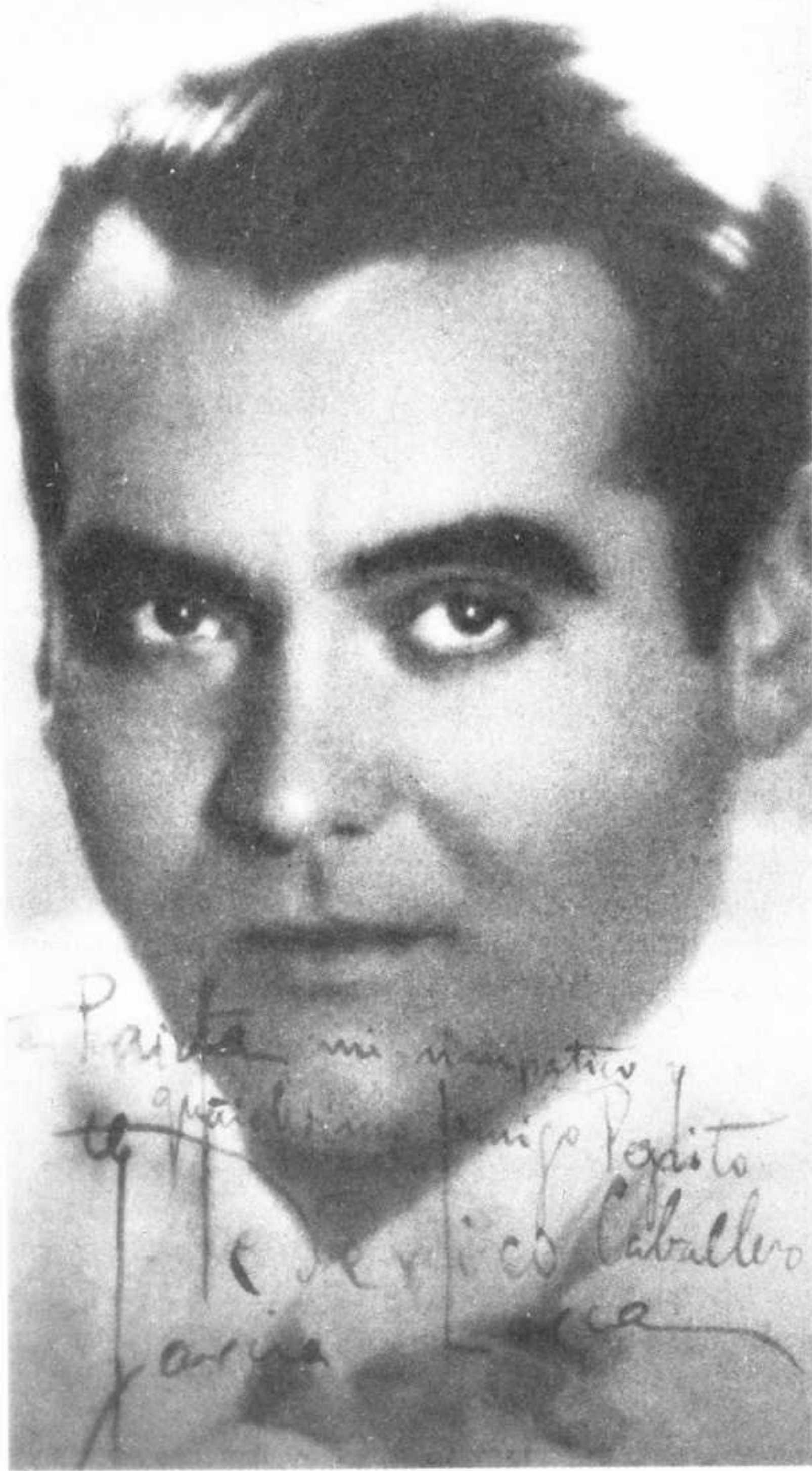
dramas de Lope y Calderón. El proyecto encontró pronto el apoyo decidido del ministro de Instrucción Pública, don Fernando de los Ríos, viejo amigo de la familia Lorca, y el entusiasmo de un grupo de muchachos y muchachas universitarios, principalmente de la Facultad de Filosofía y Letras. La simpatía de Federico lograba todas las colaboraciones necesarias. Eduardo Ugarte colaboraría en la dirección, y varios pintores jóvenes —Manuel Angeles Ortiz, Benjamín Palencia, José Caballero— se ofrecieron a trabajar en los decorados y figurines. Como secretario actuó, desde febrero de 1933, un muchacho inteligente, socialista, Rafael Rodríguez Rapún, que pronto se hizo gran amigo del poeta.

El 6 de julio de 1932 comenzaron los ensayos en la Residencia de Señoritas, y la primera actuación tuvo lugar el mismo mes en la plaza de Burgo de Osma, representándose dos entremeses de Cervantes, *La guarda cuidadosa* y *La cueva de Salamanca*. Federico atendía incansable a todos los detalles: no sólo al trabajo y a la voz de los actores, sino a la iluminación, a los trajes, a los decorados. La Barraca recorrió muchos pueblos y ciudades de todas las regiones de España, y en todas partes era bien recibida. Federico encontraba siempre el público que él prefería: «El público de obreros —dirá en una ocasión—, gente sencilla de los pueblos..., y estudiantes y gentes que trabajan y estudian. A los señoritos y a los elegantes, sin nada dentro, a éstos no les gusta mucho, ni nos importa a nosotros.» El repertorio era todo él clásico: églogas de Juan del Encina, piezas de Lope de Rueda, entremeses de Cervantes; *La vida es sueño* y *El gran teatro del mundo*, de Calderón; *El burlador de Sevilla*, de Tirso; *Fuenteovejuna*, de Lope, y una sola obra moderna, la *Historia del soldado*, de Ramuz, con música de Stravinski. Animada por el espíritu entusiasta e incansable de Federico, La Barraca recorría pueblos y ciudades de Castilla, de Galicia, de Andalucía, de Levante... En Zamora, Unamuno se entusiasmó con la representación de *El burlador*. Las representaciones en Madrid, en el paraninfo de la Universidad Central, lograron un triunfo apoteósico, y lo mismo ocurría en la Universidad de Verano para extranjeros en Santander.

Tres muestras de las actividades de La Barraca: arriba, los actores Manuel Puga y Carmen Galán durante la representación de *El caballero de Olmedo*, de Lope de Vega, con decorados del pintor José Caballero; en el centro, La Barraca a su llegada a Ciudad Real; abajo, una escena de *Fuenteovejuna*, obra de Lope de Vega para cuya escenificación se realizaron decorados del pintor y escultor toledano Alberto.



Federico no olvidaba ningún detalle, y se preocupaba con cariño de que todo se hiciera lo mejor posible. Pablo Neruda ha recordado que cuando preparaba el montaje del *Peribáñez de Lope*, salió a recorrer los más olvidados rincones y pueblos de Extremadura, hasta encontrar los trajes auténticos del siglo XVII, que las viejas familias campesinas guardaban en sus arcas, heredadas de generación en generación. «Volvió —escribe Neruda— con un cargamento prodigioso de telas azules y doradas, zapatos y collares, ropaje que



Federico y Eduardo Ugarte, uno de sus más destacados colaboradores en las actividades de La Barraca. Ambos aparecen vestidos con el traje de faena característico del grupo teatral.

Fotografía dedicada por Federico García Lorca al pintor onubense José Caballero, amigo y colaborador suyo en las tareas de La Barraca.



por primera vez veía la luz desde siglos. Su simpatía irresistible lo obtenía todo.» Y es que Federico sentía por La Barraca el cariño que se siente por una creación propia que se sabe lograda y necesaria. «La Barraca —declaró a un periodista durante su estancia en Buenos Aires— es para mí toda mi obra, la obra que me interesa, que me ilusiona, más todavía que mi obra literaria; como que por ella muchas veces he dejado de escribir un verso o de concluir una pieza.»

Sin embargo, La Barraca no impedía a Federico seguir trabajando en su obra y cultivando el círculo de sus amigos más íntimos. Frecuentaba la casa de Morla, de Vicente Aleixandre —donde le escuché más de una vez cantar canciones populares, acompañándose al piano—, de Manolo Altolaguirre, y, siempre que podía, gustaba de hacer excursiones a pueblos y ciudades de la vieja Castilla, en compañía de algunos amigos: Morla, Martínez Nadal, Agustín de Figueroa... Viajes a Toledo, a Aranjuez, a Cuenca —donde pasó la Semana Santa de 1932—, a Sigüenza, a Alcalá.

En enero de 1932, a raíz de la muerte de la pintora María Blanchard, ocurrida en París, intervino Federico en un acto de homenaje a aquella artista, organizado por la Unión Republicana Femenina, en el Ateneo madrileño, leyendo unas bellas cuartillas cuyo manuscrito regaló Federico a Josefina de la Maza. En marzo y abril desarrolló una intensa actividad de conferenciante, invitado



Los miembros de La Barraca, durante un viaje que el grupo teatral universitario realizó a Galicia. Con Federico aparecen las actrices M.^ª Carmen García Largoity, Ketty Aguado, Julia Rodríguez Mata y Pilar Aguado, y los actores Arturo Ruiz Castillo, Modesto y Jacinto Higuera, Pedro M. González Quijano, Joaquín Sánchez Covisa, Arturo Sáenz de la Calzada, Alvaro Muñoz, Diego Marín y Alvaro Ormaechea.

◀ Invitado por el Comité de Cooperación Intelectual, organismo fundado durante la República, García Lorca hizo un viaje a Galicia en la primavera de 1932. La fotografía está tomada junto a la iglesia de San Francisco, en Betanzos, y en ella el poeta aparece con varios amigos gallegos: Ramón Fernández Cid, José Álvarez Sánchez-Heredero, Francisco Esteve Barba y José Barbeito.

por el Comité de Cooperación Intelectual, creado por la República. Dio conferencias en la Residencia de Señoritas de Madrid, en Valladolid, en Sevilla, en San Sebastián y en Galicia. El viaje a Galicia fue especialmente interesante para Federico, y de él iban a surgir sus *Seis poemas galegos*. Dio varias conferencias en La Coruña y en Santiago. En esta última ciudad, sobre todo, ese puñado de jóvenes inquietos que mantienen en cada provincia española el amor a la poesía y al arte, le recibió con entusiasmo. Lo formaban,



Federico, con el uniforme de La Barraca, acompañado de unos amigos, en la playa de Alicante. La fotografía fue hecha en 1932 por Juan Guerrero Ruiz.

entre otros, Arturo Cuadrado, el pintor Maside, el malogrado poeta Feliciano Rolán —a cuya muerte prematura dedicó Federico unas hermosas líneas—, Ernesto Pérez Guerra, Carlos Martínez Barbeito, Domingo García-Sabell, Luis Manteiga, Alvaro Ruibal, el pintor Seoane. Con ellos paseó incansablemente por las rúas santiaqueñas, admiró cada maravilla de la ciudad y fue a depositar unas flores en la tumba de Rosalía de Castro, en el convento de Santo Domingo, lo cual no era un simple gesto protocolario, porque Federico amaba la poesía de Rosalía, y solía poner a la poetisa gallega en el lugar más alto de nuestra lírica del siglo XIX. Más tarde confesaría a un periodista en Buenos Aires: «Llevo a Galicia en el corazón, porque en ella he vivido y soñado mucho.» Los *Seis poemas galegos*, que la editorial Nos editó en 1936, fueron el homenaje a la tierra de la *saudade* y de Rosalía.

Otro viaje hizo Federico en la primavera de 1932. Con sus amigos Carlos Morla y Rafael Martínez Nadal pasó unos días en



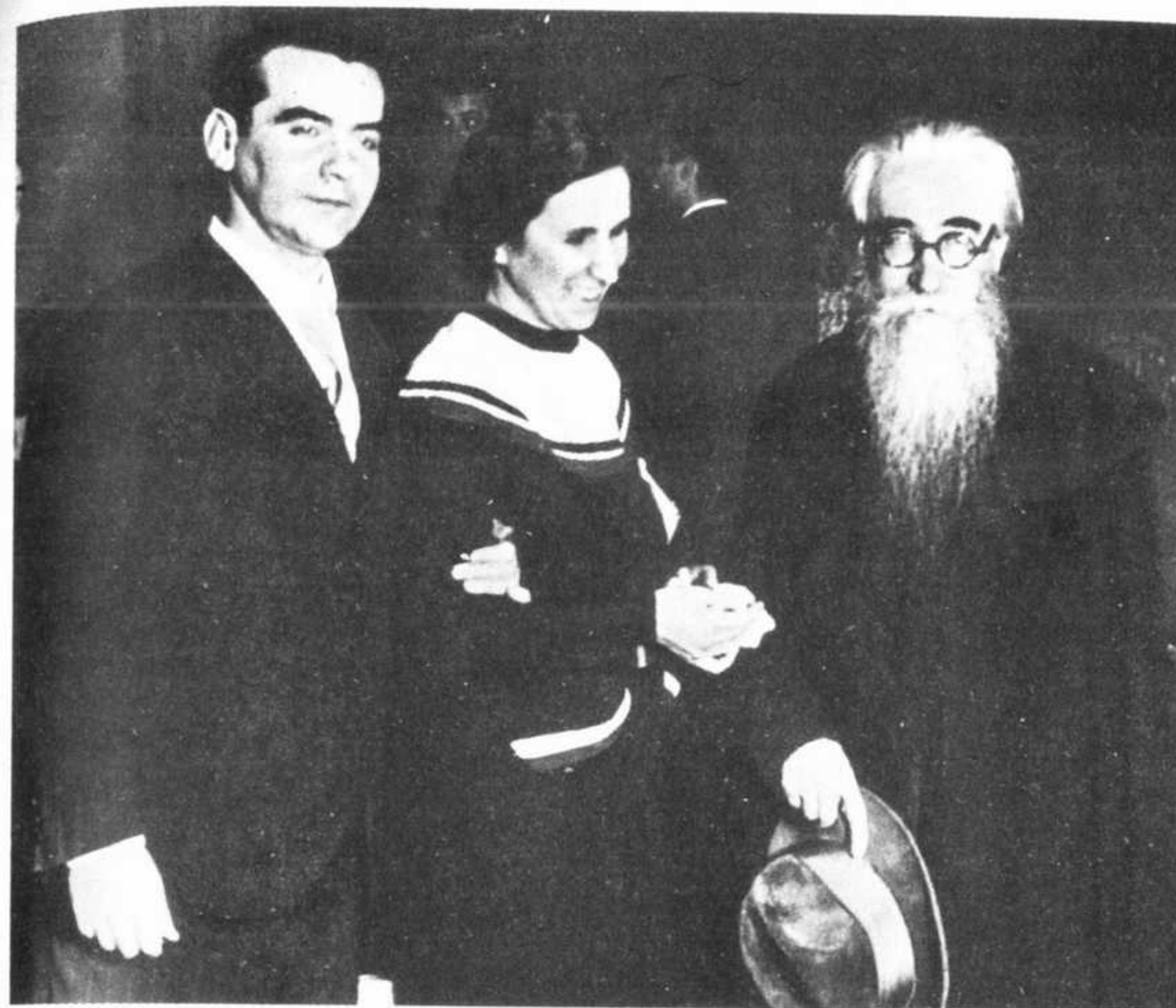
García Lorca, con bufanda blanca, rodeado de los miembros de La Barraca. La señora del sombrero acompañaba a las estudiantes integrantes del grupo en calidad de señorita de compañía.

Salamanca, donde, invitado también por el Comité de Cooperación Intelectual, dio su conferencia sobre «Arquitectura del cante jondo», y tuvo ocasión de encontrar de nuevo a don Miguel de Unamuno, con quien paseó por la hermosa plaza Mayor y por las calles de la vieja ciudad. De regreso en Madrid, preparó intensamente las actuaciones de La Barraca, con la que viajó todo el verano, después de su presentación en la capital, saludada con entusiasmo por Enrique Díez Canedo en *El Sol*. En septiembre se toma un descanso en Madrid, y lo aprovecha para leer en casa de Morla su nueva tragedia *Bodas de sangre*. Pero en diciembre ya está de nuevo de gira con La Barraca, que da representaciones en Granada, en Alicante, en Barcelona, donde además lee Federico, en el distinguido Conferencia Club, su libro *Poeta en Nueva York*. El éxito le acompaña a donde va, y ya se ha acostumbrado a él, sencillamente, como una cosa natural más en su vida, sin el menor envanecimiento.



Federico con la actriz Josefina Díaz de Artigas, vestida para representar el personaje protagonista de *Bodas de sangre*, obra que se estrenó el 8 de marzo de 1933 en el teatro Beatriz de Madrid.

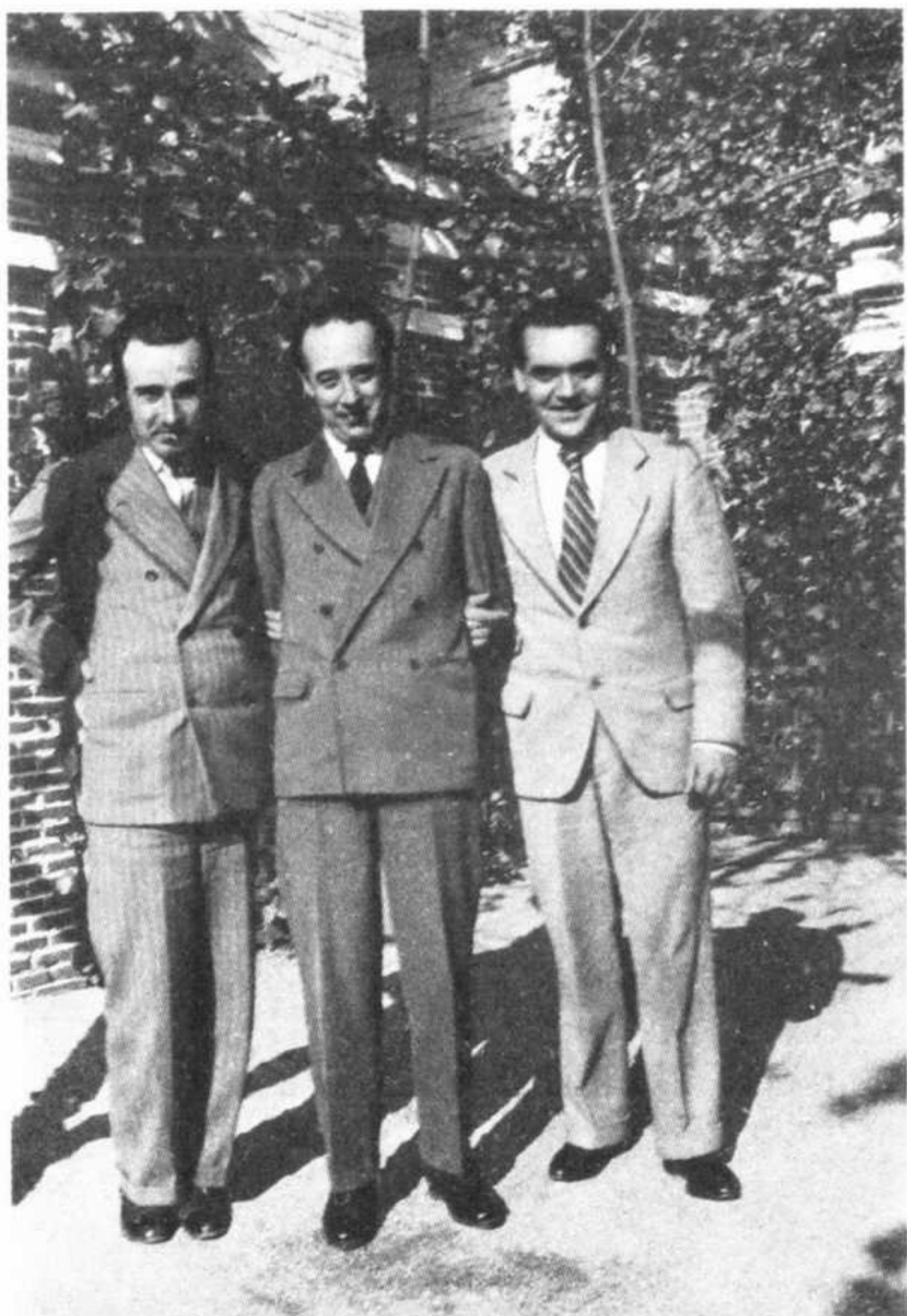
Se abre 1933 para el poeta con su primer gran éxito dramático: el estreno de *Bodas de sangre*, en el teatro Beatriz, de Madrid, la noche del 8 de marzo, por la compañía de Josefina Díaz de Artigas, con decorados de Fontanals y Ontañón. El todo Madrid intelectual asistió a este triunfal estreno. Allí estaban Jacinto Benavente, Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset, Eduardo Marquina, los hermanos Quintero y la generación del 27 en pleno: Jorge Guillén, Aleixandre, Altolaguirre, Cernuda... La obra se mantuvo algunos meses en cartel. Como es sabido, *Bodas de sangre* se basa en un suceso real, que publicaron los periódicos, y que tuvo por escenario un pueblo de la provincia de Almería. De aquel suceso hizo Federico un hermoso ejemplo de poesía dramática, una tragedia que arranca del más desnudo realismo, para elevarse, en el momento oportuno, a un plano de alta poesía y de fantasía simbólica. En ese momento de su obra de autor dramático había comprendido ya Federico que a un drama encerrado en el verso siste-



García Lorca con Ramón del Valle-Inclán y Pura Ucelay, directora del Club Teatral Anfistora, que en junio de 1936 preparaba el estreno, frustrado por la guerra, de *Así que pasen cinco años*.

mático le faltaban alas para elevarse a la gran poesía que es toda tragedia. Por eso, a partir de *Bodas de sangre*, dejará entrar al verso sólo cuando «el frenesí del tema» lo exija.

En la primavera de 1933 Federico colabora con Pura Ucelay en la creación de los Clubs Teatrales de Cultura, cuyo objetivo —dice Federico— es hacer arte al alcance de todo el mundo. Los Clubs Teatrales de Cultura surgen contra el teatro ñoño y cursi de las sociedades recreativas, en las que «el baile y la cuchipanda teatral son la principal razón de su existencia». En abril inaugura su actividad el Club Teatral de Madrid, con la representación de dos piezas de Federico, una ya estrenada por Margarita Xirgu, *La zapatera prodigiosa*, y otra completamente inédita y que Federico tenía escrita desde 1928, *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*, «aleluya erótica en cuatro cuadros». Su estreno tiene lugar en el teatro Español, la noche del 5 de abril, en versión de cámara, con decorados de Santiago Ontañón, y bajo la dirección del propio



Federico con Gerardo Diego y el compositor Oscar Esplá, en el restaurante madrileño Buenavista (1931).

Federico. La música de fondo era de Scarlatti, y el papel de Don Perlimplín fue desempeñado por Ontañón, tan buen actor como escenógrafo. La obra, bien acogida por la crítica, no tuvo, sin embargo, el éxito que había logrado *Bodas de sangre*. El día del estreno declaró Federico que había querido dar a esa primera representación el carácter de versión de cámara, porque no había desarrollado aún el tema en toda su complejidad. «Es el boceto de un drama grande —declaró a un periodista—, y no he puesto en él más que las palabras precisas para dibujar los personajes.» Aun así, siempre me ha parecido *Don Perlimplín* una de las piezas más deliciosas y poéticas de Federico, que definió a su personaje como «el hombre menos cornudo del mundo». «Su imaginación se despierta con el tremendo engaño de su mujer; pero él luego hace cornudas a todas las mujeres que existen.»

La vida de Federico en estos últimos años de su existencia es

A Federico le gustaba mucho asistir a las verbenas madrileñas. Esta imagen, en la que el poeta aparece con un grupo de amigos, corresponde a una de ellas. En primer término, el torero Pepe Amorós; en segunda fila, de izquierda a derecha, los pintores José Caballero y Juan Antonio Morales, y el secretario de La Barraca, Rafael Rodríguez; detrás, Adolfo Salazar, Eduardo Ugarte y García Lorca.



un incesante ir y venir, conocer gentes de todas clases, asistir a todo lo que de interesante, en teatro y en arte, se daba entonces en la capital de España. Le gustaba ir al cine, le encantaba la zarzuela —vio muchas veces *La verbena de la Paloma*; *Agua, azucarillos y aguardiente*; *La Gran Vía*—, y no se perdía ningún año la representación del *Tenorio*. Aunque le aburrían las conferencias, asistía de vez en cuando a alguna. Acude al Ateneo a oír a Kerenski —«un pobre hombre con una levita negra», comentó a la salida—, asiste a las representaciones del Teatro de Arte de Moscú, y a numerosos conciertos: del guitarrista Regino Sáinz de la Maza, buen amigo suyo; del pianista Claudio Arrau, de la orquesta que dirige Gustavo Pittaluga, fino artista, que cuenta también entre sus amigos... Y en casa de Carlos Morla, a la que acude casi diariamente, conoce a multitud de personas: diplomáticos, artistas, toreros, filósofos, poetas... Allí encuentra a María de Maeztu, a Victoria Ocampo, a Ga-



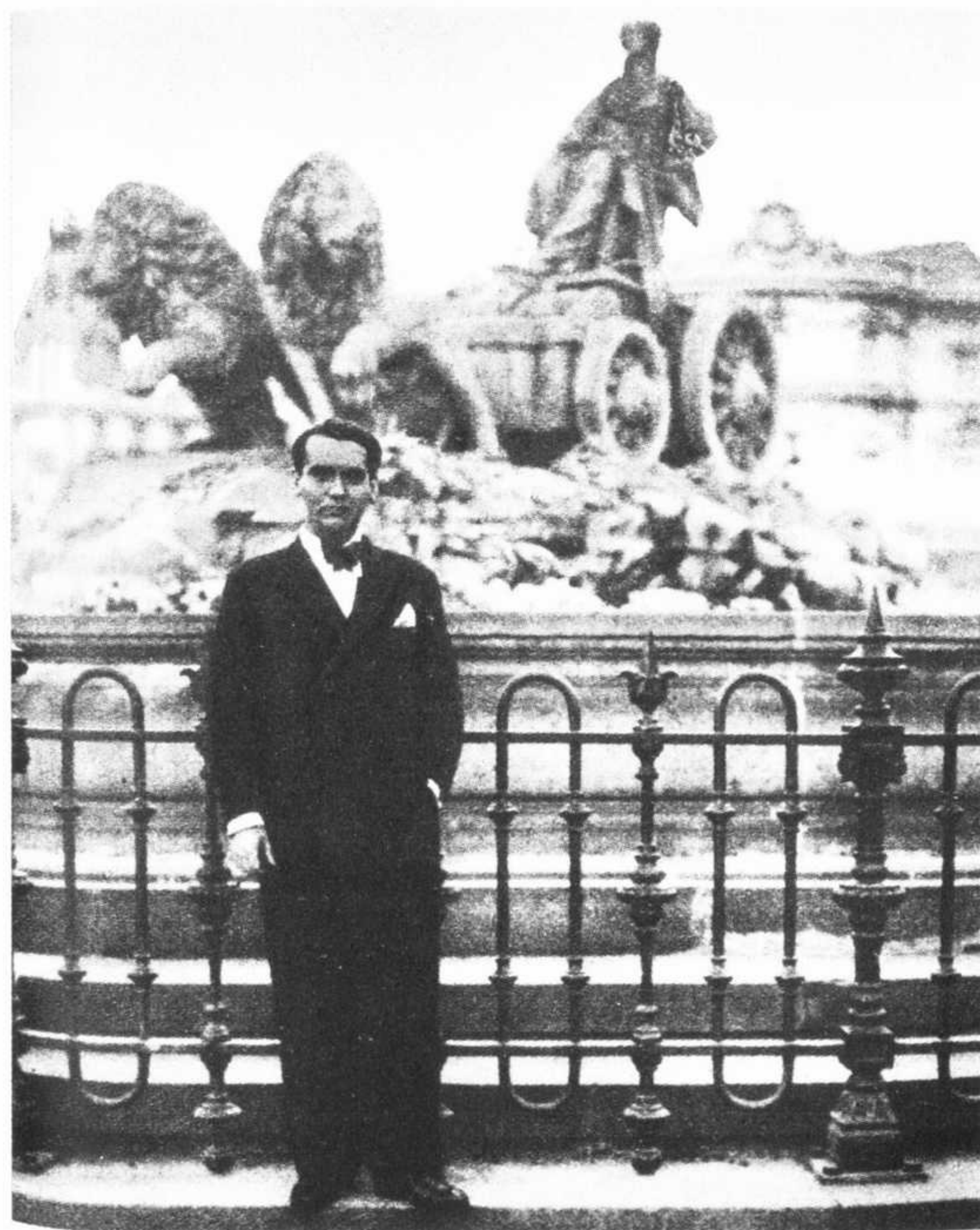
Federico en el cigarral toledano de Gregorio Marañón, durante una visita que el poeta hizo al destacado intelectual en 1934.

Ante la fuente de la plaza de Cibeles, en Madrid, 1933. Esta fotografía apareció en la revista Blanco y Negro, el 5 de marzo de 1933, ilustrando una entrevista concedida por el poeta a Luis Méndez Domínguez.

briela Mistral, a la duquesa de Dato, al poeta chileno Vicente Huidobro, al profesor Nicolai, a la escritora rusa Anna Kachina, mujer del dramaturgo Evreinov. Su actividad es incansable, y parece increíble que tenga tiempo para todo, incluso para escribir cartas. De ese momento intenso de su vida (1933) es la que escribe al poeta Miguel Hernández, cuando éste se le queja amargamente del poco caso que hacen los críticos a su primer libro, *Perito en lunas*:

«Mi querido poeta: No te he olvidado. Pero vivo mucho, y la pluma de las cartas se me va de las manos. Me acuerdo mucho de ti, porque sé que sufres con esas gentes puercas que te rodean, y me apeno de ver tu fuerza vital y luminosa encerrada en el corral y dándose topetazos por las paredes. Pero así aprendes. Así aprendes

des a superarte, en ese terrible aprendizaje que te está dando la vida. Tu libro está en el silencio, como todos los primeros libros, como mi primer libro, que tanto encanto y tanta fuerza tenía. Escribe, lee, estudia, ¡lucha! No seas vanidoso de tu obra. Tu libro es fuerte, tiene muchas cosas de interés y revela a los buenos ojos *pasión de hombre*; pero no tiene más cojones, como tú dices, que los de casi todos los poetas consagrados. Cálmate. Hoy se hace en España la más hermosa poesía de Europa. Pero por otra parte la gente es injusta. No se merece *Perito en lunas* ese silencio estúpido, no. Merece la atención y el estímulo y el amor de los buenos. Ese lo

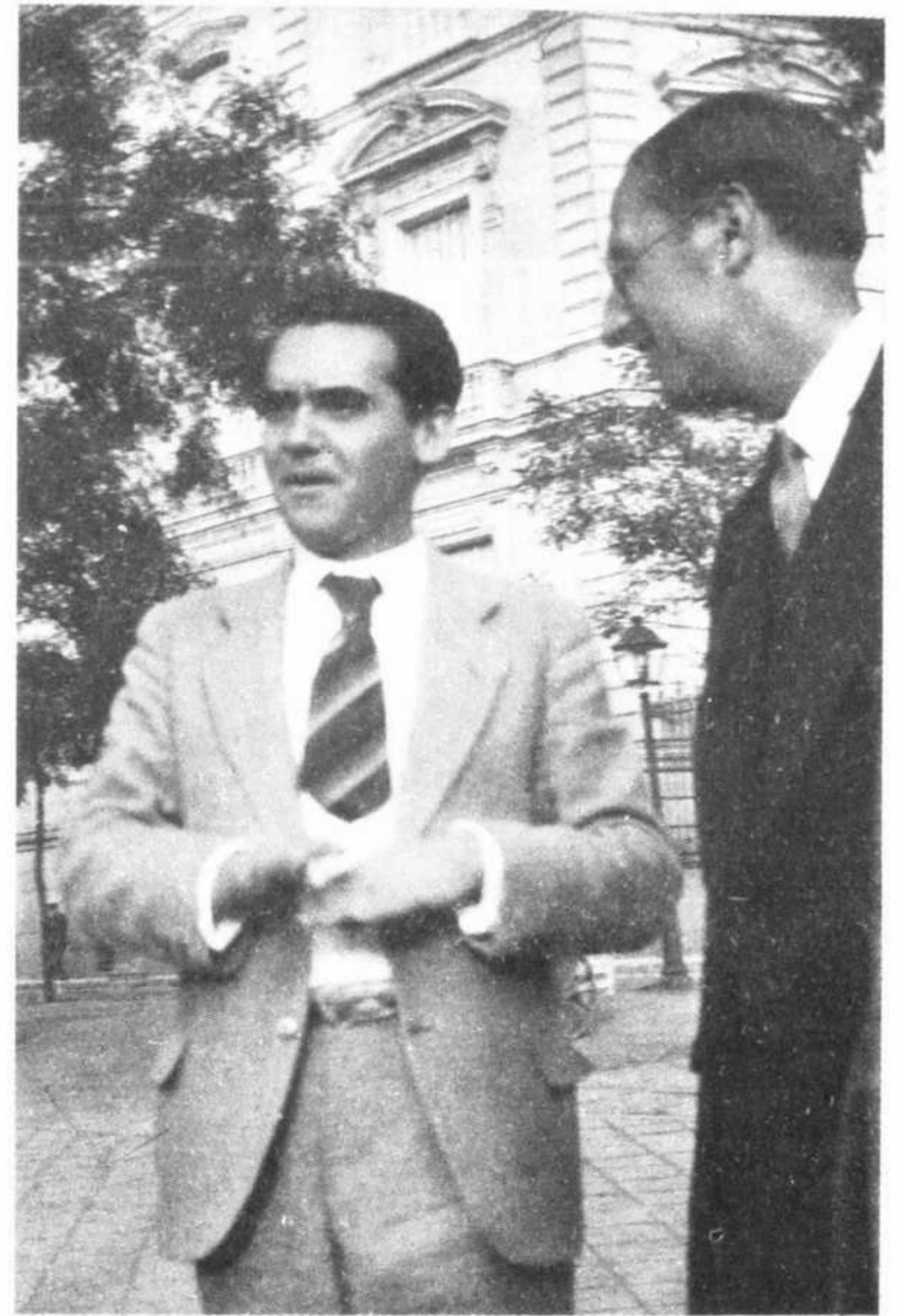




Con motivo de un viaje que el torero y escritor Ignacio Sánchez Mejías hizo a Madrid, se reunieron con él varios amigos poetas y prosistas de la generación del 27. De izquierda a derecha, Pedro Salinas, Sánchez Mejías y Jorge Guillén, en primera fila; detrás, Antonio Marichalar, José Bergamín, Corpus Barga, Vicente Aleixandre, García Lorca y Dámaso Alonso.

tienes y lo tendrás, porque tienes la sangre de poeta y hasta cuando en tu carta protestas tienes en medio de cosas brutales (que me gustan) la ternura de tu luminoso y atormentado corazón. Yo quisiera que pudieras superarte de la obsesión, de esa obsesión de poeta incomprendido, por otra obsesión más generosa política y poética. Escríbeme. Yo quiero hablar con algunos amigos para ver

García Lorca con el también poeta y destacado miembro de la generación del 27 Jorge Guillén, en una calle madrileña.



si se ocupan de *Perito en lunas*. Los libros de versos, querido Miguel, caminan muy lentamente. Yo te comprendo perfectamente y te mando un abrazo mío fraternal lleno de cariño y camaradería. Federico.»

«... Pero vivo mucho...» Sí, Federico vivía intensamente la vida, la sorbía a grandes tragos, gustaba de sus más varios sabores. Y a veces solía improvisarla, dejar lo conocido por lo más inesperado. Perseguir la aventura, lo nuevo de cada día. «Cuando prometía —ha contado María Teresa León— entre sus risas sonoras ir a una comida o volver a una fiesta, si algo se le cruzaba en el camino, dejaba la sopa humeante o la reunión fracasada porque le llamaban misteriosas voces, a las que acudía, sin importarle lo que atrás dejaba.» Así dejó plantada una tarde entera a toda la compañía de Paulina Singerman, a la que debía leer *Bodas de sangre*, porque



La Barraca en Alicante. Federico presenta con un gesto de la mano a Pedro Salinas ante un grupo de actores y colaboradores del conjunto teatral. El camión que los actores utilizaban para sus desplazamientos recibía el irónico nombre de «la bella Aurelia».

La hermana del poeta, Isabel García Lorca, y Laura de los Ríos, que más tarde se casaría con Francisco García Lorca, con el uniforme de La Barraca, en Alicante, 1932.

minutos antes de la cita le invitaron unos amigos a beber unas copas. A pesar del interés que tenía para él y para su obra aquella lectura, de la que podía depender un estreno, prefirió la inesperada reunión de amigos. La vida podía en él más que la obra.

Antes del verano —estamos ya en 1933— todavía tiene tiempo para dar una conferencia sobre Granada en la Residencia de Estudiantes: «Paraíso cerrado para muchos y abierto para pocos», con la colaboración de la *Argentinita*, que canta fandanguillos y tangos



andaluces, como ilustración de las palabras del poeta. Y en la misma Residencia, que era su otra casa, tiene lugar otro acontecimiento musical, en el que Federico colaboró activamente: la representación de *El amor brujo*, de Falla, bailado por la *Argentinita* y el bailarín Ortega, con la colaboración de tres viejas bailarinas que fueron célebres: la *Malena*, la *Macarrona* y la *Fernanda*.

Llega el verano de 1933, y encontramos a Federico lleno de proyectos, como siempre. En julio, el periodista José S. Serna le



Tres buenos amigos de Federico: Carlos Morla, con boina vasca, el poeta francés Jean Prévost y su esposa, Marcelle Auclair, traductores estos últimos de García Lorca al francés. La fotografía está tomada en el muelle de Somo (Santander), en 1933.

hace una entrevista en *El Heraldo de Madrid*, y en ella, después de mostrar su entusiasmo por Góngora y por Espronceda —«ahora vamos a combatir por la reivindicación del autor de *El estudiante de Salamanca*»—, anuncia Federico las obras de poesía y teatro que tiene terminadas en ese momento, y que quiere ir publicando: «Ya sabe usted mi norma —declara—: tarde, pero a tiempo. Así aparecerán *Poeta en Nueva York*, *Tierra y Luna*, *Odas*, una cosa muy fuerte y muy clásica a la vez; *Porque te quiero a ti solamente* (tanda de valsés)... Y también mi teatro, mis ocho o nueve obras dramáti-

cas: *Mariana Pineda*, en una edición nueva, exquisita. Y *La zapatera prodigiosa*, y *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*, y *El público*, que no se ha estrenado ni ha de estrenarse nunca, porque... “no se puede estrenar”. Y *Así que pasen cinco años*, la leyenda del tiempo, cuyo tema es ése: el tiempo que pasa... Y *Bodas de sangre*» Finalmente, anuncia que *Así que pasen cinco años* va a ser estrenada por el Club Teatral de Cultura, «fundado por mí, y cuya alma es una gran artista: Pura Ucelay». Confiesa al periodista que trabaja actualmente en *Yerma*, que ha de entregar a Margarita Xirgu. Y que su trilogía dramática será completada con una tercera tragedia, «que está madurando ahora dentro de mi corazón; se titulará *La destrucción de Sodoma*».

Pero todos estos proyectos no le impiden cumplir con su obligación, que es al mismo tiempo su gusto, de director de La Barraca. Con ella va ese mismo verano al norte, y da una serie de representaciones en Santander, en la Universidad Internacional, instalada en el palacio de la Magdalena. Allí encuentra a muchos amigos: a Pedro Salinas, entonces secretario y alma de aquella universidad veraniega; a Jorge Guillén, a Dámaso Alonso, a Gerardo Diego, a Herschel Brickell, que fue uno de sus mejores amigos en Norteamérica; a Jean Prévost y Marcelle Auclair, que han traducido *Bodas de sangre* al francés... Con algunos de estos amigos hace una breve excursión al pueblecito de Somo, para ver al matrimonio Morla, que allí veranea.



García Lorca durante su estancia en Buenos Aires, en 1934. El poeta se desplazó a Argentina para dar una serie de conferencias y asistió al éxito apoteósico de *Bodas de sangre*.

10. Viaje a Argentina y últimas obras

A fines de agosto de 1933 La Barraca se toma unas vacaciones, y Federico marcha a Granada a descansar. Pero su descanso dura sólo unas semanas. En septiembre regresa a Madrid para preparar su viaje a Argentina. Ha aceptado una invitación de la Sociedad de Amigos del Arte, una de las más prestigiosas del país, para dar una serie de conferencias en Buenos Aires y asistir al éxito de *Bodas de sangre*, que allí se representa por la compañía de Lola Membrives. Hace el viaje en compañía de Manuel Fontanals, amigo suyo y decorador de algunas de sus obras, y ambos desembarcan en el puerto de Buenos Aires el 13 de octubre. En el muelle los esperan los tíos de Federico, Francisco y María, y Gregorio Martínez Sierra. En Buenos Aires da varias conferencias —«Juego y teoría del duende», «El canto primitivo andaluz», *Poeta en Nueva York*, «Nanas infantiles»...— y el 25 de octubre pronuncia unas palabras de saludo a la ciudad en el teatro Avenida, con motivo de la reposición de *Bodas de sangre* por la compañía de Lola Membrives. El 21 de noviembre alcanza la obra las cien representaciones, con éxito si cabe mayor que el primer día, y Federico es objeto de un homenaje en el Avenida, al que corresponde leyendo algunas de sus canciones y romances. Su arte y su simpatía han conquistado Buenos Aires, y los homenajes y las entrevistas para la prensa se suceden. El 1 de diciembre le estrena Lola Membrives, en el Avenida, *La zapatera prodigiosa*, con el mismo éxito que *Bodas de sangre*. Cada noche Federico recita el prólogo de la obra, sobre su cabeza una chistera de color verde, de la que salía al final una paloma. El día 15 Federico organiza un fin de fiesta, representando tres canciones populares escenificadas: *Los Pelegrinitos*, *Los cuatro muleros* y *Canción de otoño en Castilla*, con la intervención de Lola Membrives. El 12 de enero, nuevo estreno de Federico y nuevo éxito, al representar la misma compañía su drama *Mariana Pineda*. Y a fines de ese mes, aceptando una invitación, se traslada a Montevideo, donde pronuncia algunas conferencias, asiste a un homenaje al



García Lorca con la actriz Lola Membrives. Al fondo puede verse el cartel anunciador de la representación número cien de Bodas de sangre en el teatro Avenida de Buenos Aires, a cargo de la compañía de la citada actriz.

pintor Barradas, a quien había conocido en Barcelona, y trabó amistad con los poetas Enrique Amorim y Alfredo María Ferreiro. A este último le habló con entusiasmo de La Barraca y de su ilusión de traerla a América, recordando unas representaciones en El Toboso, en honor de Dulcinea, ante cuatro mil labriegos que por primera vez se topaban con Calderón, y oyeron la obra con un sagrado silencio, «un silencio de oír volar moscas».

A mediados de febrero ya está Federico de vuelta en Buenos Aires, donde lee a la compañía de Eva Franco, en el teatro de la Comedia, su versión de *La dama boba*, de Lope, que se estrena en ese teatro el 3 de marzo con un éxito grande, que obligó a Federico, en una de las representaciones, a pronunciar una breve charla en homenaje a Lope. El éxito de Federico no es sólo popular. Lo mejor de la intelectualidad argentina le agasaja y le atiende. Como



El poeta recitando sus poemas ante los micrófonos de Radio Stentor, emisora de Buenos Aires, el 26 de marzo de 1934. Federico despertó gran admiración y simpatía tanto entre los intelectuales como entre el público argentino.

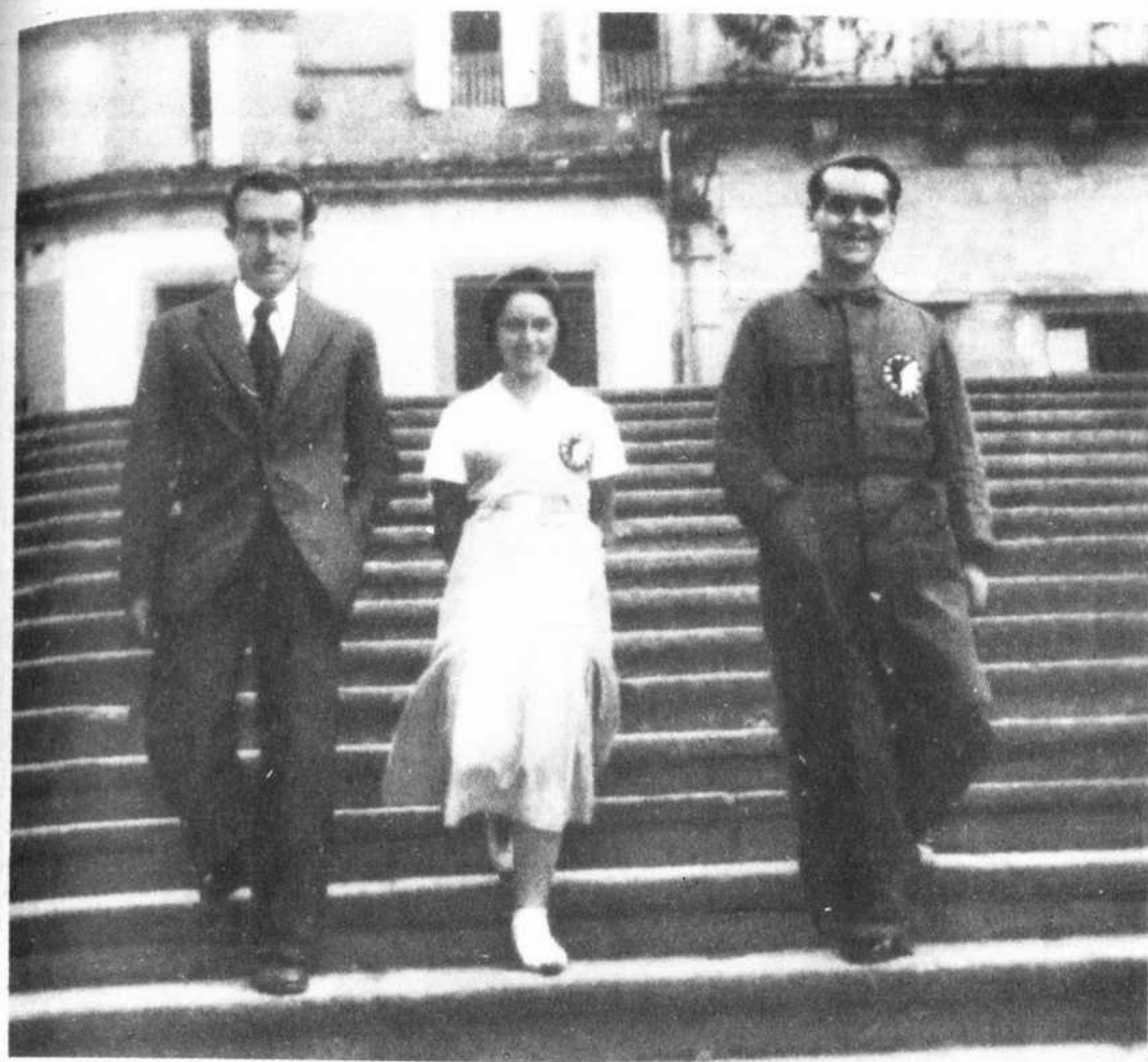
en todas partes adonde va, Federico hace nuevos amigos o reanuda amistades antiguas: Victoria Ocampo, Blanco Amor, Pablo Neruda, González Carbalho, Ricardo Molinari, César Tiempo, Pablo Suero, Alfredo La Guardia... El Pen Club le ofreció un banquete, en el que Federico y Neruda pronunciaron un discurso al alimón en homenaje a Rubén Darío.

La estancia del poeta en Buenos Aires toca a su fin. El 25 de marzo, para corresponder de algún modo al fervor del público, ofreció en el teatro Avenida una representación, con carácter de estreno, de *El retablillo de Don Cristóbal*, con la colaboración de Helena Cortesina y otros actores de la compañía de la Membrives. Dos días más tarde, el 27 de marzo, embarca con Fontanals en el transatlántico italiano *Conte Biancamano*, que el 30 hizo una breve escala en Río de Janeiro. Alfonso Reyes, el gran escritor mexicano,



Testimonio gráfico del homenaje ofrecido a García Lorca por los actores de La Barraca, en abril de 1934. En primera fila, de izquierda a derecha, Rafael Rodríguez Rapún, secretario de La Barraca, M.^o Carmen García Largoity, Federico, Carmen Galán, Ketty Aguado (?) y Eduardo Ugarte.

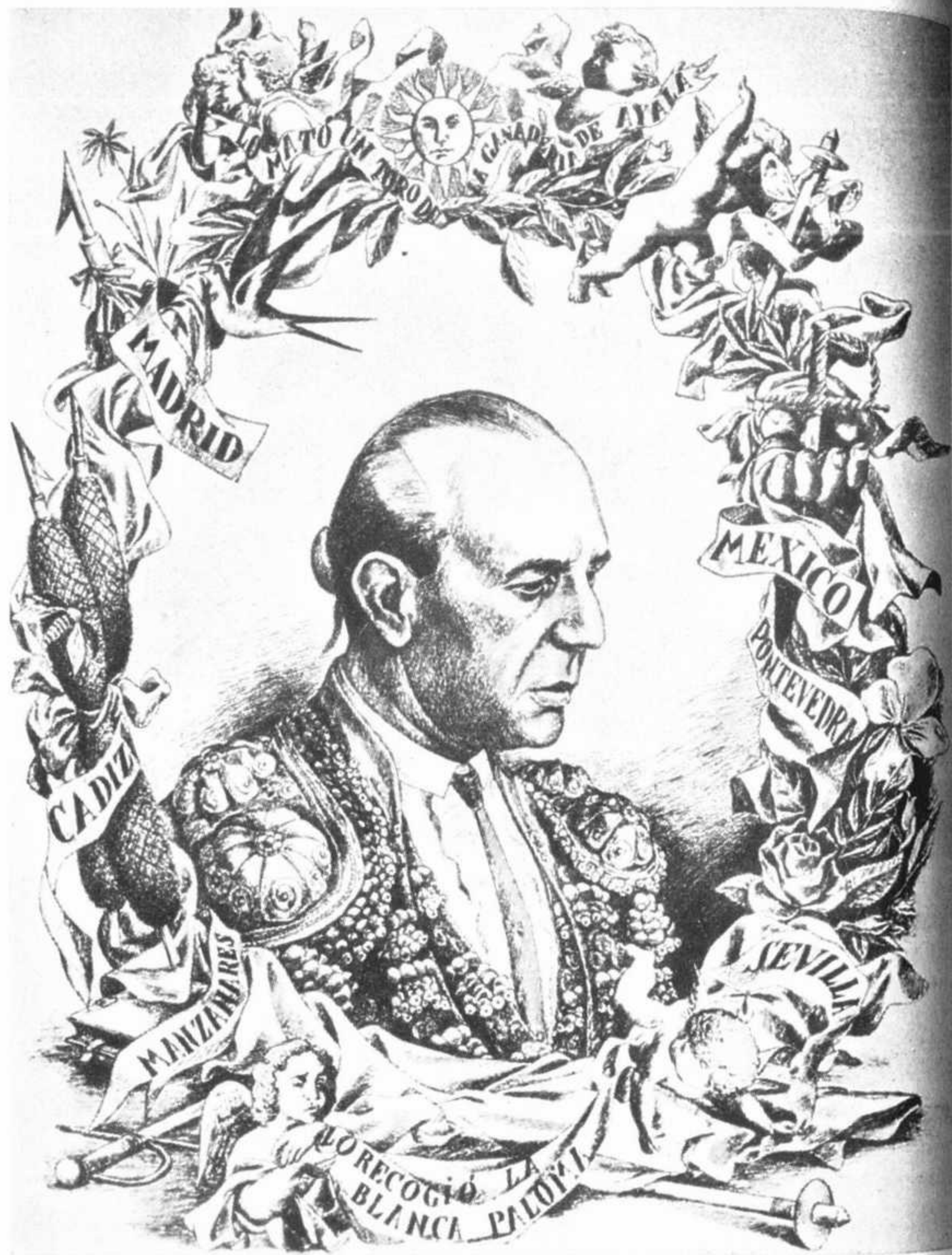
al que había conocido en Madrid, sube a bordo del buque para saludar al poeta, y le ofrece bellas mariposas del bosque virgen de Brasil, con las que decoró su casa madrileña. En abril, Federico está de nuevo en Madrid, instalado en el piso de Alcalá, 102 (hoy 96), que había tomado su familia. «Reaparición de Federico —anota Carlos Morla en su diario—, que llegó esta mañana de América, tostado, jubiloso, exuberante... Viene fascinado por el talento de Pablo Neruda, con quien se encontró en Buenos Aires.» La amistad con Neruda se hace más íntima cuando el poeta chileno llega a Madrid en el mes de julio, como cónsul de Chile, después de estar breve tiempo destinado en Barcelona. En casa de Morla, el gran poeta chileno es presentado a los habituales de aquellas reuniones de amistad y poesía. Neruda lee algunos de sus poemas inéditos, y



El poeta, con el uniforme de La Barraca, pasea por la plaza de La Quintana de Santiago de Compostela, acompañado de dos actores del grupo: Ketty Aguado y Arturo Sáenz de la Calzada. La Barraca hizo una tournée por Galicia en el verano de 1934.

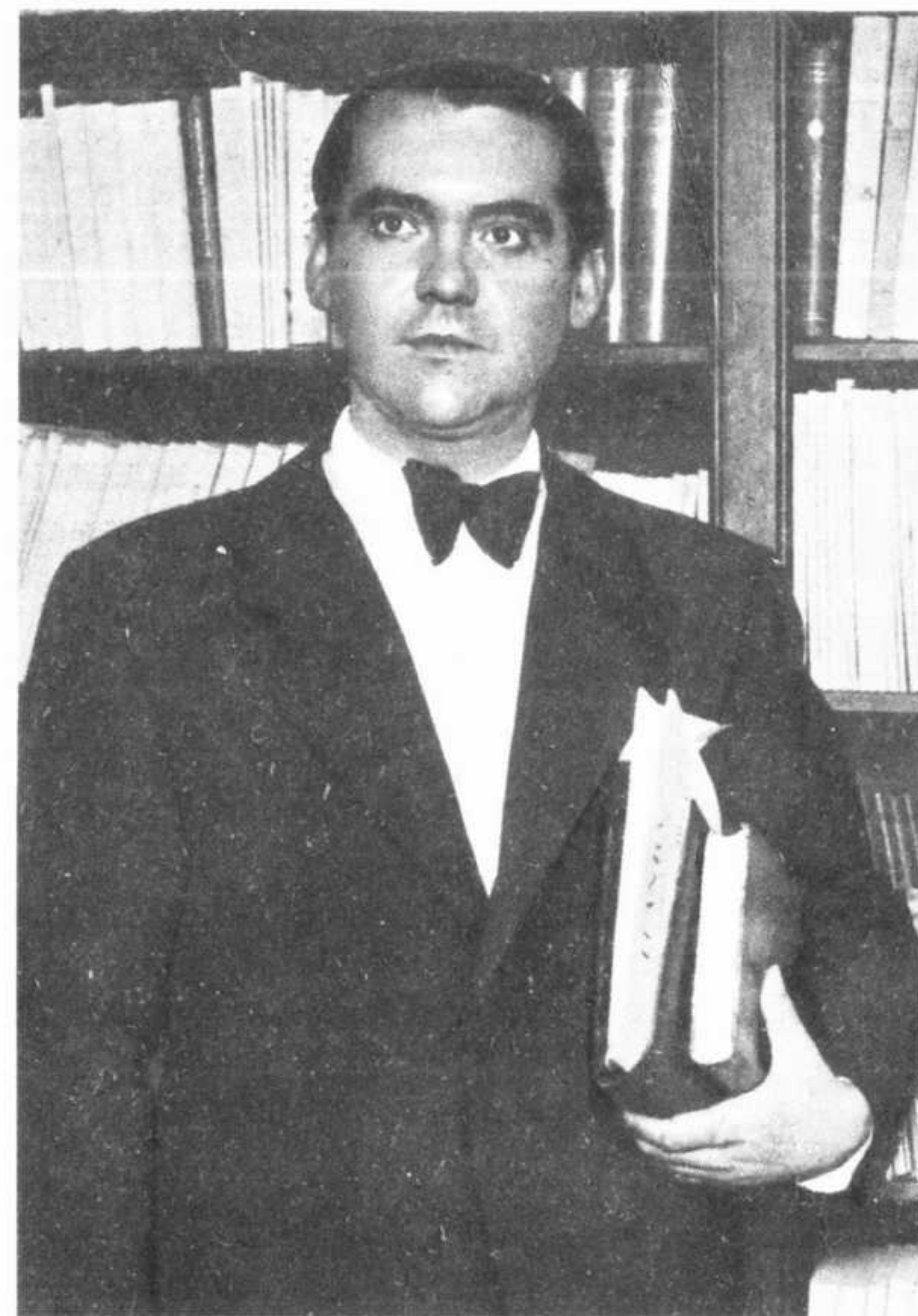
Federico recita algunos de sus poemas del *cante jondo* y canta peteneras acompañándose con la guitarra.

A comienzos del verano de 1934, Federico trabaja en las últimas escenas de *Yerma* y ensaya nuevas representaciones de La Barraca, que actúa en Santiago, en la renacentista plaza de La Quintana, y en Santander, adonde llega en agosto con su querida compañía. Y allí, entre una representación y otra, le llega la trágica noticia: su gran amigo Ignacio Sánchez Mejías ha muerto cogido por un toro en la plaza de Manzanares el día 11 de agosto. Federico siente profundamente la muerte de aquel gran amigo, y escribe, a poco de regresar a Madrid, a primeros de septiembre, su hermosa elegía *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, quizá el mejor de sus poemas.

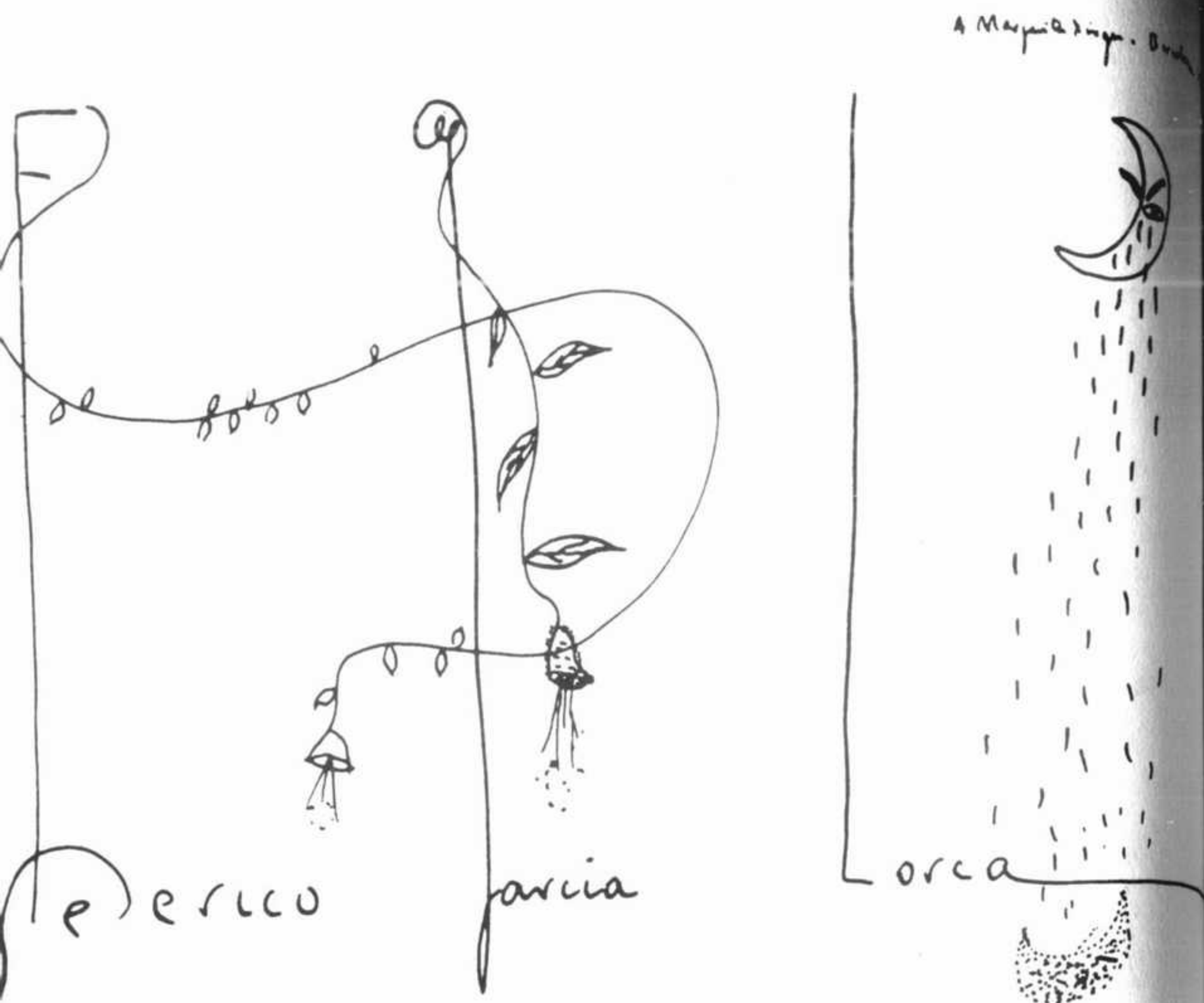


Retrato de Ignacio Sánchez Mejías, el torero amigo de los poetas de la generación del 27 al que Federico immortalizó en el que tal vez sea su mejor poema: *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*. El retrato es obra de José Caballero y apareció en la primera edición del poema, publicada por la revista Cruz y Raya, en 1934.

Federico en 1934.
Bajo el brazo lleva
un ejemplar de
*Llanto por Ignacio
Sánchez Mejías*.



Aunque con la pena de aquella muerte, volvía a Madrid contento de la actuación de *La Barraca*. «Todo el mundo ha quedado entusiasmado —declara a un periodista—. Hemos hecho una labor magnífica. Unamuno vio *El burlador de Sevilla*, y tanto le gustó, que, encontrándonos luego en Zamora, quiso oír y ver de nuevo la obra de Tirso. ¡Qué grande es Unamuno! ¡Cuánto sabe y cuánto crea! El primer español.» En noviembre lee en casa de Morla el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* y su segunda tragedia, *Yerma*, ya totalmente terminada. Y al mismo tiempo trabaja en otra pieza teatral: *Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores*. El mismo Federico contó cómo nació esta melancólica comedia: «Concebí *Doña Rosita* en el año 1924. Mi amigo Moreno Villa me dijo un día: “Te voy a contar la historia bonita de la vida de una flor, la rosa *mutabilis* de un libro de rosas del siglo XVIII.” Venga. “Había una vez una rosa...” Y cuando acabó el cuento maravilloso de la rosa,



Dedicatoria autógrafa de Federico García Lorca a la gran actriz Margarita Xirgu, fechada en Barcelona en 1935, durante la última estancia del poeta en dicha ciudad, adonde se desplazó para asistir a los ensayos de *Doña Rosita la soltera* y de *Yerma*.

yo tenía hecha mi comedia. Se me apareció terminada, única, imposible de reformar.» Con *Doña Rosita la soltera* quiso Federico cantar el drama de un producto triste del ruedo ibérico, más triste aún en la provincia: el de la solterona que se queda para vestir santos. «Es el drama —declaró Federico— de la cursilería española, de la mojigatería española.»

El año 1934 termina para Federico con otro gran éxito teatral: el 29 de diciembre, la compañía de Margarita Xirgu, tan identificada con su obra, estrena *Yerma*, obra que el poeta había leído a la actriz en el Parador de Gredos. La noche del estreno hubo cierto intento de manifestación de protesta, de índole política, contra Margarita Xirgu, porque esta actriz no había ocultado sus simpatías por la República ni su amistad con don Manuel Azaña. Pero el intento fracasó, porque la obra, más desnuda y hermosa aún que *Bodas de*

sangre, obtuvo un éxito rotundo. La crítica se mostró entusiasta, y la obra se mantuvo en cartel varios meses. Al cumplirse las cien representaciones, la compañía dedica un homenaje al autor, que lee en la función de la noche su *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*. Tras el éxito de *Yerma*, en un diálogo con un periodista, el poeta anuncia de nuevo que tiene «casi hecha» la última parte de su trilogía dramática, titulada *La destrucción de Sodoma*. Sin embargo, es más probable que sólo tuviera de esta obra un primer esbozo aún no perfilado, pues resulta extraño que no leyera a sus amigos íntimos, como solía hacer siempre, ni siquiera un fragmento de este drama. En todo caso, nadie —tampoco la familia del poeta— ha revelado hasta ahora la existencia del manuscrito, si es que hay alguno. ¿Se tratará acaso de otro título de *La casa de Bernarda Alba*, como cree el hermano del poeta, Francisco García Lorca?

Pocos días antes del estreno de *Yerma*, en una entrevista que le hace Alardo Prats —*El Sol*, 15 de diciembre—, declara Federico que sigue trabajando con ilusión en *Doña Rosita*, y expone con claridad cómo ve la situación del teatro en España en ese momento: «Yo espero para el teatro la llegada de la luz de arriba siempre, del paraíso. En cuanto los de arriba bajen al patio de butacas todo estará resuelto... Hay millones de hombres que no han visto teatro. ¡Ah, y cómo saben verlo cuando lo ven!» Y añade estas generosas palabras: «Yo en este mundo siempre soy y seré partidario de los



Federico con su madre en Granada, junio de 1935, en una fotografía hecha por Eduardo Blanco-Amor.

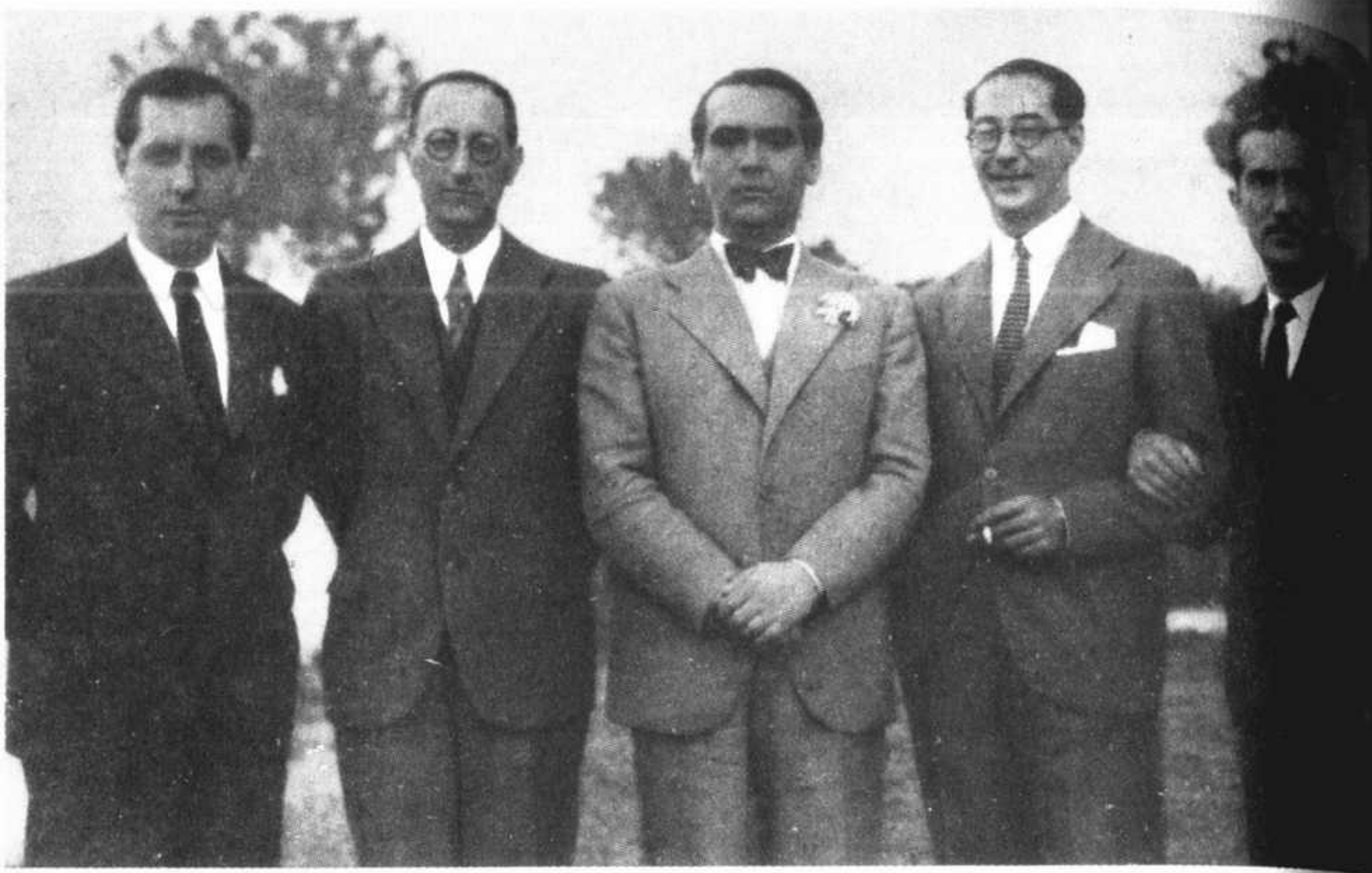
Una escena de *La zapatera prodigiosa*, representada en el King's College de Londres, con decorados de Gregorio Prieto. Lolita Madariaga, hija del escritor español Salvador de Madariaga, interpretó el papel de la zapatera.



pobres. Yo siempre seré partidario de los que no tienen nada y hasta la tranquilidad de la nada se les niega. Nosotros (me refiero a los hombres de significación intelectual y educados en el ambiente medio de las clases que podemos llamar acomodadas) estamos llamados al sacrificio. Aceptémoslo. En el mundo ya no luchan fuerzas humanas, sino telúricas. A mí me ponen en una balanza el resultado de esta lucha: aquí tu dolor y tu sacrificio y aquí la justicia para todos, aun con la angustia del tránsito hacia un futuro que se presiente pero que se desconoce, y descargo el puño con toda mi fuerza en este último platillo.» En esta y otras entrevistas puede verse hasta qué punto Federico tenía plena conciencia de las injusticias sociales —en su país y en el mundo— y de la necesidad de acabar con ellas. El ambiente se hallaba entonces muy politizado, y Federico, a pesar de su escaso gusto por la política, no dejaba, sin embargo, de sentir el latido de su tiempo, que era de signo social y de anhelo de progreso y mejoramiento de las capas humildes de la sociedad.

En otra entrevista de esa época —*La Voz*, 18 de febrero de 1935— anuncia que tiene en proyecto «varios dramas de tipo humano y social; uno de esos dramas será contra la guerra». De este drama contra la guerra habla también a fines de ese año, con ocasión del estreno en Barcelona de *Doña Rosita* (12 de diciembre): «Voy a hacer la tragedia de los “soldados que no quieren ir a la guerra” —declara entonces—. Quiero también dar al teatro español una Santa Teresa mística y humana... Pero antes está la otra obra, la de la paz. En ella, un coro de madres de hombres de todas las naciones dirigirán a los representantes de las grandes potencias sus apóstrofes y sus gemidos.»

En la misma entrevista de *La Voz* que acabo de citar —febrero de 1935— anuncia que va a publicar dos libros de versos: *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* e *Introducción a la muerte*, título este último sugerido por Pablo Neruda, y que Federico aceptó provisionalmente para sus poemas de Nueva York, aunque lo rechazó más tarde. Al preguntarle después el periodista de *La Voz* si estima que



Federico con algunos amigos durante la que sería su última visita a Sevilla, en la primavera de 1935. De izquierda a derecha, Joaquín Romero Murube, Jorge Guillén, García Lorca, Juan Antonio Rubio Sacristán y Pepín Bello.

su forma literaria actual es ya su expresión definitiva, protesta Federico con espontánea sinceridad: «No. ¡Qué disparate! Yo todas las mañanas me olvido de lo que he escrito. Es el secreto de ser modesto y de trabajar con coraje. A veces, cuando veo lo que pasa en el mundo, me pregunto: ¿para qué escribo? Pero hay que trabajar, trabajar. Trabajar y ayudar al que lo merece. Trabajar aunque a veces piense uno que realice un esfuerzo inútil. Trabajar como una forma de protesta. Porque el impulso de uno sería gritar todos los días al despertar en un mundo lleno de injusticias y miserias de todo orden: ¡Protesto! ¡Protesto! ¡Protesto!»

Aún sigue en marzo el éxito de *Yerma*, y los teatros madrileños ofrecen otras obras de Federico. Lola Membrives repone *Bodas de sangre* en el Coliseum, y estrena después en el mismo teatro —el 18 de ese mes— una versión completa de *La zapatera prodigiosa*, bajo la dirección del propio Federico y con decorados de Fontanals. Quizá por primera vez en su vida, Federico gana mucho dinero con su teatro, y no sabe qué hacer con él. Mejor dicho, sí sabe: lo gasta tan pronto como lo gana, con derramada generosidad. Pero acaricia algún proyecto nunca realizado: hacerse una casa a su gusto



El poeta en la terraza de la casa familiar de la Huerta de San Vicente (Granada), adonde se retiró a descansar, tras una intensa actividad cultural, en el verano de 1935.

frente al Mediterráneo, en la costa malagueña. Mientras tanto, vive el poeta en el número 102 de la calle de Alcalá, esquina a Narváez; una casa llena de luz, en un piso alto, con balcones a ambas calles, donde era feliz y donde se le podía encontrar —en pijama si era verano o en bata de casa si era invierno— a última hora de la mañana, recién levantado.

Tras una breve excursión a Sevilla, en abril, durante la cual leyó en el palacio del Alcázar su *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* ante Jorge Guillén, Joaquín Romero Murube, Pepín Bello y Claudio Guillén —un niño entonces—, Federico regresó a Madrid para preparar unas representaciones de su guiñol *La Tarumba*, con motivo de la Feria del Libro, en el paseo de Recoletos. Con la colaboración del escultor Angel Ferrant y del pintor Miguel Prieto, dio una representación de su pieza *El retablillo de don Cristóbal*, que se repitió durante varios días, con alborozo de chicos y grandes. Termina por entonces *Doña Rosita la soltera*, que en junio lee en casa de Morla. En agosto dirige las representaciones de *La Barraca* en la Universidad Internacional de Santander. Por iniciativa de Federico, el entonces actor de *La Barraca* Modesto Higuera dirigió su prime-



Federico con dos sobrinos, hijos de su hermana Concha, en la casa familiar de la Huerta de San Vicente (junio 1935). La fotografía fue tomada por Eduardo Blanco-Amor.

Federico mantuvo durante toda su vida una gran afición a la música. La imagen del poeta ante el piano, con el que solía acompañarse para cantar canciones populares españolas, se ha convertido en una de las escenas de su vida a la que más veces aluden cuantos le conocieron. Aquí aparece ante el piano de su casa de la Huerta de San Vicente, en el verano de 1934. Fotografía de Eduardo Blanco-Amor.

ra obra: *El caballero de Olmedo*, de Lope, con decorados de José Caballero. Y tras una temporada de descanso en Granada, marcha en septiembre a Barcelona para asistir a los ensayos y al estreno de *Yerma*, que tiene lugar el 17 de ese mes, por la compañía de Margarita Xirgu. Esa estancia de Federico en Barcelona, que duró varios meses, fue de intensa actividad y de éxitos constantes. Además de colaborar con la Xirgu en la representación de sus obras —*Yerma*, *Bodas de sangre*, *Doña Rosita*, la adaptación de *La dama boba*—, Federico da frecuentes lecturas y recitales, concede entrevistas para la prensa, toma parte en numerosos actos, uno de ellos en el Olimpia a favor de los presos políticos. Algunos de los recitales tuvieron lugar en la sede de la revista de vanguardia *L'Amic de les Arts*, con la que tenía las mejores relaciones desde hacía años; en el Ateneo Enciclopédico Popular, asociación cultural obrera, y en la Residencia de Estudiantes, organizada por la Escuela de Enferme-





Un grupo de La Barraca en Lerma (Burgos), agosto de 1935. En él figuran José Caballero, Nicolás Cimarra, Carmen Galán, Carmen Risoto, María Gloria Morales y Carmen Torres.

Federico y la actriz Margarita Xirgu, intérprete de varias de sus obras.



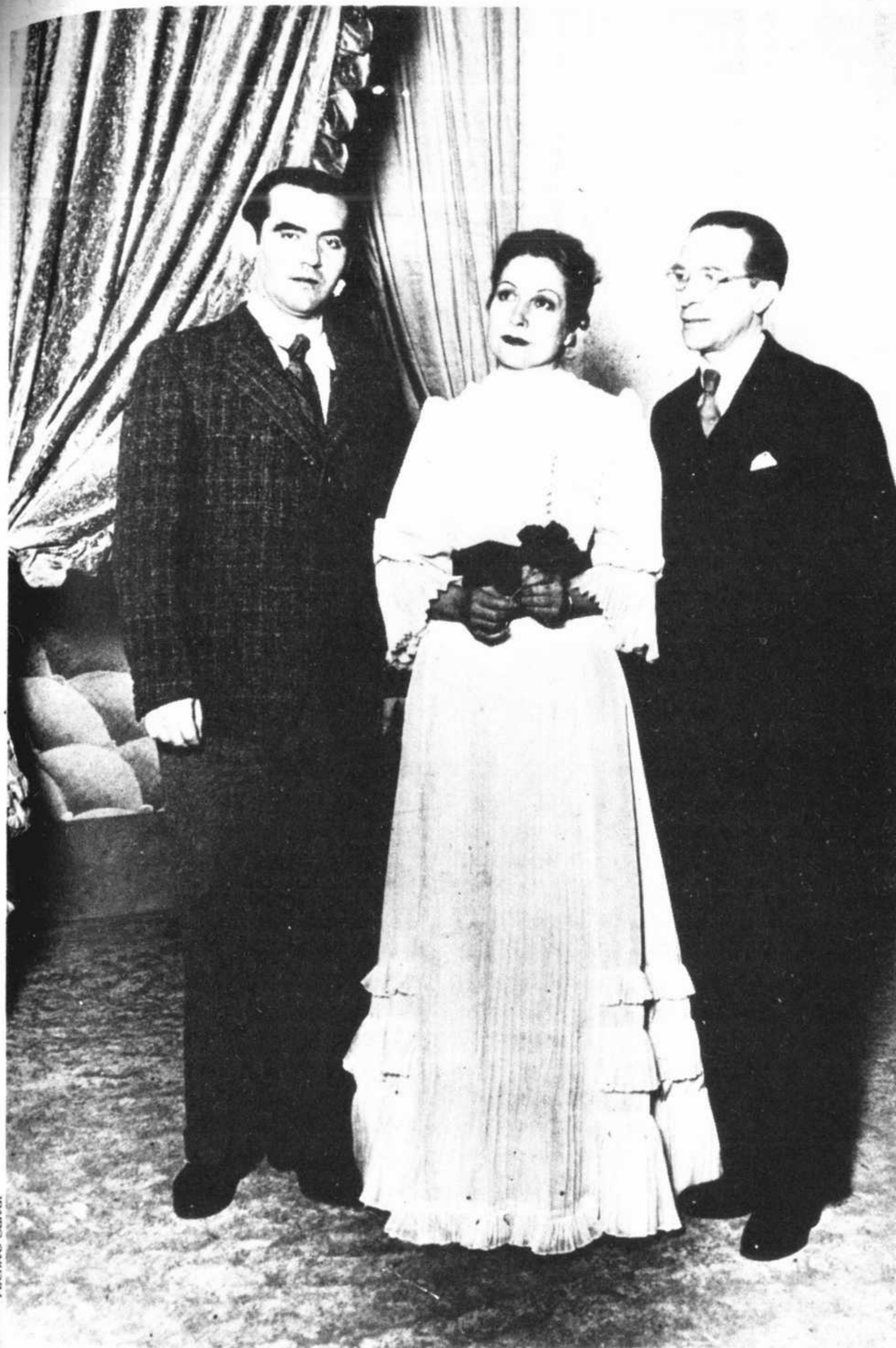
Para celebrar sus éxitos y demostrarle su admiración, los poetas y críticos catalanes le ofrecen el 23 de diciembre un banquete en el Hotel Majestic, firmando la convocatoria, entre otros, Carlos Soldevila, José María de Sagarra, María Luz Morales, Jaime Pahissa y Juan Puig y Ferrater. Más de cien comensales, entre ellos muchas damas, asistieron al homenaje, que fue ofrecido por Carlos Soldevila. En su discurso de gracias habló Federico con cariño y gratitud de Margarita Xirgu, y exaltó a las criadas, «esas criadas de su infancia, Dolores la *Colorina*, Anilla la *Juanera*, que le enseñaron oralmente los romances, leyendas y canciones que despertaron su alma de poeta». En una entrevista que le hizo al día siguiente del

ras de la Generalidad de Cataluña. En la sociedad Audicions Intimes pronuncia su conferencia sobre Granada «Lo que canta una ciudad de noviembre a noviembre» y recita poemas de su libro inédito *El diván del Tamarit*, que desea publicar la Universidad de Granada. Una de las representaciones de *Doña Rosita*, que se estrena el 12 de diciembre en el Principal Palace, por Margarita Xirgu, la dedica a las floristas de la Rambla, a «esas mujeres de risa franca y manos mojadas, donde tiembla de cuando en cuando el diminuto rubí causado por la espina». Un pintor catalán, entonces no demasiado conocido, Grau Sala, hizo el bello cartel anunciador de *Doña Rosita*.



Cartel realizado por el pintor catalán Grau Sala para anunciar la representación de Doña Rosita la soltera, en Barcelona. La obra fue estrenada por Margarita Xirgu, el 12 de diciembre de 1935, en el Principal Palace de aquella ciudad.

García Lorca, la actriz Margarita Xirgu y el escritor Cipriano Rivas Cherif, que fue director del teatro Español desde 1928 a 1935, el día del estreno de Doña Rosita la soltera en Barcelona.



Archivo Salvat

homenaje el poeta Luis Góngora, Federico expresó su contento por la acogida que había hecho el público barcelonés a su teatro, ese público «que ha dado con su atención y su afecto un aliento definitivo a mi labor de poeta dramático». Y añadió que pensaba ir pronto a México con Margarita Xirgu y estrenar *Los muñecos de Cachiporra*, con música de Federico Elizalde. A otro periodista que le entrevista en septiembre le dice que está ahora escribiendo una tragedia política, y que lo que más le interesa en esos momentos es «llevar al cine cuanto se relaciona con la lidia, con el toro de lidia. No el acto de la lidia, no. El ambiente: coplas, bailables, leyendas». Pero este proyecto debió de ser uno de los muchos que nacían y morían pronto en la imaginación fogosa de Federico, pues no tenemos otra noticia de él que esa breve declaración a la prensa. Antes de dejar Barcelona, el 14 de diciembre tomó parte Federico en un homenaje al gran músico Isaac Albéniz, leyendo en el cementerio de Montjuich, ante su tumba, el hermoso soneto «Epitafio a Isaac Albéniz».

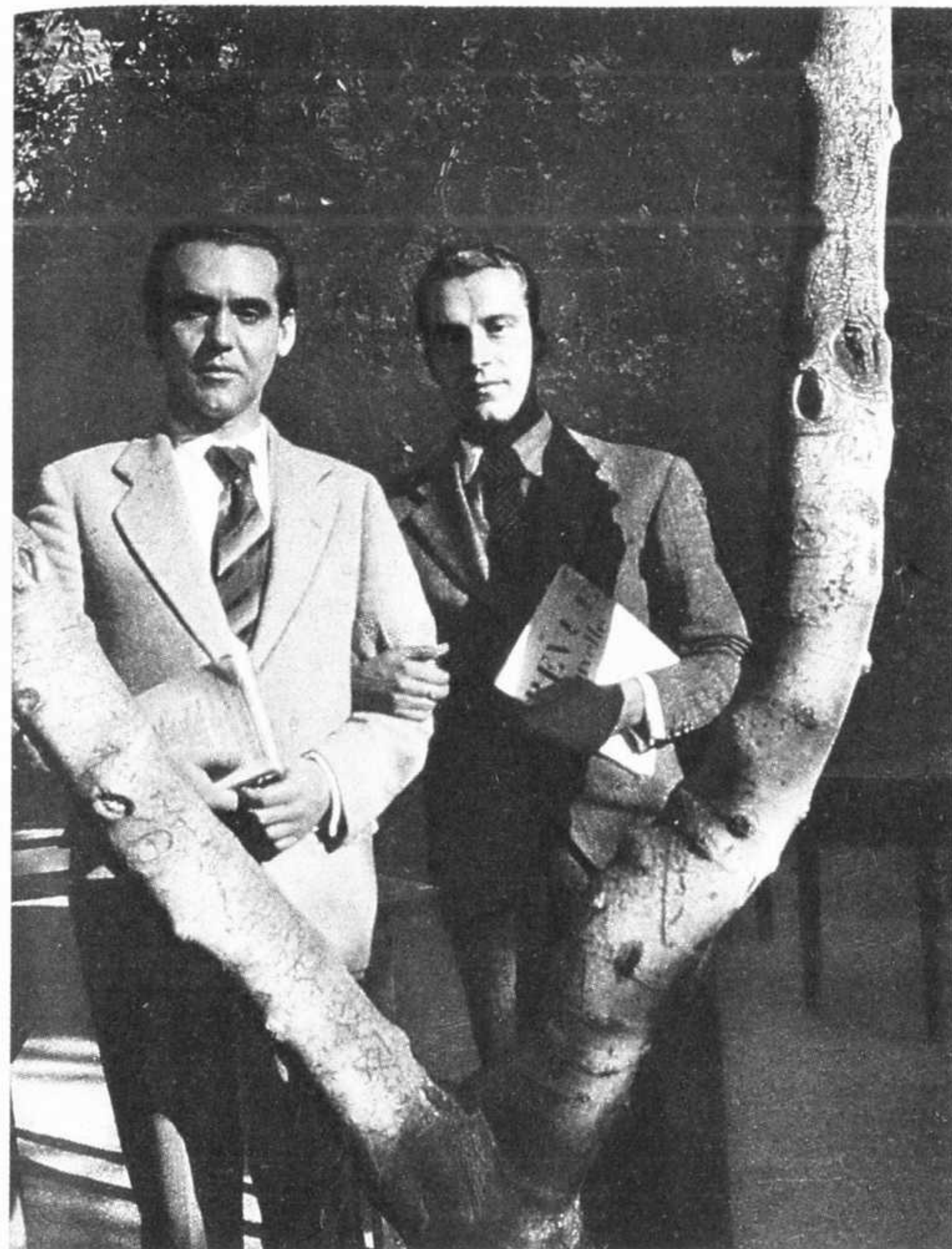
11. 1936: la tragedia

Y llegamos, en nuestro rápido itinerario de la vida del poeta, al último año de su existencia: 1936. Es una época de recrudescimiento del clima político y de la lucha entre las derechas y las izquierdas en España. La República, casi recién nacida, sufre fuertes ataques de los extremistas de ambos bandos, y sus esfuerzos por resistir a unos y otros no parecen muy eficaces. La politización de los intelectuales es casi total, en su gran mayoría inclinados a la izquierda, desde el republicanismo liberal al marxismo. Se toman posiciones y la situación se hace tensa, de lucha. Pero la vida sigue, y en ese enero de 1936 la actividad literaria y artística madrileña no deja de ofrecer espectáculos que atraen a la minoría culta o a un público popular. En el Calderón actúan los *ballets* rusos de Lev Woizikovski, y en los demás teatros se representan obras de Arniches, Pemán, Muñoz Seca, Luca de Tena y Jardiel Poncela. Azorín estrena, con éxito, *La guerrilla*, y en el Lyceum Club Femenino lee Unamuno su drama *Raquel encadenada*. El 6 de enero muere Valle-Inclán, una de las grandes figuras del 98 y una de las grandes admiraciones de Federico, cuyo teatro es un antecedente importante del de nuestro poeta. En ese mes publica Federico dos libros: *Bodas de sangre*, en las ediciones Cruz y Raya, y *Primeras canciones*, en la colección «Héroe», que dirige uno de sus mejores amigos, el poeta Manuel Altolaguirre. En febrero tiene lugar un acontecimiento teatral, el estreno —el día 6— de *Nuestra Natacha*, de Alejandro Casona, que logra un éxito más bien político y permanece en cartel hasta el comienzo de la guerra española. La prensa publica la convocatoria de un banquete en homenaje a Rafael Alberti, con motivo de su regreso de Rusia. Firman la convocatoria Antonio Machado, Federico García Lorca, Luis Cernuda, José Bergamín, León Felipe, Ramón Sender, Manuel Altolaguirre y Luis Buñuel. El acto tiene lugar el día 9 en un café típico de la calle de Toledo, el Nacional, y Federico pronuncia el discurso de ofrecimiento del homenaje y lee después un manifiesto de los escritores españoles contra el fascismo y en favor del Frente Popular.

Pocos días después, en el homenaje a Valle-Inclán organizado por el Ateneo de Madrid, bajo la dirección de Rafael Alberti y María Teresa León, en el teatro de la Zarzuela, la noche del 14 de febrero, intervino también Federico, leyendo los dos poemas que Rubén Darío dedicó a Valle-Inclán y el prólogo de *Voces de gesta*. En el mismo acto leyó Luis Cernuda una página de Juan Ramón Jiménez, y Rafael Alberti, unas cuartillas de Antonio Machado. Se representó después el genial esperpento de Valle-Inclán *Los cuernos de don Friolera*. El homenaje no dejó de tener cierta significación política, que los propios organizadores no ocultaban. Y es que la lucha por el Frente Popular se hallaba entonces en todo su apogeo. Federico no dudó en unirse, encabezando las firmas, al manifiesto que lanzaron los intelectuales en apoyo del Frente Popular, la víspera de las elecciones. El día 18 de febrero las elecciones dan el triunfo a las izquierdas, y el Frente Popular obtiene el poder. Pocos días más tarde, Antonio Machado, Angel Ossorio, el doctor Hernando, Manuel Azaña y Julio Alvarez del Vayo firman el manifiesto de la Unión Universal por la Paz, en nombre del comité español, y el diario *El Sol* publica las adhesiones de muchos escritores e intelectuales españoles, entre ellas las de Federico, Azorín, Alejandro Casona, el doctor Lafora, José Bergamín, Oscar Esplá, etcétera.

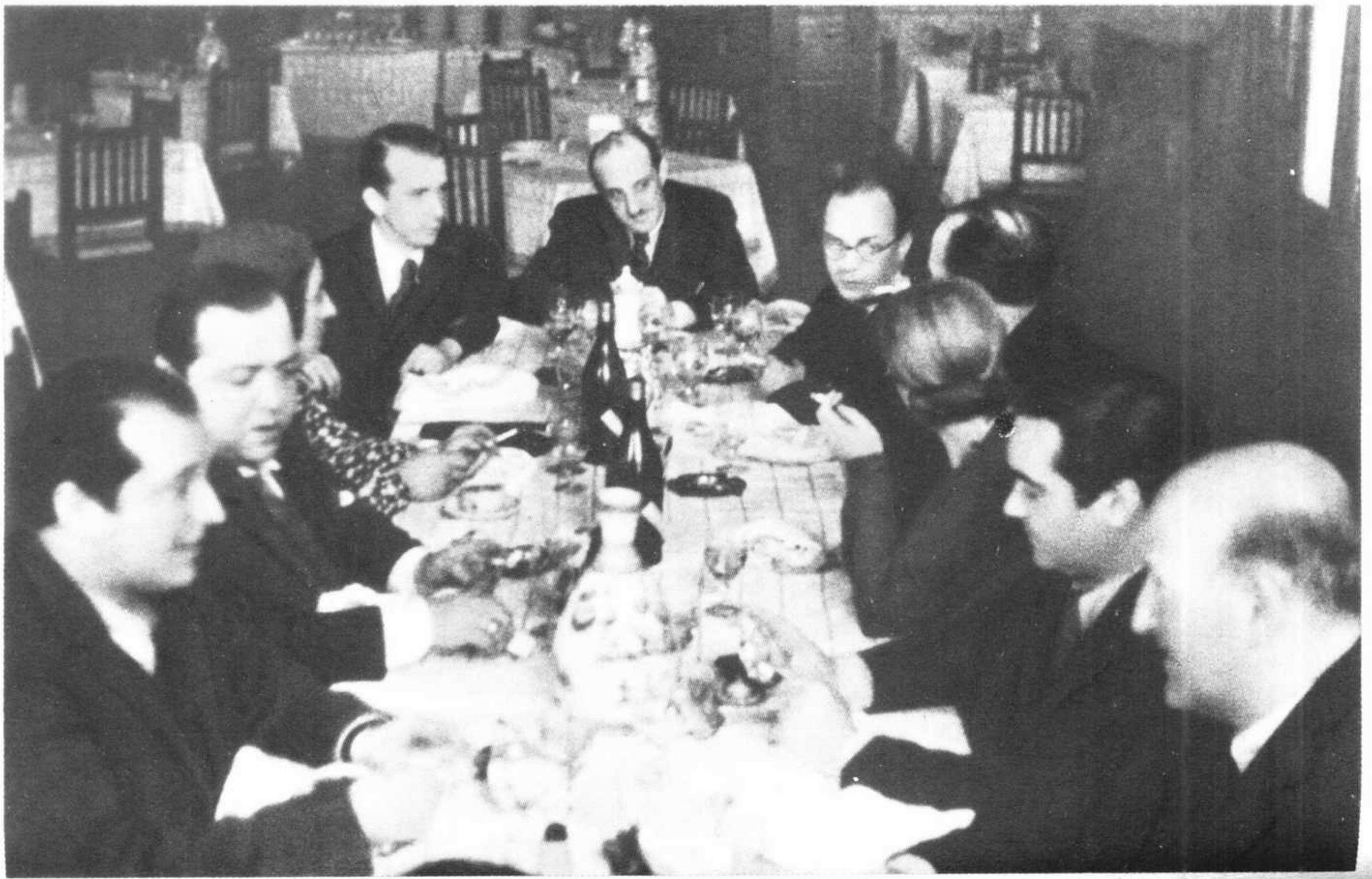
A principios de marzo, invitado por el Ateneo Guipuzcoano de San Sebastián, Federico emprende un breve viaje a la capital donostiarra, y el día 7 pronuncia en dicho Ateneo su conferencia sobre el *Romancero gitano*, y charla con el poeta Gabriel Celaya, a quien ya conocía de la Residencia de Estudiantes y a quien aconseja que domine la forma. Federico juzgaba necesario en ese momento volver a la forma estrófica, y decía siempre a los jóvenes poetas que se le acercaban: «No puedes ser poeta hasta que no hagas sonetos. Debes dominar el soneto, y no permitir que el soneto te domine a ti.» El día 10 está ya de regreso en Madrid, a tiempo para asistir a la inauguración de la Exposición Picasso, organizada por los Amigos de las Artes Nuevas, cuyo manifiesto fundacional habían firmado Guillermo de Torre, Norah Borges, Moreno Villa, Angel Ferrant, Gustavo Pittaluga y Luis Blanco Soler.

El día 1 de abril firma —con Rafael Alberti, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Ramón Sender, Miguel Pérez Ferrero y otros escritores— el manifiesto pidiendo la libertad del líder revolucionario brasileño Luis Carlos Prestes. Y pocos días después hace unas interesantes declaraciones a un periodista de *La Voz*, en las que expresa su concepto de la poesía y del teatro: «La poesía —declara— es algo que anda por las calles. Que se mueve, que pasa a nuestro lado. Todas las cosas tienen su misterio, y la poesía es el misterio



García Lorca con Rafael Alberti, en el parque madrileño del Retiro. «¡Noche inolvidable la de nuestro primer encuentro! —ha escrito Alberti—. Había magia, duende, algo irresistible en todo Federico... Era, en verdad, fascinante...»

que tienen todas las cosas.» Y el teatro «es la poesía que se levanta del libro y se hace humana. Y al hacerse, habla y grita, llora y se desespera. El teatro necesita que los personajes que aparezcan en la escena lleven un traje de poesía y al mismo tiempo que se les vean los huesos, la sangre». En la misma entrevista Federico anuncia nuevas obras suyas: «Ahora estoy trabajando en una nueva comedia. Ya no será como las anteriores. Es una obra en la que no



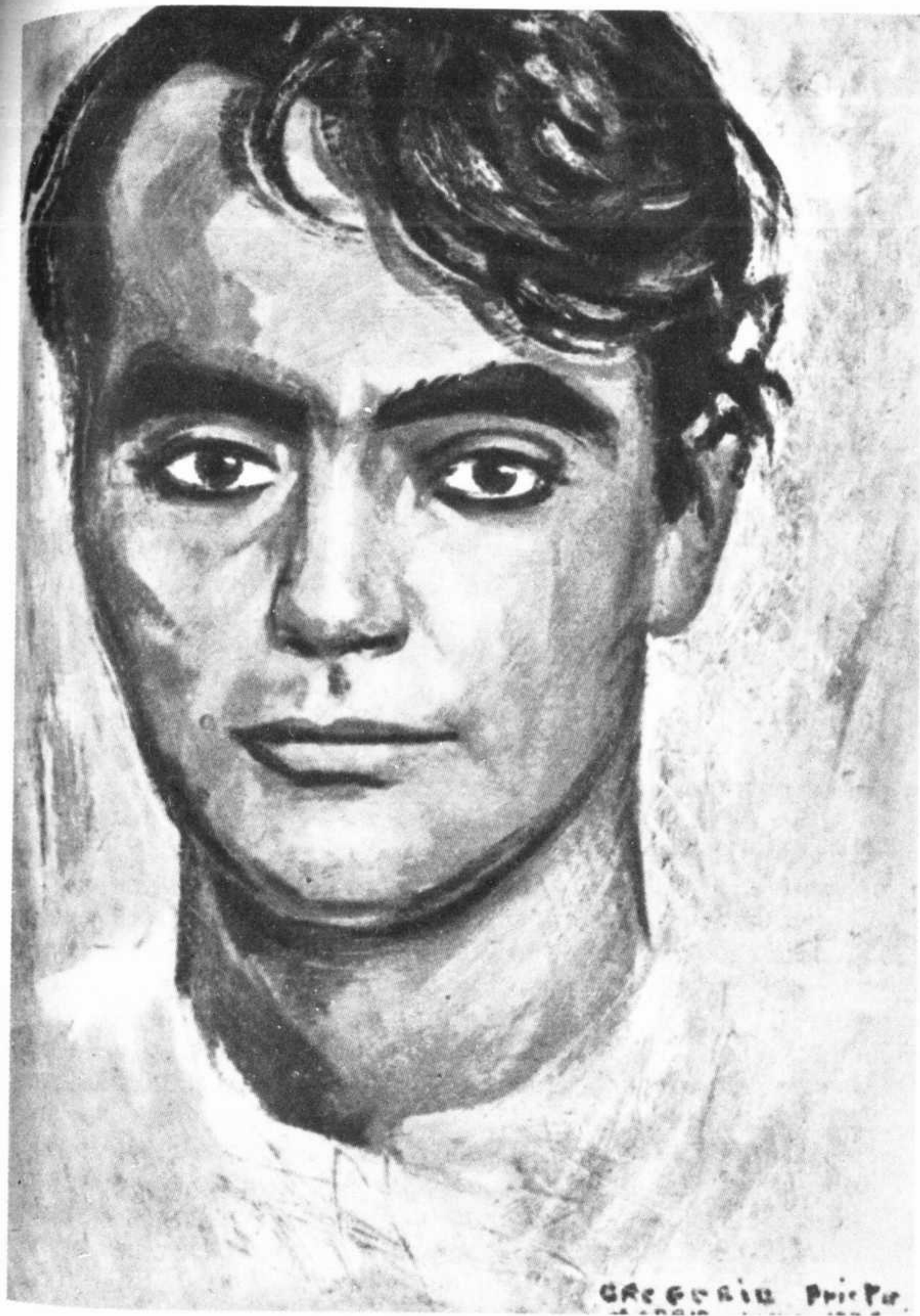
García Lorca y otros escritores de su generación, durante una comida en honor de un grupo de periodistas argentinos, en febrero de 1936. A la izquierda de Federico, Vicente Aleixandre, y en frente, Alberti, Adolfo Salazar y María Teresa León.



Banquete en honor del pintor Hemando Viñes, en mayo de 1936. Federico firmó la convocatoria de este banquete y asistió a él. Entre los numerosos reunidos figuran también Neruda, Miguel Hernández, Alberti, Buñuel, José Caballero, Alberti, María Teresa León, Maruja Mallo, Guillermo de Torre, etcétera.

puedo escribir nada, ni una línea, porque se han desatado y cruzan por los aires la verdad y la mentira, el hambre y la poesía. Se me han escapado de las páginas. La verdad de la comedia es un problema religioso y económico-social. El mundo está detenido ante el hambre que asola a los pueblos. Mientras haya desequilibrio económico, el mundo no piensa. Yo lo tengo visto. Van dos hombres por la orilla de un río. Uno es rico, otro es pobre. Uno lleva la barriga llena, y el otro pone sucio el aire con sus bostezos. Y el rico dice: «¡Oh qué barca más linda se ve por el agua! Mire, mire usted el lirio que florece en la orilla.» Y el pobre reza: «Tengo hambre. No veo nada. Tengo hambre, mucha hambre.» Natural. El día que el hambre desaparezca va a producirse en el mundo la explosión espiritual más grande que jamás conoció la Humanidad. Nunca jamás se podrán figurar los hombres la alegría que estallará el día de la Gran Revolución.» Y finalmente anuncia al periodista su proyectado viaje a México, vía Nueva York, para reunirse con Margarita Xirgu, que ha de estrenar sus obras en la capital mexicana, donde piensa Federico dar una conferencia sobre Quevedo, «el poeta más interesante de España». «¡Ah, qué gran injusticia se ha cometido con Quevedo!... —añade—. Mi amistad con Quevedo data de pocos años. Fue un acercamiento melancólico. En un viaje por La Mancha, me detuve en el pueblo de Infantes. La plaza del pueblo, desierta. La torre de Juan Abad. Y muy cerca, la iglesia oscura, con carátulas de los Austrias. En la iglesia sin luz se oían los aullidos de una niña del pueblo que cantaba a los dioses. Entré sobrecogido. Y allí estaba Quevedo, solo, enterrado, perpetuando la injusticia de su muerte. Me parecía que acababa de asistir a su entierro. Sí; yo le había acompañado en una comitiva de polillas y golfainas. Hablaré en México de Quevedo, porque Quevedo es España.»

En abril —el día 19— interviene Federico en otro homenaje literario: el banquete con que los amigos del poeta Luis Cernuda quisieron celebrar la publicación de su hermoso libro *La realidad y el deseo*. El banquete se celebra en un restaurante de la calle Botoneras, y también es esta vez Federico el encargado de ofrecer el homenaje en un bello discurso —que se publicó íntegro al día siguiente en *El Sol*— y en el que saludó con entusiasmo a «su capillita de poetas, quizá la mejor capilla poética de Europa». Todavía en abril lee Federico por la emisora Unión Radio su *Semana Santa en Granada*, y por esos días Gregorio Prieto comenzó a hacerle el conocido retrato, tantas veces reproducido. A fines de abril, asiste con Carlos Morla y Antonio de las Heras al concierto que ofrece la gran cantante negra Marian Anderson, cuyo arte llega a fascinar a



García Lorca, según el conocido retrato pintado por Gregorio Prieto y que está firmado en junio de 1936, dos meses antes de la muerte del poeta.

Federico. Arte y política confluyen en la agitada vida española de aquel momento. En mayo la actividad política se recrudece. Azaña es elegido presidente de la República, y la oposición monárquica acentúa sus ataques. El ambiente de la calle es cada vez más tenso, lo que no impide, sin embargo, que la vida literaria y artística mantenga su rango. Los Amigos de las Artes Nuevas ofrecen dos nuevas exposiciones: la del escultor Alberto, que había colaborado con Federico en La Barraca, y la de la pintora Maruja Mallo. Y con ocasión de la estancia en Madrid del pintor Hernando Viñes, uno de los decanos de la Escuela Española de París, sus amigos le ofrecen una comida-homenaje, firmando la convocatoria Federico, Alberti, Neruda, Bergamín, Ferrant y Buñuel. Del acto, al que acudió Federico, ha quedado un interesante testimonio gráfico. El 22 de mayo asiste también al banquete que los escritores españoles ofrecieron a tres escritores franceses —Lenormand, André Malraux y Jean Cassou—, con motivo de su visita a Madrid, y en el que hablaron, entre otros, Américo Castro, Gabriel Alomar y Cassou. El mismo día Malraux había pronunciado en el Ateneo una conferencia sobre «Movimiento Universal por la Defensa de la Cultura», y pocos días antes se había celebrado en el teatro Español un homenaje a Lenormand, representando la compañía de Ana Adamuz su tragedia *Asia* y ofreciendo Ricardo Baeza una charla sobre el gran dramaturgo francés.

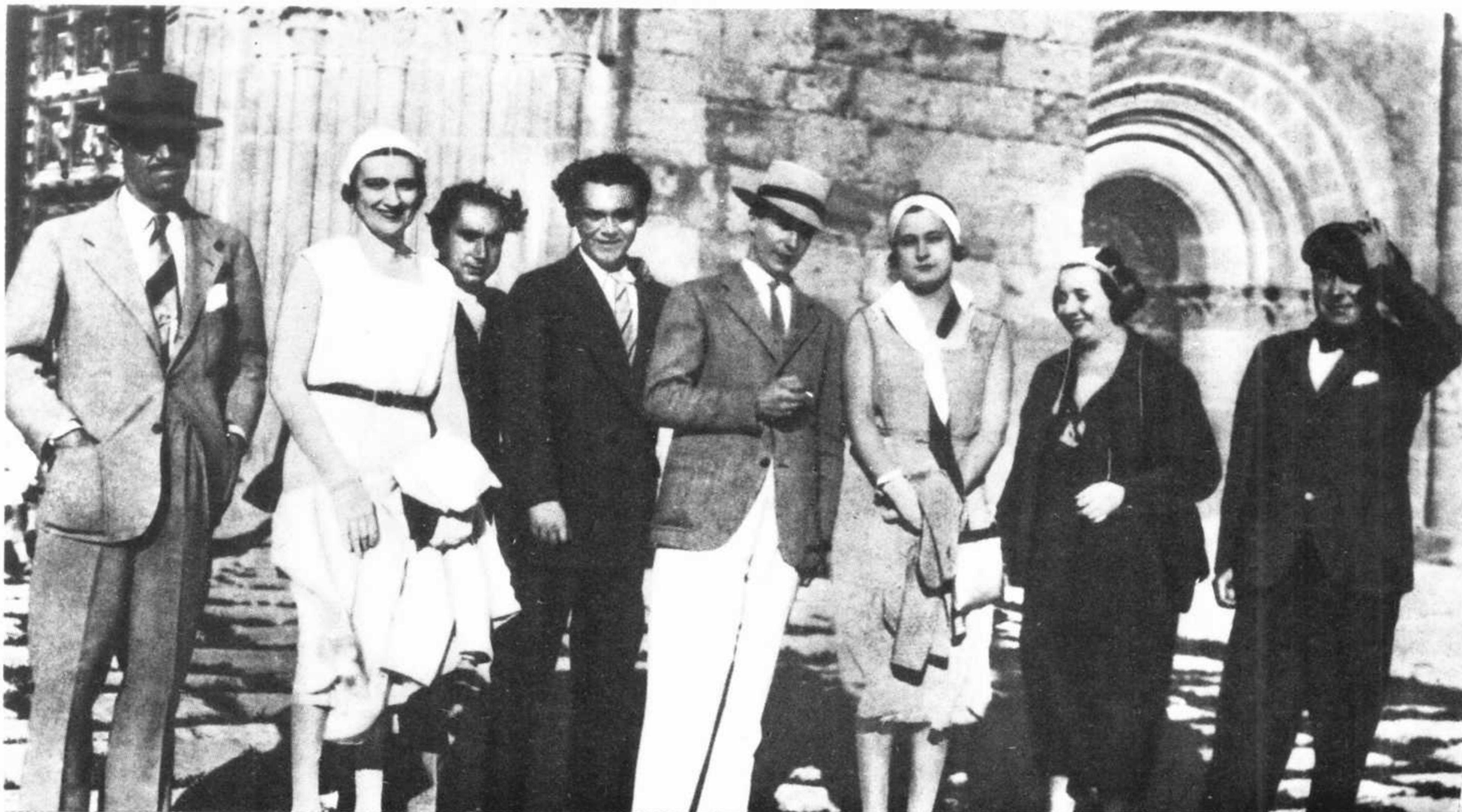
El día 24 de mayo, Azaña inauguró en el paseo de Recoletos la Feria del Libro (algunas novedades: *Disparadero español*, de José Bergamín; *El Conde Duque de Olivares*, de Marañón; *Canción*, de Juan Ramón Jiménez; *Cinematógrafo*, del barojiano Carranque de Ríos; *El siglo romántico*, de Adolfo Salazar; *Mr. Witt en el cantón*, de Ramón Sender; *Viviana y Merlín*, de Jarnés; *13 bandas y 48 estrellas*, de Alberti). La Feria dura hasta el día 30 de mayo, y ese día tiene lugar en el paseo de Recoletos un recital de poesía al aire libre, en el que leen poemas Federico, Alberti, Cernuda, Altolaguirre, Pablo Neruda y Arturo Serrano Plaja. A primeros de junio asiste Federico a la exposición de dibujos del pintor Gregorio Prieto, que se inaugura en el Museo de Arte Moderno. Y por esos mismos días tiene lugar su interesantísimo diálogo con el caricaturista de *El Sol* Luis Bagaría, que ese periódico publica en su número del día 10, ilustrándolo con una caricatura del poeta. En él declara Federico su desprecio del arte por el arte: «Ese concepto del arte por el arte es una cosa que sería cruel si no fuera afortunadamente cursi. Ningún hombre verdadero cree ya en esa zarandaja del arte puro, arte por el arte mismo. En este momento dramático del mundo el artista debe llorar y reír con su pueblo. Hay que dejar el ramo



Esta caricatura de García Lorca, realizada por Bagaría, sirvió para ilustrar la entrevista que el famoso caricaturista de *El Sol* le hizo al poeta, y que se publicó en dicho diario el 10 de junio de 1936.

de azucenas y meterse en el fango hasta la cintura para ayudar a los que buscan las azucenas.» Y al preguntarle Bagaría sobre el más allá, declara Federico: «Como no me he preocupado de nacer, no me preocupo de morir. Escucho a la naturaleza y al hombre con asombro, y copio lo que me enseñan sin pedantería y sin dar a las cosas un sentido que no sé si lo tienen. Ni el poeta ni nadie tienen la clave y el secreto del mundo. Quiero ser bueno. Sé que la poesía eleva, y siendo bueno, con el asno y con el filósofo creo firmemente que si hay un más allá tendré la agradable sorpresa de encontrarme en él. Pero el dolor del hombre y la injusticia constante que mana del mundo, y mi propio cuerpo y mi propio pensamiento, me evitan trasladar mi casa a las estrellas.»

Entre tanto, Federico da los últimos toques a su nueva tragedia *La casa de Bernarda Alba*, que completa su trilogía dramática y que queda terminada el día 19. Pocos días después —el 24—, en casa de los condes de Yebes, hace la primera lectura de su nueva obra, ante los dueños de la casa, el matrimonio Morla, el doctor Marañón, Antonio Marichalar y Agustín de Figueroa. Y por las mismas fechas, el Club Teatral Anfistora, que dirige Pura Ucelay, ensaya su



Una de las últimas fotos de Federico, hecha en junio de 1936 durante una visita a la finca Miralcampo del conde de Romanones. De izquierda a derecha, el conde de Yebes, señora de Morla, el capitán Francisco Iglesias, Federico, Agustín de Figueroa, la condesa de Yebes y Carlos Morla.



Una escena de La casa de Bernarda Alba, «drama de mujeres en los pueblos de España», representada por profesoras y alumnas del Barnard College de la Universidad Columbia de Nueva York.

pieza surrealista *Así que pasen cinco años*, que no llegará a estrenarse. El día 30 de junio *El Sol* anuncia un homenaje a Gorki, el gran novelista ruso muerto pocos días antes, que había de celebrarse en el teatro Español, con la intervención de Federico, Ricardo Baeza, María Martínez Sierra y Julio Álvarez del Vayo, entre otros. Pero Federico, después de prometer que asistiría al acto, no acudió al teatro.

Por entonces escribía el poeta sus *Sonetos del amor oscuro*, algunos de los cuales leyó a Vicente Aleixandre, quien recordaría con estas palabras la impresión que le causó aquella lectura: «Me leía sus *Sonetos del amor oscuro*, prodigio de pasión, de entusiasmo, de felicidad, de tormento, puro y ardiente monumento al amor, en que la primera materia es ya la carne, el corazón, el alma del poeta en trance de destrucción. Sorprendido yo mismo, no pude menos que quedarme mirándole y exclamar: “Federico, ¡qué corazón! Cuánto ha tenido que amar, cuánto que sufrir”. Me miró y sonrió como un niño.»

Llega el mes de julio, que va a abrir una sima entre los españoles. Federico prepara ya, como todos los años al llegar esa época, su veraneo en la vega granadina. Pero antes, el día 15, hace una nueva lectura de *La casa de Bernarda Alba* en casa del doctor Eusebio Oliver, amigo y médico de los poetas de la generación del 27. Asisten a esa lectura, entre otros, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Guillermo de Torre, Pepín Bello y Dámaso Alonso, quien ha evocado, en una página emocionada, el ambiente de aquella lectura y la impaciencia de Federico, ya en vísperas de marchar a Granada. Recuerda Dámaso Alonso que Federico, comentando la actitud de cierto escritor que se había dedicado a la actividad política, dijo a los allí reunidos: «Yo nunca seré político. Yo soy revolucionario, porque no hay verdadero poeta que no sea revolucionario. ¿No lo crees tú así?... Pero político no lo seré nunca, ¡nunca!»

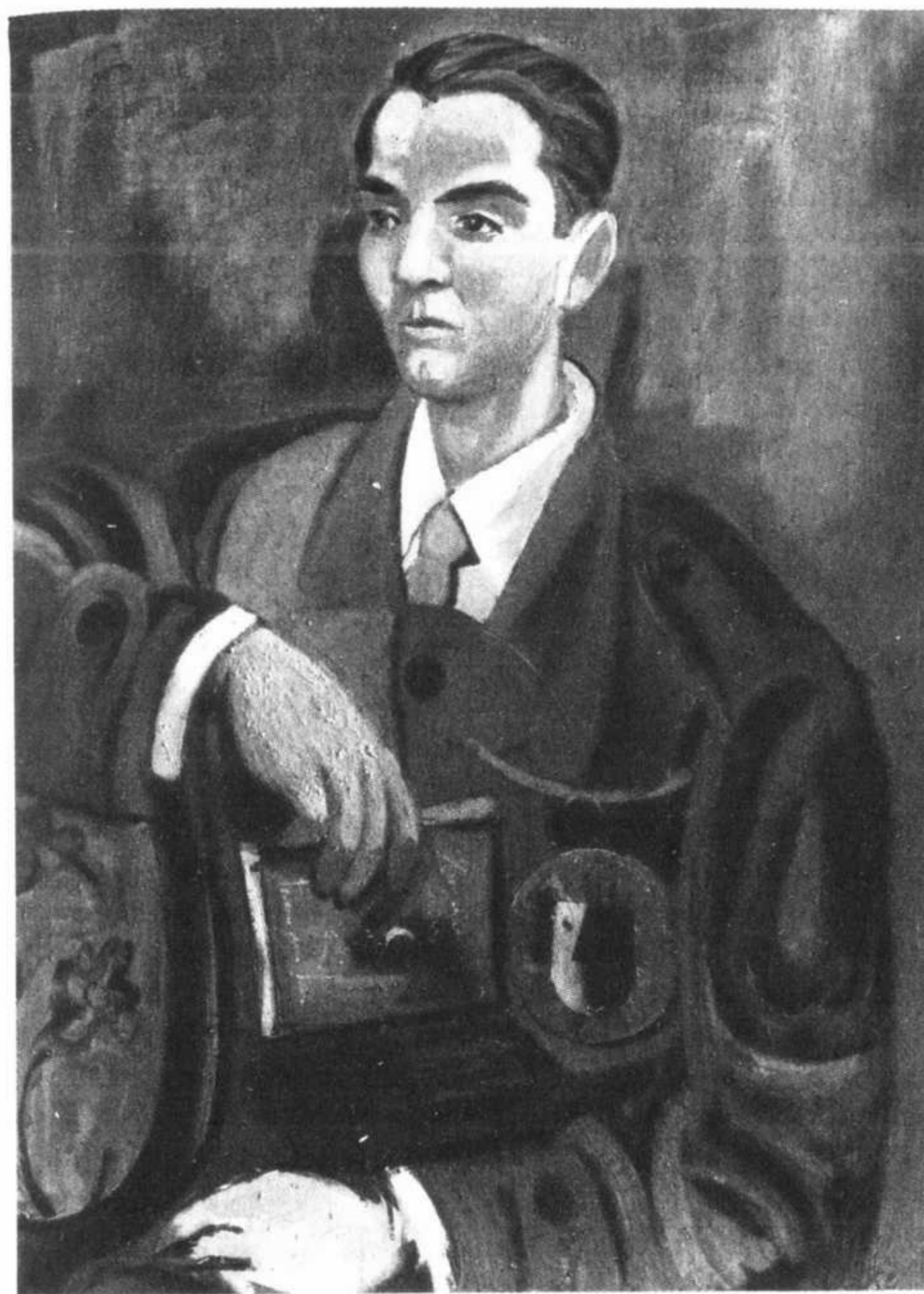
Dos días antes de que estallara la guerra civil, el 16 de julio, Federico fue a comer a casa de su gran amigo Rafael Martínez Nadal, quien, al verle preocupado por la situación de tensión política que dominaba en Madrid —se temía un golpe militar contra la República—, intentó animarle y convencerle de que se debía quedar en la capital, donde se hallaría más seguro que en Granada, en el

La última foto de Federico García Lorca. Aparece con Meny Amiches en el café Chiqui-Kutz del madrileño Paseo de Recoletos, en los primeros días de julio de 1936, poco antes de que el poeta saliera para Granada.



caso de que algo semejante ocurriese. Pero el poeta insistió en marcharse porque no quería faltar al encuentro familiar en la Huerta de San Vicente granadina el día de San Federico, que era su santo y el de su padre. «Este año —dijo a la familia Nadal— no estarán ni mi hermano Paco ni Conchita. Si yo no fuera, mis padres se llevarían un disgustazo enorme.» Tras la comida, salió Federico con Martínez Nadal, y ambos marcharon en un taxi a un bar al aire libre en Puerta de Hierro. Federico seguía preocupado, y de pronto le dijo a su amigo: «Rafael, estos campos se van a llenar de muertos», frase que resultó ser un triste vaticinio. Finalmente, el poeta, después de pensarlo mucho, exclamó: «Está decidido. Me voy a Granada y sea lo que Dios quiera.» Aquella misma noche salió en el expreso para su ciudad, a cumplir su trágico destino. Y al día siguiente, el 17 de julio, estallaba en Marruecos la rebelión del ejército contra la República, mientras Federico se instalaba con su familia en la Huerta de San Vicente. Un día después, la rebelión militar se propagaba a la península, y comenzaba la lucha en Granada, que pronto terminaría con el dominio de la ciudad por los insurgentes. La familia García Lorca no pudo celebrar el día de San Federico, como otros veranos.

El 20 de julio, Manuel Fernández Montesinos, marido de Conchita García Lorca, hermana del poeta, y alcalde socialista de Granada, fue detenido y conducido, con otros concejales republicanos del Ayuntamiento, a la cárcel de la ciudad. Unas semanas más tarde penetraron en la Huerta de San Vicente dos individuos armados que buscaban al hermano del casero para detenerle. Como no le encontraron, después de registrar la casa maltrataron al casero, y como Federico intentase protestar, le golpearon y profirieron amenazas contra él. Estas amenazas aún se repitieron en otra ocasión, y la familia empezó a sospechar que la casa se hallaba vigilada. El peligro se hacía más amenazador cada día que pasaba, y Federico pensó en esconderse en otra parte. Llamó por teléfono a su amigo el poeta Luis Rosales, cuyos hermanos eran falangistas conocidos, para decirle que quería hablar con él y pedirle que fuera a verle. Cuando Luis Rosales llegó a la Huerta de San Vicente, se celebró un consejo de familia para decidir dónde convenía que se ocultase el poeta, y Federico, entre otras opciones posibles —una de ellas la de ir a casa de Falla— prefirió la casa de la familia Rosales en la calle Angulo, que parecía lugar seguro precisamente por vivir en ella miembros de la Falange. El día 9 de agosto se instalaba el poeta en casa de los Rosales. La preocupación y el miedo le impedían escribir, pero leía mucho, principalmente a los poetas clásicos y a Gonzalo de Berceo. Solía tocar el piano, interpretando canciones popu-



Retrato de García Lorca, por José Caballero. El pintor lo realizó en 1961 recordando otro retrato que le hiciera en 1936, hoy perdido. Federico aparece con el uniforme de La Barraca y sostiene en la mano un ejemplar del Romancero gitano.

lares en un viejo *Pleyel*, y charlar animadamente con las mujeres de la casa: la señora Rosales, su hija Esperanza y la tía Luisa, que sentía gran simpatía por el poeta.

Como ha relatado Ian Gibson, en su libro *El asesinato de García Lorca*, la estancia de Federico en casa de los Rosales duró sólo ocho días. El 16 de agosto, al amanecer, fue fusilado su cuña-

do Manuel Fernández Montesinos, y esa misma tarde, Ramón Ruiz Alonso —obrero tipográfico vendido a la derecha, que llegó a ser diputado con la CEDA, y al que Jose Antonio Primo de Rivera llamaba «el obrero amaestrado»—, acompañado de otros esbirros y de un grupo de hombres armados, entraba en la casa de los Rosales con una orden de detención contra Federico. Desgraciadamente no estaba en la casa ninguno de los hermanos, pero la señora Rosales no permitió que se llevaran al poeta sin antes llamar a su hijo Miguel, que acudió enseguida. Con la promesa, por parte de Ruiz Alonso, de que sólo se trataba de un interrogatorio, Miguel Rosales acompañó en el coche a Ruiz Alonso y a Federico hasta el Gobierno Civil, donde el gobernador, comandante Valdés, culpable de la muerte de miles de republicanos granadinos, reinaba todopoderoso. En el edificio del Gobierno Civil, en parte convertido en cárcel para los numerosos detenidos, permaneció Federico la noche del 16 y los días 17 y 18, siendo inútiles los esfuerzos que Luis Rosales y su hermano Pepe, y también Manuel de Falla, hicieron para salvarle. Una criada de la familia Fernández Montesinos, Angelina, fue la encargada de llevar a Federico comida durante esos días en un cesto, pero apenas si pudo hablar con él —un hombre armado los vigilaba— y el poeta casi no probó bocado.

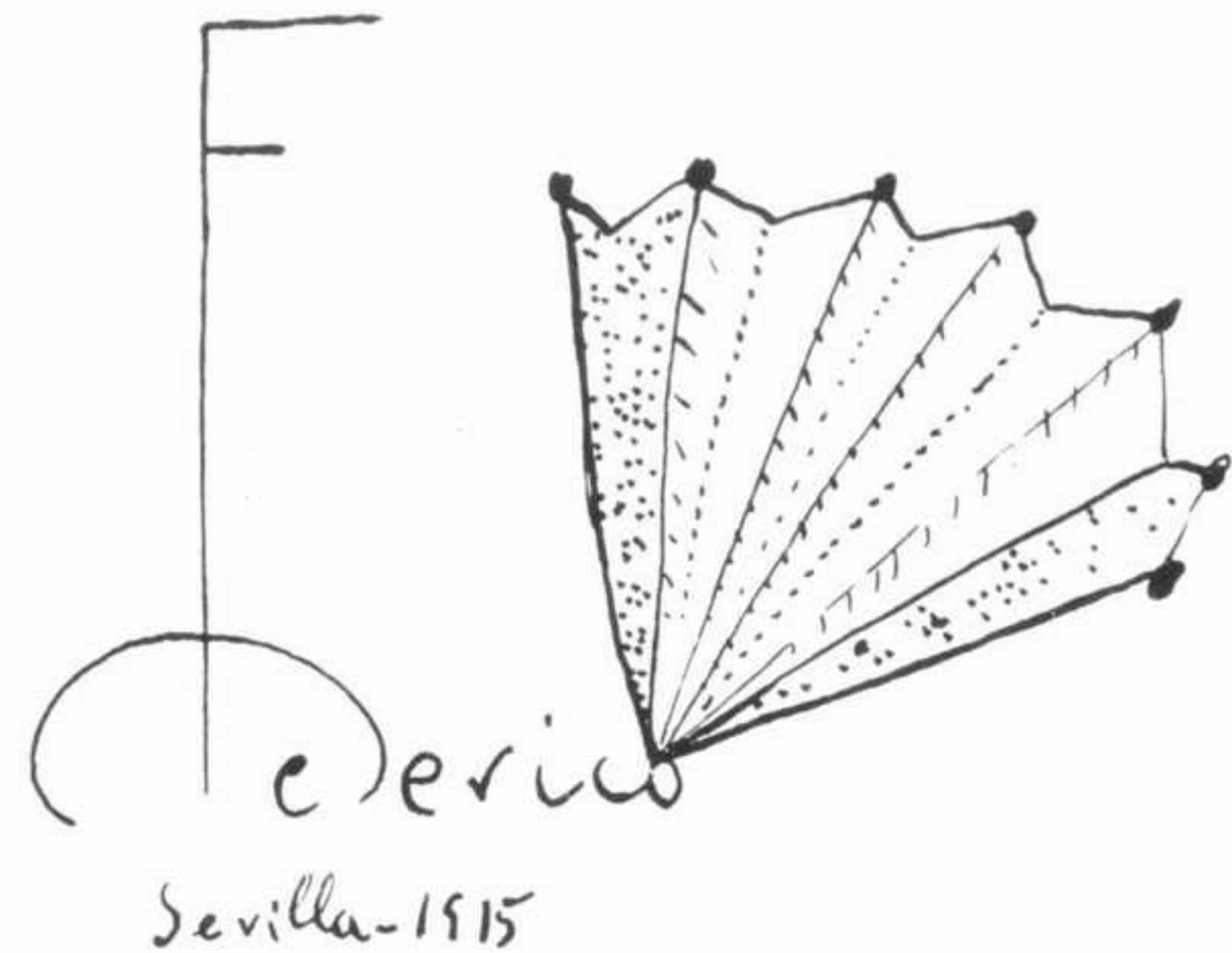
Fue seguramente el día 18 cuando el comandante Valdés decidió la muerte de Federico y dio la orden de que fuese conducido, con otros detenidos, a la Colonia, en Viznar. La Colonia era entonces una antigua residencia veraniega para escolares, y allí eran llevados, desde el Gobierno Civil, los detenidos que el comandante Valdés enviaba con la orden de que fueran fusilados. Federico debió de pasar en la Colonia la noche del 18, y en el amanecer del día 19 fue sacado por orden del capitán Nestares —que tenía su cuartel general de la Falange en Viznar— y llevado con otros detenidos —un maestro de escuela y dos banderilleros— a pie y esposado, por el camino que lleva de Viznar a Alfacar. A medio camino, poco antes de llegar a la Fuente Grande —llamada por los árabes Ainadamar o Fuente de las Lágrimas—, el jefe de la escolta —la llamada «escuadra negra»— dio la orden de fuego. La descarga fue por la espalda y los cuatro cuerpos cayeron ensangrentados al camino, junto a un olivar, donde horas más tarde fueron enterrados.

En aquella madrugada del 19 de agosto, quizá pudo contemplar el poeta por última vez, a la luz pálida del amanecer, la vega de Granada, que él había amado y cantado tanto. Todos los poetas del mundo lloraron su muerte, que cortó de modo tan trágico aquel chorro vivísimo de vida y de poesía, aquella voz tan radicalmente española y andaluza, que era la sal de España. Las mismas palabras

que Federico dedicó a la muerte de un torero amigo, Ignacio Sánchez Mejías, parecen estar hoy escritas para él. Con ellas quiero cerrar esta breve semblanza de Federico García Lorca:

*Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de aventura
Yo canto su elegancia con palabras que gimen,
y recuerdo una brisa triste por los olivos.*

La misma brisa que en un alba trágica de agosto secó su sangre de andaluz y de poeta sobre el campo desnudo de Granada.



Cronología

- 1898 5 de junio: nace Federico García Lorca en el pueblo de Fuente Vaqueros, provincia de Granada. 11 de junio: es bautizado en la iglesia parroquial de Fuente Vaqueros.
- 1908 Pasa unos meses en Almería, como alumno y pupilo de don Antonio Rodríguez Espinosa, al trasladarse éste para regentar una escuela en aquella ciudad. Primeros estudios de música.
- 1909 Septiembre: se traslada con su familia a Granada, donde comienza sus estudios de bachillerato. Alumno del Colegio del Sagrado Corazón, dirigido por su tío don Joaquín Alemán.
- 1914 Inicia sus estudios universitarios –Filosofía y Letras y Derecho– en la Universidad de Granada. Primeras lecturas literarias en la biblioteca de la Universidad. Primeros amigos de adolescencia: Manuel Angeles Ortiz, José Mora Guarnido, Melchor Fernández Almagro, Paquito Soriano, Antonio Gallego Burín, José Fernández Montesinos.
- 1915 Sigue estudios de piano y de guitarra. Se inscribe en el Centro Artístico de Granada, donde pronto ofrece algunos conciertos íntimos. Amistad con su profesor de Derecho en la Universidad, don Fernando de los Ríos, y con algunos artistas granadinos: el pintor Ismael de la Serna, el escultor Juan Cristóbal, el músico Angel Barrios.
- 1916 Comienza probablemente a escribir sus primeras poesías. Frecuenta la tertulia literaria y artística de «El Rinconcillo», en el café Alameda.
- 1917 Febrero: publica su primer trabajo literario, un artículo sobre Zorrilla, en el *Boletín del Centro Artístico de Granada*. Primavera y verano: viaje de estudios con la clase de Teoría de la Literatura y de las Artes, bajo la dirección del catedrático don Martín Domínguez Berrueta, por varias regiones y ciudades de Castilla y Andalucía: Avila, Burgos, Zamora, Baeza (donde conoce a Antonio Machado, profesor de francés en el Instituto). Encuentro en Granada con don Manuel de Falla, cuya amistad estimula su vocación musical.

- 1918 Publica su primer libro, *Impresiones y paisajes*, dedicado a su viejo maestro de música. Primeros poemas fechados: «Balada triste» (abril) y «La oración de las rosas» (mayo).
- 1919 Primavera: traslado a Madrid. Por consejo de don Fernando de los Ríos, se instala en la Residencia de Estudiantes, que dirige don Alberto Jiménez. Primeras amistades de la Residencia: Pepín Bello, Luis Buñuel, Emilio Prados, Salvador Dalí, José Moreno Villa, Ricardo Orueta, José Antonio Rubio Sacristán. Escribe *El maleficio de la mariposa*. Amistad con Eduardo Marquina.
- 1920 22 de marzo: estreno en el teatro Eslava, de Madrid, de su primera pieza dramática, *El maleficio de la mariposa*, bajo la dirección de Gregorio Martínez Sierra. Veraneo en Vega del Zujaira (Granada). Octubre: regreso a Madrid. Lecturas en el Ateneo. Tertulias literarias. Amistad con Adolfo Salazar, Guillermo de Torre, Gabriel García Maroto, Angel del Río, José de Ciria. Se matricula en la Facultad de Filosofía y Letras de la Univesidad Central, pero asiste poco a las clases.
- 1921 Junio: publica su primer libro de poesía, *Libro de poemas*, editado por su amigo Gabriel García Maroto, pintor e impresor. 30 de julio: aparece en el diario *El Sol* el primer artículo de crítica sobre su poesía, firmado por Adolfo Salazar. Encuentro con Juan Ramón Jiménez, que le invita a colaborar en su revista *Índice*. Comienza a escribir *Poema del cante jondo*.
- 1922 19 de febrero: lee en el Centro Artístico de Granada su conferencia sobre «El cante jondo». 13 y 14 de junio: Fiesta del Cante Jondo en Granada, organizada por Federico y don Manuel de Falla.
- 1923 5 de enero: dirige en su casa de Granada una representación de su pieza de guiñol *La niña que niega la albahaca y el príncipe preguntón*, en una fiesta infantil, con la colaboración musical de Falla. Febrero: se licencia en Derecho en la Universidad de Granada, al mismo tiempo que Guillermo de Torre. Primeros ensayos como dibujante y pintor.
- 1924 7 de abril: encuentro y amistad con el pintor Gregorio Prieto. Octubre: encuentro y amistad con Rafael Alberti en la Residencia de Estudiantes. Trabaja en su libro *Canciones* y en su drama *Mariana Pineda*. Comienza el *Romancero gitano*.
- 1925 8 de enero: termina en Granada *Mariana Pineda*. Primavera: estancia en Cadaqués, invitado por Salvador Dalí. Amistad con Ana María Dalí. Lectura de *Mariana Pineda* en casa de los Dalí. Verano: correspondencia con Pepín Bello, Ana María Dalí y Jorge Guillén. Breves escapadas a Lanjarón y a Málaga.

- 1926 13 de febrero: lee en el Ateneo de Granada su conferencia sobre «La imagen poética de don Luis de Góngora». 8 de abril: lectura de poemas en el Ateneo de Valladolid, presentado por Jorge Guillén y Guillermo de Torre. Abril: publicación de la «Oda a Salvador Dalí» en la *Revista de Occidente*. Verano: primera versión de *La zapatera prodigiosa*. Agosto: en Lanjarón, trabajando en el *Romancero gitano*. 17 de octubre: lee su «Homenaje a Soto de Rojas» en el Ateneo de Granada.
- 1927 Febrero: escribe *Soledad* en homenaje a Góngora. Enero a mayo: correspondencia con Guillermo de Torre. Primer proyecto de la revista *Gallo*. Publica su libro *Canciones*. Mayo: en Cadaqués, con Salvador Dalí, preparando el estreno de *Mariana Pineda*. 24 de junio: estreno en el teatro Goya de Barcelona de su drama *Mariana Pineda*, por la compañía de Margarita Xirgu. 25 de junio a 2 de julio: expone veinticuatro dibujos en las Galerías Dalmau, de Barcelona. Amistad con Sebastián Gasch. Verano: correspondencia con Sebastián Gasch. 12 de octubre: estreno en Madrid de *Mariana Pineda*, en el teatro Fontalba, por Margarita Xirgu. Encuentro y amistad con Vicente Aleixandre. Diciembre: viaje a Sevilla con otros poetas de su generación, invitados por el Ateneo sevillano. Lectura de poemas. Encuentro con Luis Cernuda. Publica en la *Revista de Occidente* «Santa Lucía y San Lázaro».
- 1928 6 de enero: excursión a Guadix. Febrero: aparición de la revista *Gallo*. Abril: publicación del *Romancero gitano* en las ediciones de la *Revista de Occidente*. Correspondencia con Jorge Zalamea. Mayo: atraviesa una «gran crisis sentimental» (carta a Jorge Guillén). Septiembre: publicación de *Mariana Pineda* en la colección «La Farsa». 11 de octubre: lee en el Ateneo granadino su conferencia «Imaginación, inspiración, evasión». Lectura de «*Sketch de la pintura moderna*» en el Ateneo de Granada, con proyecciones de cuadros de Dalí y Miró. 13 de diciembre: lee en la Residencia de Estudiantes su conferencia sobre «Las nanas infantiles». Publica en la *Revista de Occidente* su «Oda al Santísimo Sacramento». Se acentúa su crisis sentimental.
- 1929 Enero: termina *Amor de don Perlimplín*. Trabaja en las *Odas* y prepara la segunda edición de *Canciones* para la *Revista de Occidente*. Marzo: encuentro y amistad con Carlos Morla. Mayo: viaje a Estados Unidos, pasando por París y Londres. Junio: llegada a Nueva York, donde se instala en un cuarto de estudiante de la Universidad Columbia. Encuentro con Angel del Río y otros amigos españoles. Agosto: en Eden Mills (Vermont) y en una granja de las montañas Catskills. Septiembre: en Newburgh, con Federico de Onís. Regreso a Nueva York. Amistad con Herschel Brickell, Mildred Adams y Olin Downes. Encuentro con Dámaso Alonso, Gabriel García Maroto, León Felipe y José Antonio Rubio Sacristán. Noviembre: encuentro con Ignacio Sánchez Mejías y la *Argentinita*. 16 de diciembre: homenaje a Antonia Mercé, la *Argentinita*, en el Instituto de las Españas, de Nueva York.
- 1930 Continúa su estancia en Nueva York. Conferencias en la Columbia University y en el Vassar College. Escribe gran parte de *La zapatera prodigiosa* y armoniza para la *Argentinita* canciones populares. Primavera: viaje a Cuba,

- invitado por la Institución Hispanocubana de Cultura. Da una serie de conferencias en La Habana y trabaja en dos piezas dramáticas: *Así que pasen cinco años* y *El público*. Encuentro con Adolfo Salazar y con el grupo de poetas cubanos de la revista *Avance*. Otoño: regreso a España. 24 de diciembre: estreno en el teatro Español, de Madrid, de *La zapatera prodigiosa*, por la compañía de Margarita Xirgu, dirigida por Rivas Cherif.
- 1931 Mayo: publicación de *Poema del cante jondo* en las Ediciones Ulises. Verano: correspondencia con Carlos Morla. Trabaja en *Así que pasen cinco años* y *El retablillo de don Cristóbal*. 4 de octubre: lectura, en casa de Carlos Morla, de *Así que pasen cinco años*. Noviembre: concibe y proyecta el teatro universitario La Barraca.
- 1932 De marzo a mayo: *tournée* de conferencias, invitado por el Comité de Cooperación Intelectual: Valladolid, Sevilla, Salamanca, Galicia, San Sebastián. 16 de marzo: lectura en la Residencia de Señoritas de *Poeta en Nueva York*. Abril: viaje a Cuenca en la Semana Santa. Julio: primera actuación de La Barraca en Burgo de Osma. Verano: dirigiendo las actuaciones de La Barraca. Septiembre: lectura de *Bodas de sangre* en casa de Morla. Noviembre-diciembre: con La Barraca en Granada, Alicante y Barcelona. 16 de diciembre: conferencia en Barcelona y lectura de *Poeta en Nueva York*.
- 1933 8 de marzo: estreno de *Bodas de Sangre* en el teatro Infanta Beatriz, de Madrid, por la compañía de Josefina Díaz de Artigas. Abril: fundación, con Pura Ucelay, de los Clubs Teatrales de Cultura. Estreno —el 5 de abril— en el teatro Español de *Amor de don Perlimplín*. Conferencia en la Residencia de Estudiantes sobre Granada. Mayo: colabora en la representación de *El amor brujo*, de Falla, en la Residencia de Estudiantes, bailado por la *Argentinita*. Verano: trabaja en *Yerma* y dirige La Barraca en la Universidad de Verano de Santander. Septiembre: viaje a la República Argentina. Estancia en Buenos Aires desde el 13 de octubre de este año hasta el 24 de marzo de 1934. Dirige sus obras en los teatros de Buenos Aires: *Mariana Pineda*, *Bodas de sangre*, *La zapatera prodigiosa*. Da numerosas conferencias, con éxito rotundo.
- 1934 Fines de enero y comienzos de febrero: estancia en Montevideo, donde da conferencias y asiste a un homenaje al pintor Barradas. Mediados de febrero: regresa a Buenos Aires. 3 de marzo: dirige su adaptación de *La dama boba*, de Lope, en el teatro de la Comedia de Buenos Aires. 25 de marzo: regreso a España, haciendo escala en Río de Janeiro. Mayo: sus amigos le ofrecen un banquete-homenaje en Madrid. Verano: trabaja en las últimas escenas de *Yerma* y dirige La Barraca en Santiago y en Santander. 11 de agosto: muere su gran amigo Ignacio Sánchez Mejías, cogido por un toro, en la plaza de Manzanares. Septiembre: escribe el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*. 29 de diciembre: estreno, en el teatro Español de Madrid, de su drama *Yerma*, por la compañía de Margarita Xirgu.
- 1935 3 de febrero: pronuncia una «Charla sobre el teatro» en el teatro Español, con motivo de una representación extraordinaria de *Yerma*. 18 de marzo: estreno de la versión ampliada de *La zapatera prodigiosa*, en el teatro Coliseum, de Madrid, por la compañía de Lola Membrives. Abril: excursión a Sevilla, donde lee el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*. 11 de mayo: con motivo de la Feria del Libro, dirige su pieza *El retablillo de don Cristóbal* en el guiñol La Tarumba, con la colaboración del pintor Miguel Prieto. Junio: termina *Doña Rosita la soltera*. Septiembre: en Barcelona, para dirigir los ensayos de *Yerma*, cuyo estreno tiene lugar el día 17, por la compañía de Lola Membrives. 13 de diciembre: estreno, en el teatro Principal Palace, de Barcelona, de *Doña Rosita*. 23 de diciembre: sus amigos catalanes le ofrecen un banquete-homenaje para celebrar sus éxitos en Barcelona.
- 1936 Enero: publica *Bodas de sangre* y *Primeras canciones*. 9 de febrero: toma parte en el homenaje a Rafael Alberti. 14 de febrero: interviene en la función de homenaje a Valle-Inclán en el teatro de la Zarzuela. Marzo: viaje a San Sebastián. Conferencia y lectura del *Romancero gitano* en el Ateneo guipuzcoano. Encuentro con el poeta Gabriel Celaya. 7 de abril: en una entrevista que publica el diario *La Voz* anuncia su propósito de ir a México para dirigir sus obras, que han de ser representadas por la compañía de Margarita Xirgu. 19 de abril: ofrece el homenaje a Luis Cernuda en el banquete que dan a éste sus amigos por la publicación de *La realidad y el deseo*. 19 de junio: termina *La casa de Bernarda Alba*, que lee el 24 en casa de los condes de Yebes. El Club Teatral Anfistora ensaya su pieza *Así que pasen cinco años*. 15 de julio: nueva lectura de *La casa de Bernarda Alba*, en casa del doctor Eusebio Oliver. 16 de julio: marcha a Granada. Agosto: es detenido y conducido a Viznar, donde es fusilado en la madrugada del día 19.

Testimonios

Jorge Guillén

No hay soledad que no sea social. «Pour qui écrit-on?», interroga Sartre. «Para ti, lector», contesta Jean Cassou. Ese personaje no es un ente más o menos intemporal. Leen Fulano y Zutano: sucesivos lectores imprevisibles, sucesiva realidad que no se cierra en cómputo. Para Federico García Lorca, el lector primero —el único a quien él, no el poema, buscaba— no era el lector, sino el oyente. Como el «cante jondo» rehúye el «tablao» y se confina en la intimidad de la juerga, el «cante jondo» de nuestro gran andaluz se manifiesta dentro de la juerga poética. Así llamaba yo a las recitaciones de Federico.

Al principio el romance gitano florece como a la sombra de esos recónditos patios de Andalucía: tapias de cal y mucho cielo. Hoy, el auditorio de Lorca —un Lorca ya sin Federico— es el más extenso conquistado por un escritor de lengua española, después de Cervantes y Calderón.

Luis Buñuel

De todos los seres vivos que he conocido, Federico es el primero. No hablo ni de su teatro ni de su poesía, hablo de él. La obra maestra era él. Me parece, incluso, difícil encontrar alguien semejante. Ya se pusiera al piano para interpretar a Chopin, ya improvisara una pantomima o una breve escena teatral, era irresistible. Podía leer cualquier cosa, y la belleza brotaba siempre de sus labios. Tenía pasión, alegría, juventud. Era como una llama.

Vicente Aleixandre

Me leía sus *Sonetos del amor oscuro*, prodigio de pasión, de entusiasmo, de felicidad, de tormento, puro y ardiente monumento al amor, en que la primera materia es ya la carne, el corazón, el alma del poeta en trance de destrucción. Sorprendido yo mismo no pude menos que quedarme mirándole y exclamar: «Federico, ¡qué corazón! ¡Cuánto ha tenido que amar, cuánto que sufrir!» Me miró y se sonrió como un niño. Al hablar así no era yo probablemente el que hablaba. Si esa obra no se ha perdido; si para honor de la poesía española y deleite de las generaciones hasta la consumación de la lengua, se conservan en alguna parte los originales, cuántos habrá que sepan, que aprendan y conozcan la capacidad extraordinaria, la hondura y la capacidad sin par del corazón de su poeta.

Luis Cernuda

Nadie, ningún poeta entre los actuales españoles con tantos derechos como Federico García Lorca para ser pura y hondamente popular.

Rafael Alberti

¡Noche inolvidable la de nuestro primer encuentro! Había magia, *duende*, algo irresistible en todo Federico. ¿Cómo olvidarlo después de haberlo visto o escuchado una vez? Era, en verdad, fascinante: cantando, solo o al piano, recitando, haciendo bromas e incluso diciendo tonterías.

Salvador Dalí

La sombra de Maldoror se cernía sobre mi vida, y fue precisamente en ese periodo cuando, por la duración de un eclipse, otra sombra, la de Federico García Lorca, vino a oscurecer la virginal originalidad de mi espíritu y de mi carne. Evitaba a Lorca y al grupo, que cada vez se convertía más en su grupo. Era éste el momento culminante de su irresistible influencia personal, y el único momento de mi vida en que creí atisbar la tortura que puede haber en los celos.

Virginia Higginbotham

Enajenado de la sociedad, mediando la brutalidad humana, Lorca, como Lautréamont, expresó su amargura y confusión con la grotesca combinación de cuerpos animales y humanos.

Francisco García Lorca

García Lorca ha venido a ser el poeta más representativo de la poesía española; de hecho lo es. Sin tratar de establecer una escala valorativa, el poeta incorpora, en su peculiar vocación por lo poético, unas esencias y actitudes que hacen que su voz asuma como una resonancia colectiva, que en él no fue un propósito, ni siquiera una entrega, sino un natural reflejo de su ser.

Francisco Umbral

El será siempre un artista de lo oscuro sin otro camino de comprensión y comunicación que el conocimiento poético. El está irremediabilmente ligado a las potencias sin nombre. El no pertenece a las esbeltas fuerzas de lo apolíneo, sino a la turbia elite de lo dionisiaco.

Ian Gibson

Creo que la fatal decisión fue tomada poco después de las diez de la noche del 18 de agosto, y con todas las aprobaciones oficiales necesarias de la suprema autoridad nacionalista de Andalucía. Uno de los íntimos del gobernador, un tal Germán Fernández Ramos, quien antes de la sublevación jugaba a las cartas habitualmente con Valdés, contó a un amigo íntimo suyo, antes de morir, cómo se había dado la orden de matar a Lorca. Valdés tenía una radio en el Gobierno Civil y todas las noches entraba en contacto con su inmediato superior, el general Queipo de Llano, después de la habitual arenga de éste por los micrófonos de Radio Sevilla. Valdés no sabía qué hacer con Lorca y una noche —creo que la del 18 de agosto— le informó a Queipo que había sido detenido el poeta. «¿Qué hago con él? —le preguntó—. Está aquí desde hace dos días.» Queipo le contestó: «Dale café, mucho café.» Frase habitual que significaba «quitárselo de en medio cuanto antes».

Bibliografía

Algunas ediciones de obras de Federico García Lorca

- Obras completas*. Edición de Arturo del Hoyo. Madrid, Aguilar, 1973.
Impresiones y paisajes. Granada, Ed. Don Quijote, 1981.
Libro de poemas. Edición crítica de Ian Gibson. Barcelona, Ariel, 1982.
Romancero gitano. Poema del Cante Jondo. Edición de José Luis Cano. Madrid, Espasa Calpe, 1978.
Poeta en Nueva York. Llanto por Ignacio Sánchez Mejías. Madrid, Espasa Calpe, 1972.
Diván del Tamarit. Madrid, Alianza Editorial, 1981.
Primeras Canciones. Seis poemas galegos. Madrid, Alianza Editorial, 1981.
Suites. Edición crítica de André Belamich. Barcelona, Ariel, 1983.
Canciones 1921-1924. Madrid, Alianza Editorial, 1982.
Conferencias. Madrid, Alianza Editorial, 1984.
Epistolario. Madrid, Alianza Editorial, 1983.
Teatro. Edición de Miguel García Posada. Madrid, Akal, 1980.

Algunos estudios biográficos sobre Federico García Lorca

- ALBERTI, R.: *Imagen primera de ...* Buenos Aires, Ed. Losada, 1945.
ALEIXANDRE, V.: «Federico». En *Hora de España*, núm. VII. Valencia, 1937.
AUCLAIR, M.: *Enfance et mort de García Lorca*. París, Editions du Seuil, 1968.
BABIN, M. T.: *García Lorca. Vida y obra*. Nueva York, Las Américas, 1955.
BAREA, A.: *Lorca. El poeta y su pueblo*. Buenos Aires, Losada, 1952.
COUFFON, C.: *Granada y García Lorca*. Buenos Aires, Losada, 1967.
CRIW, J. A.: *Federico García Lorca*. Los Angeles, Universidad de California, 1945.
DÍAZ PLAJA, G.: *Federico García Lorca*. Madrid, Espasa Calpe, 1954.
FAJARDO MOLINA, E.: *Los últimos días de García Lorca*. Barcelona, Plaza y Janés, 1983.
GARCÍA LORCA, F.: *Federico y su mundo*. Madrid, Alianza Tres, 1980.
GIBSON, I.: *El asesinato de García Lorca*. Barcelona, Crítica, 1976.
HONIG, E.: *García Lorca*. Barcelona, Laia, 1974.
MARTÍN, J.: *Los años de aprendizaje de Federico y Francisco García Lorca*. Ayuntamiento de Granada, 1984.
MORA GUARNIDO, J.: *Federico García Lorca y su mundo. Testimonios para una biografía*. Buenos Aires, Losada, 1958.
MORLA LYNCH, C.: *En España con Federico García Lorca*. Madrid, Aguilar, 1957.
PRIETO, G.: *Lorca y la generación del 27*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1977.
PRIETO, G.: *Lorca en color*. Madrid, Editora Nacional, 1963.
RODRIGO, A.: *García Lorca en Cataluña*. Barcelona, Planeta, 1975.
RODRIGO, A.: *Lorca y Dalí: una amistad traicionada*. Barcelona, Planeta, 1981.
RÍO, A. del: *Vida y obra de Federico García Lorca*. Zaragoza, Col. Estudios Literarios, 1952.
VILA SANJUÁN, J. L.: *García Lorca asesinado. Toda la verdad*. Barcelona, Planeta, 1975.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón**, por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel**, por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi**, por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin**, por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia**, por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx**, por Werner Blumemberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill**, por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway**, por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare**, por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie**, por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1)**, por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2)**, por Ernest Jones.
14. **Dickens**, por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante**, por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche**, por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez**, por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1)**, por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2)**, por René J. Dubos.
20. **Luis XIV**, por Ragnhild Hatton. Prólogo de Victor L. Tapié.
21. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell**, por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.
23. **Rembrandt**, por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César**, por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca**, por José Luis Cano.
26. **Edison**, por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

GARCIA LORCA

Federico García Lorca es, sin duda, el escritor español de nuestro siglo más conocido internacionalmente. Su irresistible personalidad humana, su corta pero intensa vida, la violenta tragedia de su muerte y, sobre todo, la belleza de su obra poética y teatral son algunas de las razones que pueden explicar esa situación privilegiada.

José Luis Cano, poeta y ensayista, reconstruye el itinerario vital y creativo del escritor granadino –al que conoció personalmente–, situándolo en el efervescente clima cultural de la España de las primeras décadas de este siglo y en el contexto de la fecunda Generación del 27, de la que Lorca es uno de los máximos representantes.

GARCIA LORCA José Luis Cano

GARCIA LORCA

JOSE LUIS CANO



25

Romances de García Lorca
BIBLIOTECA DE GRANDES ESCRITORES